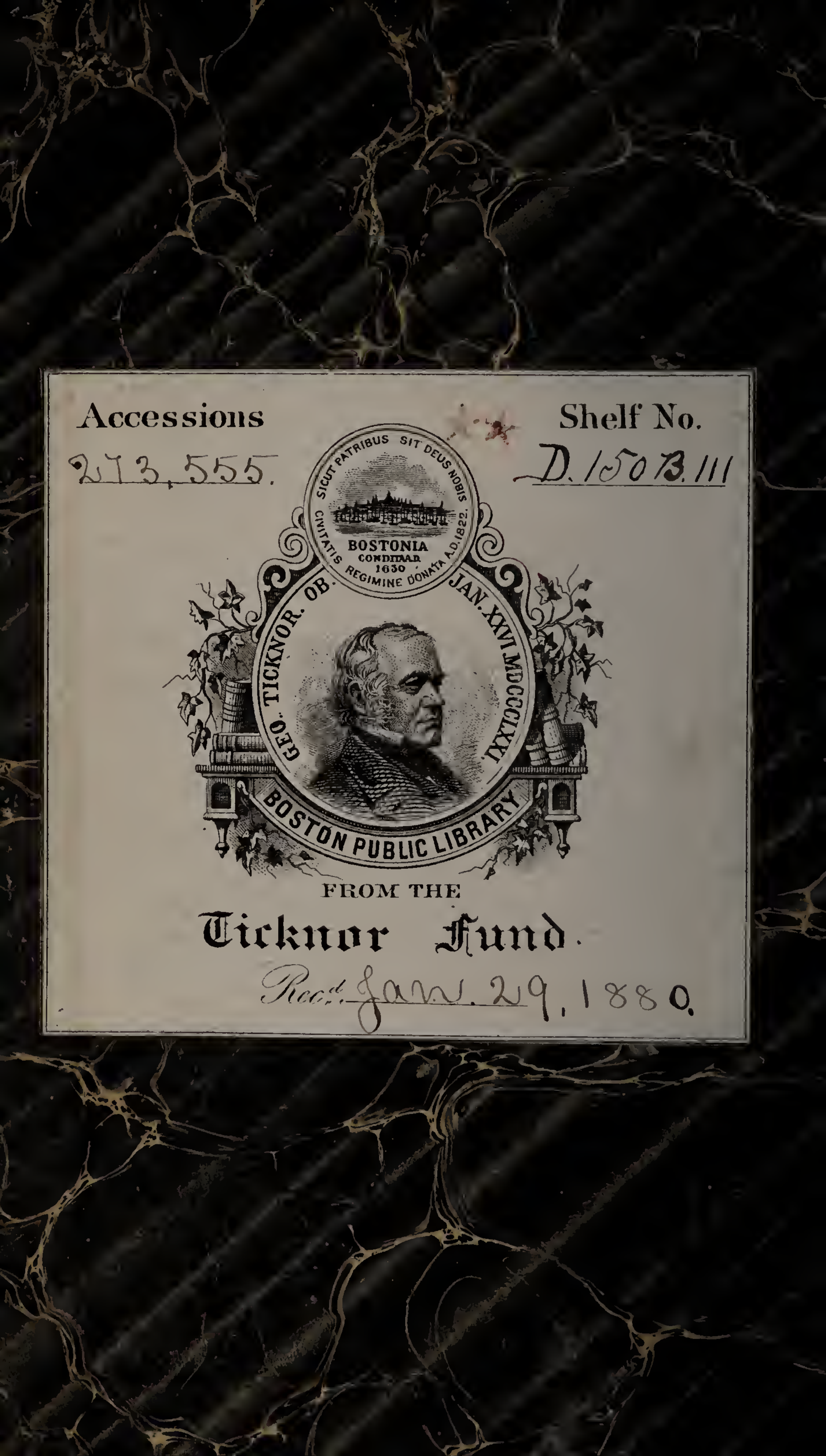



Accessions
273,555.
Shelf No.
D.150B.111
SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
BOSTONIA CONDITA A.D. 1630
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822.
GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI MDCCCLXXI.
BOSTON PUBLIC LIBRARY
FROM THE
Ticknor Fund.
Rec'd. Jan. 29, 1880.



COLECCION

DE

LIBROS ESPAÑOLES

RAROS Ó CURIOSOS.

TOMO DUODÉCIMO.

OBRAS PUBLICADAS.

I. Delicado. — La Lozana Andaluza.
II. Verdugo. — Guerra de Frisa.
III. Muñon. — Tragicomedia de Lisandro y Roselia.
IV. Cancionero llamado de Stúñiga.
V. Villegas Selvago. — Comedia Selvagia.
VI. Lope de Vega. — Comedias inéditas, tomo I.
VII. Milan. — El Cortesano.
VIII. Pero Tafur. — Andanças é viajes.
IX. Silva. — La segunda Celestina.
X. Lucas Rodriguez. — Romancero historiado.
XI. Hurtado de Mendoza. — Obras poéticas.
XII. Comedias de Tirso de Molina y de D. Guillen de Castro.



E. Maura g°

Fr. Gabriel Tellez

COMEDIAS

DE

TIRSO DE MOLINA

Y DE

DON GUILLEN DE CASTRO



MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, 29
—
1878

C

ADVERTENCIA

DE LOS EDITORES.

Cayó no há mucho tiempo en nuestras manos un folleto en 4.º á dos columnas, é impreso á lo que creemos en la primera mitad del siglo XVII, que lleva por título TAN LARGO ME LO FIAIS, *Comedia famosa de D. Pedro Calderon de la Barca.* Lo leimos y hubimos de reconocer pronto en *Tan largo me lo fiais* la comedia *El burlador de Sevilla*, de Fray Gabriel Téllez, por otro nombre Tirso de Molina. El mismo argumento, el mismo plan, los mismos personajes, casi casi las mismas escenas, y en algunas, princi-

palmente en las capitales, las mismas ideas y los mismos versos.

Cotejando las dos comedias, hallamos en cambio variantes de no escasa monta: una que otra escena añadidas, algunas muy prolongadas, y las más con tantas y tan importantes enmiendas, que no parecia sino que las dos obras fuesen de distintos ingenios. ¿Será realmente *Tan largo me lo fiais* de D. Pedro Calderon? nos preguntábamos. No podíamos creerlo. De admitirlo, debíamos suponer plagiarios á Calderon ó á Tirso, y no cabía inferir ni al uno ni al otro tan grave ofensa. Por otra parte, difieren tanto los dos poetas en el estilo, en la manera de dialogar, y sobre todo, en el enlace y el desenlace de sus argumentos, que no veíamos posible que, áun habiendo escrito los dos sobre un mismo tema, hubiesen venido á desarrollarlo de igual manera hasta el punto que llevamos dicho. Sobre que Calderon

tiene ya su D. Juan Tenorio, protagonista de *Tan largo me lo fiais*, en la comedia *No hay cosa como callar*, y allí nos le retrata con facciones y colorido muy distintos de los que vemos en el D. Juan de Tirso.

Don Cayetano Alberto de la Barrera en su excelente *Catálogo bibliográfico y biográfico del Teatro antiguo Español* da *Tan largo me lo fiais* como produccion de autor desconocido; pero nosotros, el público dirá si equivocadamente ó con acierto, entendemos que *Tan largo me lo fiais* y *El Burlador de Sevilla* son una misma obra, con variantes debidas ó al mismo autor ó á la deplorable libertad que se tomaron en otros tiempos muchos cómicos, de acomodar á su gusto ó al de sus espectadores las comedias de los más esclarecidos ingenios.

La dificultad está ahora en saber, si acaeció lo segundo, cuál de las dos come-

dias es la que salió de las manos de Tirso; y si lo primero, cuál es la que dió Tirso por corregida y acabada. Sube la dificultad de punto al considerar cuán infamemente adulteradas están las dos por los copistas, pues una y otra tienen lagunas de cuya existencia no permite dudar la rima, y una y otra conceptos y versos de todo punto ininteligibles, algunos, verdaderos contrasentidos.

Hemos observado, con todo, que en muchos puntos se aclaran y completan la una á la otra, y esto nos ha movido á dar á luz la que por casualidad ha caido en nuestras manos. Tal vez alguno, conociendo las dos, se anime á cotejarlas con más detenimiento que nosotros, y restaure por la comparacion la obra de Tirso, de tal importancia, que áun hoy sirve de tema y estímulo á los más afamados poetas. ¡Qué fortuna la nuestra si tal sucediese!

Por afortunados nos tenemos ya con poder publicar al frente de este volúmen el retrato de Fray Gabriel Téllez, copia de uno que consideramos auténtico y forma parte de la galería del Sr. Marqués de Santa Marta. El retrato original lleva la firma de Fr. Antonio Manuel de Hartalejo pintor hasta ahora desconocido y de quien no se tienen más noticias que las que el mismo consignó en el retrato y en la inscripcion siguiente:

«El R. P. M. Es Gabriel Téllez, Comendador que fué de esta provincia, hijo de este convento, varon de insigne prudencia, predicador y maestro en Teología, definidor y cronista de la Orden.—Fabricó el retablo principal, el camarin, los colaterales y todo el adorno que se ve en la nave de la iglesia. Dejando la sacristía llena de preciosas alhajas y ornamentos para el culto.—Nació en Madrid en 1572.—Murió en 12 de Marzo d 1648,

á los 76 y 5 meses de edad.—Fr. Antonio Manuel de Hartalejo, Maestro general de la Religion, hijo tambien de este convento, copió este retrato.» (1)

Contiene además este volúmen dos comedias de uno de nuestros mejores poetas dramáticos, D. Guillen de Castro. La que lleva por título *Quién no se aventura*, ve la luz pública por vez primera y la *Tragedia por los celos* áun cuando se ha impreso, lo fué como de Lope de Vega (2). Los manuscritos de las dos existen en la Biblioteca del Sr. Duque de Osuna, de donde las hemos copiado para insertarlas en este volúmen, que esperamos merezca el aplauso de los amantes de las letras.

F. del V.

---

(1) Catálogo de los cuadros del marqués de Santa Marta, por D. Vicente Poleró y Toledo quien fué el que tuvo la suerte de poner en claro tan interesante hallazgo.

(2) Catálogo bibliográfico y biográfico del Teatro antiguo Español por D. Cayetano Alberto de la Banera, pág. 241.

S. R.

OBSERVACIONES

SOBRE

EL CARÁCTER DE D. JUAN TENORIO

I.

Confieso que Tirso de Molina es uno de mis autores favoritos. Me encantan en muchas de sus comedias la animacion de los diálogos, la naturalidad y soltura de los versos, la elegancia del lenguaje, la sencillez del argumento, la manera fácil y agradable como lo desarrolla. Con todas estas cualidades le tendria en poco, á no reconocerle una que en mi sentir es superior á todas y constituye al verdadero poeta. Le aplaudo y le admiro porque tiene el maravilloso dón, que á tan pocos se otorga, de crear caractéres.

Crear caractéres no es para mí, ni puede ser para nadie, concebir personajes sin realidad y atribuirles una série de más ó ménos brillantes hechos, cosa fácil para el que no

carezca de mediana fantasía; es darles un corazon, una voluntad, una inteligencia, una personalidad tan acabada, que todos en leyendo el poema ó el drama donde figuren, los veamos y toquemos como si vivieran, los distingamos perfectamente de los demás y los comprendamos hasta el punto de poder apreciar lo que en determinadas situaciones dirian ó harian. Inventarlos es cosa secundaria: se los puede tomar de la historia ó la leyenda, sin que por esto disminuya el mérito del que acierte á devolverles la vida que perdieron. Lo principal es convertirlos en seres vivos y armónicos que sean reales para la humanidad, ya que no para la naturaleza.

Supo Tirso hacer esto como los primeros poetas, y de aquí la predileccion en que le tengo. No sólo creaba caractéres; los desenvolvia de suerte que los daba á conocer á las pocas palabras que ponia en boca de sus interlocutores. Procedia á la manera de Shakespeare, no á la de esos dramáticos de segundo órden que áun para dejar comprender el espíritu de sus protagonistas necesitan hacerlos pasar por una larga série de vicisitudes y contrastes.

¡Y qué caractéres los suyos! Verdaderos tipos de la especie humana, han adquirido algunos tanta popularidad como los de Cervantes, é inspirado á muchos de los escritores que tras él vinieron. Son ricos, bellos, ideales y reales á la vez, mezcla feliz de la naturaleza y la poesía. Se los sigue sin violencia hasta por las más fantásticas regiones, y áun allí se los encuentra verdaderos. Tienen sobre todo tal unidad, que difícilmente se los puede corregir que no se los falsee. Testigo el de D. Juan Tenorio, personaje que tantos poetas han tomado con posterioridad á Tirso por protagonista, ya de sus dramas, ya de sus cantos épicos.

El D. Juan de Tirso de Molina es un gallardo y seductor mancebo que se complace en ganar el corazon de las mujeres, las abandona en cuanto logró engañarlas, y vuela de flor en flor como la mariposa; un caballero de temple, que tiene su honor en mucho, no retrocede ante ningun peligro y atropella por todo en cuantos lances le ocasionan sus locos devaneos; un cristiano que olvida lo flaco de

su naturaleza, mira léjos de sí la muerte, y goza, sin temor al infierno, de los placeres de la vida; un mozo que, arrebatado por el vicio, desoye hasta los avisos del cielo, y sólo se arrepiente cuando le abrasa el fuego que ha de matarle; la imágen, por fin, del alma libre y el cuerpo cautivo.

No es un hombre de pasiones: ni ama ni ódia. Siente, cuando más, por las bellezas que ve, un calor que no trasciende al espíritu; y si alguna vez mata, es, no por enemistad ni por venganza, sino por arrollar un obstáculo. No conoce más que un amor, el amor propio, y por éste determina su conducta. Se creeria humillado si no venciese á la mujer en quien ha puesto los ojos; se tendria por indigno si no se abriera camino entre los que intentaran atajárselo; reputaria vil y bajo acudir á terceros para sus empresas. Se dirige á la mujer, fiado sólo en su gallardía y su lengua; se arroja á las más temerarias aventuras, fiado sólo en su espada. Nada de escuderos que le guarden la calle; nada de criados infieles que por soborno le franqueen la puerta. Ni siquiera pone en juego las artes del diablo: no hace brillar jamás ni alhajas ni joyas á los ojos de

la mujer que está seduciendo. Se las promete cuando más para despues del triunfo. ¿Le sale álguien al paso? Tampoco le pide favor ni se disculpa.

No por eso es maton ni pendenciero: no usa de las armas sino en su defensa. Puesto á defenderse, no ceja en cambio ni á la voz de la sangre. Se bate con los mismos guardias del rey de Nápoles, deja cadáver al comendador de Calatrava, que habia corrido á detenerle al oir los gritos de su engañada hija, y sujeto ya por la sombra de ese ultrajado padre, esgrime aún contra ella su impotente daga. Cede una sola vez, y ésta cuando ve ya inútil toda resistencia.

Es tan incorregible como intrépido. En vano le reprenden unos, le amonestan otros, le destierra el rey, le habla el autor de sus dias en tan cortas como sentidas frases: continúa mintiendo y engañando. En vano se le amenaza con la otra vida: contesta con su ¡tan largo me lo fiais!, que basta para resumir todo un carácter. En vano se ve casi presa de la muerte: no bien se salva, cuando vuelve á sus amoríos. Náufrago, llega sin sentido á la playa en hombros de su fiel sirviente: al despertar y

abrir los ojos, empieza por seducir á la pescadora que tuvo la desdicha de acogerle en su regazo.

Miente y engaña; pero adviértase bien, con el solo objeto de cautivar mujeres y lograr la satisfaccion de sus carnales apetitos; rara vez con el de atenuar sus faltas ni procurarse oro ni excusar un lance. Le repugnan la hipocresía y la bajeza. Al tropezar con D. Gonzalo, habria podido fácilmente desarmarle diciéndole que no habia llegado al honor de doña Ana, como más tarde dijo: porque no se lo atribuyeran á miedo, siguió el engaño y prefirió abrirse paso con la espada.

Su honor de caballero lo tiene en tanto que, al verle manchado en la inscripcion de un sepulcro, convida y reta la estátua del que allí yace. Yace allí el Comendador, á quien cree haber muerto en buena ley de guerra; y al leer en la lápida:

Aquí aguarda del Señor
El más leal caballero
La venganza de un traidor,

caliente la sangre y ofendido en lo más hondo del alma, le dirige los más crueles sarcasmos.

¡ Él traidor ! No acaba de leerlo, cuando ase de las barbas á la estátua y dice:

Del mote reirme quiero.
Y ¿os habeis vos de vengar
buen viejo, barbas de piedra?
. . . .
Aquesta noche á cenar
os aguardo en la posada,
y allí el desafío haremos
si la venganza os agrada:
pero mal reñir podremos
si es de piedra vuestra espada.
. . . .
Larga esta venganza ha sido;
si es que vos la habeis de hacer,
bien puedo vivir dormido;
que si á la muerte aguardais
la venganza, la esperanza
agora es bien que perdais,
pues vuestro enojo y venganza
tan largo me lo fiais.

¿Qué habla aquí en D. Juan? ¿es la impiedad? ¿es la locura? No; habla todavía el amor propio lastimado, el pundonor herido. Con gusto habria visto entónces D. Juan que se hubiese levantado del sepulcro el Comendador, armado de todas armas y dispuesto á comba-

tirle. Si ayer con denuedo, hoy con verdadero furor le habria acometido.

No, no es un impío el D. Juan de Tirso de Molina. Cree en Dios y la inmortalidad del alma. Cree en el cielo y el infierno. Cree en la eficacia de la confesion para salvarse. Cree posible rescatar por las oraciones de la Iglesia las almas que murieron en pecado. Cuando está en su casa á solas con la estátua del Comendador, le dice:

Si andas en pena ó si buscas
alguna satisfaccion,
aquí estoy. Dímelo á mí,
que mi palabra te doy
de hacer todo lo que ordenes.
¿Estás gozando de Dios?
¿Eres alma condenada
ó de la etérea region?
¿Díte la muerte en pecado?
habla, que aguardando estoy;

y cuando ve ya inevitable su muerte, exclama

Deja que llame
quien me confiese y absuelva.

Hace frente á la estátua al mirarla con vida, y hasta se compromete á ir de noche á cenar

con ella en la iglesia donde está el sepulcro; pero tampoco por impiedad sino por ese exagerado honor, móvil principal de sus actos.

D. Gonz. ¿Cumplirasme una palabra
como caballero?
D. Juan. Honor
tengo, y las palabras cumplo
porque caballero soy.
D. Gonz. Dame la mano, no temas.
D. Juan. ¿Eso dices? ¿Yo temor?
Si fueras el mismo infierno,
la mano te diera yo.
D. Gonz. Bajo esa palabra y mano
mañana á las diez te estoy
para cenar aguardando.
¿Irás?
D. Juan. Empresa mayor
entendí que me pedias:
mañana tu huésped soy.
¿Dónde he de ir?
D. Gonz. A la capilla.
D. Juan. ¿Iré sólo?
D. Gonz. No, id los dos
y cúmpleme la palabra
como la he cumplido yo.
D. Juan. Digo que la cumpliré,
que soy Tenorio...
. . . .

Iré mañana á la Iglesia
donde convidado estoy,
porque se admire y espante
el mundo de mi valor.

Cuando va D. Juan á cumplir su extraña promesa, oye de boca de su criado que es necedad de necedades ir á cenar con un muerto. Por toda contestacion le dice:

¿No ves que dí mi palabra?

y al llegar á la capilla, léjos de encogerse, se exalta al oir que D. Gonzalo pone en duda su honor y su arrojo.

D. Juan. ¿Quién va allá?
D. Gonz. Yo.
D. Juan. ¿Quién sois vos?
D. Gonz. El muerto soy, no te espantes.
No entendí que me cumplieras
la palabra, segun haces
burla de todos.
D. Juan. ¿Me tienes
en opinion de cobarde?
D. Gonz. Sí, porque de mí huiste
la noche que me mataste.
D. Juan. Huí de ser conocido,
mas ya me tienes delante.
Dí presto lo que me quieres.

D. Gonz. Quiero á cenar convidarte.
D. Juan. Cenemos.
D. Gonz. Para cenar
es menester que levantes
esa tumba.
D. Juan. Y si te importa,
levantaré esos pilares.
D. Gonz. Valiente estás.
D. Juan. Tengo brio
y corazon en las carnes.

Honor y placer: tales son los ejes sobre que gira el carácter del primitivo D. Juan Tenorio. Reune ese D. Juan la gracia y la volubilidad del seductor y la bizarría del caballero; y, espontáneo en todas sus manifestaciones, lo mismo agrada cuando hace el amor que cuando arrostra ya la cólera, ya la venganza de D. Gonzalo. ¡Qué bien dice cuando enamora! ¡Qué ligereza y soltura hay en sus palabras! ¡Con qué facilidad y con qué acento de conviccion promete! Así acalla los recelos de la pescadora, que se reconoce de condicion inferior á la suya:

D. Juan. No digas tal,
Trisbea. En tu casa estoy,
y estimo más ser en ella

un humilde pescador
mereciendo tu favor
y tu mano hermosa y bella,
que las riquezas mayores
que el mundo puede ofrecer.
Pescad. Casi te quiero creer,
mas sois los hombres traidores.
D. Juan. ¿No echas de ver por los ojos,
mi Trisbea, el corazon?
Pues mios tus brazos son,
no me niegues sus despojos.
Abrázame y dame en ellos
el alma.
Pescad. Ya á tí me allano,
mas con la palabra y mano
de esposo.
D. Juan. Juro, ojos bellos,
que mirando me matais,
de ser vuestro esposo.
Pescad. Advierte,
mi bien, que hay infierno y muerte.
D. Juan. ¡Tan largo me lo fiais!
Ojos bellos, miéntras viva,
vuestro cautivo seré.
Pescad. Esta es mi mano y mi fe.
D. Juan. Y ésta la mia, si estriba
en ella vuestro sosiego.

Es aún más bella y florida su palabra cuando trata de seducir á Arminta.

D. Juan. Arminta, escucha y sabrás,
si quieres que te la diga,
la verdad, si las mujeres
sois de verdades amigas.
Yo soy noble caballero,
cabeza de la familia
de los Tenorios, antiguos
ganadores de Sevilla.
Mi padre despues del Rey
se reverencia y se estima
en la Corte, y de sus labios
penden las muertes y vidas.
Torciendo el camino acaso,
llegué á verte, que amor guia
tal vez las cosas de suerte,
que él mismo dellas se admira.
Víte, adoréte, abraséme,
y es de suerte que me obliga
á que contigo me case:
mira que accion tan precisa.
Y aunque lo murmure el Reino,
y aunque el Rey lo contradiga,
y aunque mi padre enojado
con amenazas lo impida,
tu esposo tengo de ser.

Vencida la bella labradora, le dice D. Juan, para más cautivarla:

¡Ay, Arminta de mis ojos!
mañana sobre virillas
de tersa plata, estrelladas
con clavos de oro de Tíbar,
pondrás los hermosos piés,
y en prision de gargantillas
la alabastrina garganta,
y los dedos en sortijas
en cuyo engaste parezcan
estrellas las amatistas.

«Tuya soy» dice la infeliz Arminta y don Juan:

¡Qué mal conoces
al burlador de Sevilla!

Nada aquí de exageraciones ni de largos razonamientos sobre el amor y la hermosura; nada que tienda á explicar la voluble y al parecer contradictoria naturaleza del personaje. Y, sin embargo, el carácter resulta no sólo de buen dibujo, sino tambien perfectamente modelado. Se le ve, por decirlo así, de carne y hueso ya en las primeras escenas, y no se

necesitan esfuerzos de imaginacion para comprenderlo. Al empezar la comedia, sorprenden á D. Juan en el momento de haber gozado de Isabela fingiéndose el duque Octavio. A los gritos de la dama acude el Rey, que pregunta con enojo: «¿Qué es esto?» D. Juan con el mayor desenfado contesta:

¿Qué ha de ser?
un hombre y una mujer.

Se revela ya todo su carácter en estas cortas palabras. Ordena luégo el Rey á D. Pedro Tenorio, que prenda á la dama y al atrevido caballero, y D. Pedro intima á su sobrino que se rinda. D. Juan se resiste y se prepara á la defensa. Es de notar lo altanero de su lenguaje:

No llegue ninguno á mí
si morir no quiere aquí.
....
Por la punta de esta espada
llegad á comprar mi vida,
que ha de ser tan bien vendida
como de todos comprada.

¿Se necesita más para comprender luégo en sus dos fases á nuestro libertino caballero? Co-

nocido el argumento, se le considera desde luégo capaz de repetir el engaño en Doña Ana de Ulloa, matar al Comendador, devolverle ultraje por ultraje despues de muerto, ir á cenar por fin con la sombra de D. Gonzalo.

Pero este carácter, ¿es moral? ¿es verdadero? Moral no puede serlo nunca el espectáculo de un mancebo que por antojo ó por el fugaz estímulo de sus sentidos corrompe y deshonra á cuantas mujeres encuentra al paso, y con tal de acallar los impuros apetitos de su carne, sacrifica sin vacilar los respetos que se deben al padre, al esposo, al amigo, al hombre. Ni puede serlo el de un caballero que por un falso pundonor ultraja la estátua del padre de una de sus víctimas, á quien mató injustamente de una estocada, y al verla erguida ante sus ojos, á pesar de creer que hay en ella algo de sobrenatural y sentir turbado su propio espíritu, la provoca y se presta á visitarla de noche en la oscura capilla donde habia de temer que recibiese su justo castigo. Si Don Juan hubiese creido que aquella estátua no era más que un engendro de su fantasía, no resul-

taria tan inmoral—tampoco tan grande;—pero él la tomaba como la verdadera aparicion del Comendador á quien habia muerto, y era llevar la inmoralidad al cinismo el hecho de no temerla. Por esto sin duda Tirso le presentó al final de su comedia arrepentido y sin poder obtener el perdon que por su arrepentimiento buscaba, la mayor y la más terrible pena que podia imponerle á los ojos de su siglo.

Mas si la creacion del D. Juan no es moral, es en el fondo verdadera. El amor voluble es por desgracia comun entre los hombres. La monogamia está en las leyes, la poligamia en las costumbres. Ni falta quien haya sostenido ni quien sostenga que no es nuestro corazon para cautivo de una sola belleza, ni nuestro cuerpo para no gozar de los encantos del mundo ínterin crucemos la primavera de la vida. Si lo dicen pocos, lo piensan muchos, y muchos más lo practican. Y ¡ay del que así lo entienda y de jóven lo ejecute! El amor voluble constituye en él naturaleza. Esta es una de las no pequeñas causas de la prostitucion que corroe las entrañas de los pueblos.

Tal vez álguien ponga en duda que en hom-

bre tan dado á los placeres quepa un alma de robusto temple; pero no está reñido el valor con el más desenfrenado sensualismo. Alejandro no es una excepcion entre los héroes. De César se decia hiperbólicamente que era el marido de todas las mujeres de Roma. La prostitucion siguió con frecuencia los pasos de los ejércitos, y la violacion ha sido en todos tiempos la compañera inseparable de la guerra. Ni han sido más continentes los capitanes cristianos que los del paganismo. Se afanan las religiones por domar la carne, y en la carne encuentran su más tenaz rebeldè.

Lo que parecerá fuera de toda verdad es cuanto se refiere á la estátua de D. Gonzalo. Conviene que distingamos. Una cosa es el carácter de D. Juan, otra los medios empleados para su desarrollo. Pueden ser éstos inverosímiles y áun falsos, sin que deje aquél de ser verdadero. Que un muerto recobre en la estátua de su sepulcro su personalidad y su vida, no es en primer lugar inverosímil bajo el dogma católico. Admitido que Dios interviene en los negocios de los hombres y puede para sus fines interrumpir á su sabor las leyes de la naturaleza, nada hay imposible. Puede

Dios buscar en un muerto como en un vivo el instrumento de sus venganzas. Y bajo el dogma católico y para el mundo católico escribió Tirso su comedia.

Más aún: dada la inverosimilitud del hecho, ¿en qué podria resultar falso el carácter de Don Juan Tenorio: en que D. Juan no retrocediese ante lo sobrenatural, ó lo que es lo mismo, lo desconocido? Desconocido era el Océano en el siglo XV, y lo cruzaron en busca de nuevos continentes Colon y sus compañeros. Desconocidas eran más tarde las comarcas interiores de América, y las exploraban hombres al parecer reñidos con su vida trasponiendo cumbres coronadas de eternos hielos, que despedian torrentes de fuego y lava y asordaban y hacian estremecer la tierra con sus rugidos. Desconocida, sobre todo, nos es la muerte, y la arrostramos y la desafiamos hoy en campos de batalla donde se van á decidir los destinos de dos pueblos, mañana en un laboratorio, el otro dia en un cadalso. El honor, cuando no el entusiasmo por una idea, nos arrastra frecuentemente á cruzar con paso firme los umbrales de la muerte, más allá de los cuales no vemos sino sombras y tinieblas.

Los héroes de la Ilíada luchan con los dioses del Olimpo, sin que por esto nos parezcan falsos.

Precisamente por haber sabido el poeta presentar con arte en su protagonista esa mezcla del libertino y el héroe, esa entereza ante lo desconocido, esa firme voluntad que le hace caminar impávido al cumplimiento de su destino sin que experimente turbacion de que al instante no se reponga, es D. Juan no sólo un carácter, sino tambien uno de los tipos más populares que ha concebido la poesía. Tres siglos lleva ya de existencia, y todos los años acude la multitud al teatro ansiosa de oirle requebrar mujeres y verle recibir intrépido á la irritada sombra de D. Gonzalo. Place á las muchedumbres ver cuando ménos en el teatro almas enteras, ya que en el del mundo apénas ve más que almas dudosas y cobardes, tan viciosas como la de D. Juan, pero ocultos sus vicios bajo el velo de la hipocresía.

Mas ¿es ya el D. Juan de Tirso el que se representa en el teatro? Le han ido modificando otros poetas, y me propongo examinar si mejorándole ó desfigurándole.

II.

Despues de Tirso, Molière fué el primero que puso en escena á D. Juan Tenorio. Le comprendió mal y le desfiguró por completo con ser un poeta de primer órden. Su D. Juan es razonador y escéptico. Sin ser hipócrita, emplea por cálculo la hipocresía. Carece de toda virtud y adolece de todos los vicios. No sólo es libertino, sino tambien tramposo. Se burla de sus acreedores y hace gala de saber despacharlos, dándoles por toda moneda buenas palabras. Hijo sin piedad y sin entrañas, rabia por ver muerto á su anciano padre. Ya se insolenta con él, ya le engaña para hacerle servir de escudo contra los vengadores de sus víctimas. No es ya un caballero, sino un canalla; no ya el galan seductor de Tirso, sino un calavera. Para colmo de inmoralidad muere impenitente.

No ya sólo con relacion al de Tirso, sino tambien considerado en sí, resulta el D. Juan de Molière contradictorio y falso. Es más es-

céptico de lo que permitia su siglo: no cree en el cielo ni en el infierno, en Dios ni en el Diablo, en la libertad ni en la Providencia, en la virtud de la medicina ni en la del hombre; cree sólo en que dos y dos son cuatro, y cuatro y cuatro son ocho. Ese hombre, sin embargo, que todo lo niega y atribuye sólo al interés nuestros actos, da luégo por amor á la humanidad una moneda de oro á un mendigo, y defiende espada en mano á un desconocido que atacan tres, sólo porque es desigual la lucha y no cabe tolerar tanta cobardía.

Escéptico hasta el punto de no creer en Dios ni en la inmortalidad del espíritu, mal podia ese D. Juan parecer un héroe recibiendo impávido la estátua del Comendador de Calatrava. Al que no cree en lo sobrenatural, ¿qué temor le han de infundir las sombras ni los espectros? Al que detrás del sepulcro no ve sino la nada, ¿qué miedo le ha de inspirar ni áun la misma muerte? Con pintar Molière á su D. Juan completamente escéptico, le despojó sin querer de todo color épico y áun del carácter altamente dramático de que habia sabido revestirle Tirso. ¿Lo habria conocido él mismo cuando á la aparicion de laestátua

de D. Gonzalo añadió la del espectro de doña Elvira?

Quitó Molière al D. Juan de Tirso hasta ese aire particular del hidalgo que cree indigno esquivar los peligros. Tiene su D. Juan seducidas á dos pescadoras, cuando le avisan que vienen sobre él doce hombres á caballo. Abandona al punto su conquista, se disfraza y busca su salvacion en la fuga. ¡Qué diferencia entre ese D. Juan y el de Tirso cuando le acometen los guardias del rey de Nápoles! Arremete aquél contra sus agresores, y sólo se rinde porque cree que puede poner sin mengua su espada en manos de su tio. El D. Juan de Molière lleva la bajeza al punto de emplear la hipocresía contra el mismo hermano de doña Elvira, que horas ántes habia sido para con él modelo de caballeros. Se niega á reparar su sacrilegio afectando escrúpulos que jamás ha tenido; y si bien no se niega á dar una satisfaccion por las armas, hace constar que no es él quien provoca el desafío, porque se lo prohibe el cielo, un cielo en que no cree. Desconoce á no dudarlo el sentimiento del honor, alma del D. Juan de Tirso. Así es tan poco simpático, si no repugnante. Así es el de

Tirso tan agradable y poético. ¿Quién dudará, con todo, que Molière ha querido pintar en Don Juan á la vez que al seductor al caballero?

Ni como seductor puede compararse el Don Juan de Molière con el de Tirso. No seduce en la escena sino á dos ignorantes pescadoras que ni saben hablar su lengua; distan, por lo tanto, de tener la cultura ni la delicadeza de alma de Trisbea y de Arminta. Muestra habilidad é ingenio para convencer á las dos de que cada una es la preferida; pero no esa audacia ni esa fuerza de insinuacion que tanto contribuyen á rendir los más fuertes corazones. Es más cómico que dramático ni lírico. Saca de un convento á doña Elvira, pero no se sabe por qué medios. Dudo que empleara los del D. Juan de Tirso, cuando se propone ganar á Arminta. Llega el D. Juan de Tirso á la cámara de la bella labradora de noche y á la hora de recogerse:

D. Juan. ¡Arminta!
Arminta. ¿Quién llama á Arminta?
¿Es mi Batricio?
D. Juan. No soy
tu Batricio.
Arminta. ¿Pues quién?

D. Juan. Mira
despacio, Arminta, quién soy.
Arminta. ¡Ay de mí! Yo soy perdida.
¿En mi aposento á estas horas?
D. Juan. Estas son las horas mias.

¿Quién puede luégo aguantar con calma en la escena á un D. Juan que, como el de Molière, despues de haber oido las justas y sentidas quejas de su padre, le dice por toda contestacion, «hablaria V. mejor sentado,» y al verle volver la espalda prorumpe en estas breves y escandalosas frases: «¡Ea! muérase usted lo más pronto posible, que es lo mejor que puede V. hacer. Es preciso que nos llegue á todos la vez, y me da rabia ver padres que vivan tanto como sus hijos (1).»

En el siglo XVIII quiso D. Antonio de Zamora dar nueva vida á D. Juan Tenorio. Le falseó tambien, aunque no tanto como el poeta de Luis XIV. Zamora pintó á su D. Juan creyente como el de Tirso, enemigo como el de Tirso de pensar en la muerte y privarse

(1) Molière: *Le Festin de Pierre.* Acto IV, escena III.

por el temor de la vida futura de gozar los placeres y los encantos del mundo; no ya como el de Tirso, gentil, seductor y noble caballero. El D. Juan de Zamora es ya un sér abrutado que no vacila en recurrir á la violencia para la satisfaccion de sus torpes apetitos; riñe por solo el gusto de reñir, y cuando no tiene con quién la emprende á estocadas con unos estudiantes que en nada le provocaron; quebranta osadamente las leyes de la hospitalidad y el duelo, y mata al Comendador sólo porque el Comendador, en cumplimiento de su deber, se opone á que ataque á su huésped Filiberto, pendiente un desafío; obra á sabiendas el mal y hace gala de no enmendarse, á pesar de los consejos de los hombres y los avisos del cielo. Es díscolo, pendenciero, jactancioso y en todo exagerado y despreciable. Es, no un alma espontánea, sino un actor que está siempre en escena. Así es tan contradictorio y tan poco racional en su conducta. Del D. Juan de Tirso cabia decir que mujer seducida, mujer olvidada. El de Zamora cuyo genio

> No es para andar de reata
> con mujer á todas horas,

vuelve á los brazos de Beatriz despues de su viaje á Italia, y, novio de doña Ana, se enfurece al saber que se deshicieron las ya concertadas bodas. La amaba, segun él mismo dice, á esa doña Ana de Ulloa: la idolatraba al par que la aborrecia; no podia quererla, pero tampoco olvidarla, y por ella penaba y suspiraba.

Otro tanto sucede con su bravura. Mata al Comendador, porque éste, como se ha dicho, le impide que riña con Filiberto; y luégo que riñe con Filiberto, despues de haber querido proseguir la lucha á pesar de los mandatos de su padre y el *¡ténganse al Rey!* de la Justicia, abandona el campo por un simple consejo de su criado. Se resiste más tarde al rey, que ordena prenderle, y cuando le ve colérico, se retira por otro consejo del conde de Ureña. Las razones que da para esos inesperados arrepentimientos son como suyas. Dice al criado:

> Dices bien, pues á ir me fuerzan
> un padre que me embaraza
> y una dama que me espera.

Y al conde:

> Cuando un conde
> de Ureña en accion tan suya

me aconseja, ¿qué duda hay
que será lo que conduzca
á salir del campo airoso?

Es ya no contradictorio sino completamente falso el D. Juan de Zamora cuando convida á cenar á la estátua de D. Gonzalo. El lector ha visto ya cómo y por qué hace otro tanto el Don Juan de Tirso. No sólo invita al Comendador á cenar, sino tambien á realizar una venganza, y esto porque lee en la inscripcion del sepulcro donde yace la estátua que allí aguarda la venganza de un traidor el más leal caballero de su siglo. El apóstrofe de aquel D. Juan á la estátua se halla perfectamente motivado, sobre todo si se atiende á las exageradas ideas que sobre el honor profesaba tan bien concebido personaje. El D. Juan de Zamora insulta y convida á la estátua sin que razon alguna lo explique:

Camacho. ¿Y á qué ha sido esta quedada
tan sin juicio y sin razon?
D. Juan. A ver este fantasmon
con su manto y con su espada.
Camacho. ¿No está bueno el aparato
del sepulcro singular?

D. Juan. Buen sufragio es hermosear
la ruina con el boato.
Camacho. ¡Con qué ceño tan profundo
nos mira su sobrecejo!
Miedo le tengo.
D. Juan. Buen viejo,
¿cómo os va en el otro mundo?
Dirás que bien, claro está;
pero si en el Purgatorio
estás, á D. Juan Tenorio
no le esperes por allá.
Y pues quien es tu contrario
ningun alivio te ofrece,
no hayas miedo que te rece
ni una parte del rosario.
Camacho. ¿No está propio?
D. Juan. Sí, y lo malo
es cuando entre aplausos medra
que tenga espada de piedra
el que la trujo de palo.
Camacho. ¡Qué así le hables!
D. Juan. ¿No he de hablar,
si quiero su amigo ser?
Y para darlo á entender,
si esta noche ir á cenar
conmigo quieres, por mí
hecho está.
Camacho. El juicio perdió.

No cabe ciertamente acto de mayor locura.

Porque de locos es ya obrar inconsideradamente; pero lo es mucho más y es hasta el colmo de la demencia ultrajar en el sepulcro á un hombre de quien no se recibió agravio, y á quien, por lo contrario, se dió sin razon la muerte. No es ya ese D. Juan un carácter sino la exageracion de un carácter, una especie de figuron dramático. Molière con no motivar tampoco el convite anduvo ménos desatinado. Su D. Juan no insulta al Comendador; no es siquiera él mismo quien le invita.

Esganarelo. Ahí tiene V. la estátua de D. Gonzalo.

D. Juan. ¡Pardiez! está divino con ese traje de emperador romano.

Esganarelo. En verdad que está bien. No parece sino que vive y va á dirigirnos la palabra. Nos echa unas miradas que, á estar sólo, me darian miedo. ¿Sabe V. que tengo para mí que no le gusta nuestra visita?

D. Juan. Haría mal y sería verdaderamente descortés si no tomase á bien el honor que le dispenso. A ver, pregúntale si quiere venir á cenar conmigo.

Esganarelo. No creo que lo necesite.

D. Juan. Te digo que se lo preguntes.

Es de todos modos este convite un antojo, una humorada, una verdadera salida de tono; pero ¡qué distancia de esto á lo de Zamora! Zamora lo abulta todo para llevar por fin á D. Juan en la última escena con la estátua á caer de turbacion en turbacion y de espanto en espanto en el más cobarde arrepentimiento. Ni el D. Juan de Tirso ni el de Molière se inmutan hasta sentirse abrasados por el fuego de D. Gonzalo; y el de Tirso áun entónces se limita á pedir que se le confiese y absuelva. El de Zamora que va á la iglesia en noche de relámpagos y truenos y quiere que su criado aplauda

El que el cielo
viendo la oscuridad que hay en el suelo
para ir adonde su valor desea
les dé en cada relámpago una tea,

desmaya desde que ve que le sirven el plato de culebras y acaba por abrazarse á la estátua y decir abatido y aterrado:

Ya lo veo, y pues mi muerte
su justicia satisface,
¡Dios mio! haced, pues la vida

perdí, que el alma se salve:
....
¡Piedad, Señor! Si hasta ahora
huyendo de tus piedades
mi malicia me ha perdido,
tu clemencia me restaure (1):

digno fin de tan falso personaje.

En el presente siglo, muchos y muy grandes poetas han buscado en D. Juan el protagonista de sus más brillantes composiciones. El primero en fecha y en importancia ha sido el inglés Lord Byron, de inconcebible originalidad, de poderosa y ardiente fantasía y de vasta inteligencia. Escribió Byron sobre D. Juan, no un drama, sino un poema, y un poema tan *sui generis*, que él mismo lo calificó de enigma poético. Desgraciadamente no lo concluyó ni lo dejó siquiera adelantado á pesar de haber compuesto nada ménos que diez y seis cantos. Segun decia, apénas habia entrado en materia; y en verdad, en verdad, que si lo hubiese acabado tendríamos en su rara epopeya la más

(1) *No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague.*

fiel y completa fotografía de nuestros tiempos.

Interrumpido á lo mejor el poema, sobradamente comprenderá el lector que no es fácil apreciar en toda su integridad el carácter de este nuevo D. Juan Tenorio, al cual habria dado el autor sabe Dios qué desarrollo; pero en esos diez y seis cantos está lo bastante delineado para que podamos juzgarlo. No parece sino que Byron se propuso hacer el reverso del D. Juan que acabamos de ver en Zamora. El suyo no tiene nada de maton, ni de pendenciero, ni de vanaglorioso, ni de exagerado, ni de loco; es, por lo contrario, un hombre que hasta parece ignorar sus grandes y privilegiadísimas dotes. No por su propia voluntad, sino por el estímulo de las circunstancias, se van desenvolviendo sus facultades. Seduce sin querer seducir, y ama con la pasion que le aman, como no se lo impida su orgullo. No hace jamás alardes de valor, y le tiene en toda ocasion proporcionado á los peligros que corre. Permanece sereno en las mayores borrascas de la vida sin que jamás blasone de estoicismo. Elevado de repente á la cumbre de la grandeza, ni sufre los vértigos que da el poder y la gloria, ni ha de hacer

esfuerzo alguno por levantar á la altura de su destino su corazon y su entendimiento. Parece siempre nacido para lo que es, sin que jamás peque de soberbio ni tampoco de humilde. Ensalzado ó abatido, rey ó esclavo, le sostiene siempre en un justo medio el sentimiento de su propia dignidad, el honor del Don Juan de Tirso.

Cambia de amores el D. Juan de Byron como el de todos los poetas; pero con una diferencia notabilísima. Cambia el de los otros poetas por temperamento, por una como idiosincrasia de carácter; el de Byron por casos de fuerza mayor que vienen á separarle bruscamente de sus pasajeros ídolos. Sigue el de Byron adorando en Julia, miéntras no se hace público su adulterio y le obligan por una parte el escándalo y por otra la autoridad de una madre á dejar las riberas de la patria, miéntras una tempestad y un naufragio no le llevan á playas para él desconocidas, y, desmayado de hambre y de fatiga, no despierta en los brazos de otra mujer encantadora, á quien ha cautivado ántes de abrir los labios ni los ojos con su esbelta figura y sus bellas y mórbidas facciones. Haidée era el nombre de la isleña; y

la idolatra D. Juan con delirio áun despues de preso por los piratas de Lambro, encerrado en la bodega de un buque y vendido en Constantinopla por esclavo, áun despues de haberle brindado con sus atractivos Gulbeyaz, la más hermosa de las sultanas. Para que olvide á la enamorada griega es preciso que se salve de las aguas del Bósforo que habian de ser su tumba, se embriague en las sangrientas luchas de la toma de Ismail, vaya á llevar la noticia del triunfo al palacio de los Czares y gane el corazon de Catalina en medio de una corte dispuesta á llenar de lisonjas á todos los favoritos de su varonil soberana. Puramente sensual el amor de Catalina, con solo los sentidos la ama y la paga el afortunado mancebo; y cuando está de embajador en Lóndres, como ninguna mujer se le muestre apasionada, por ninguna se apasiona. Porque, nótese bien, si no era capaz de apasionarse el D. Juan de los demás poetas, lo era el de Byron.

Es verdaderamente el D. Juan de Byron un sér más pasivo que activo, un sér que como el pedernal necesita del eslabon para despedir fuego; mas no por esto deja de ser aún el reflejo del amor voluble, pues basta al fin una

hermosura á borrar de su memoria otra hermosura, unos amores á desterrar de su alma otros amores. Al lado de Haidée no recuerda jamás á Julia, al lado de Catalina no recuerda jamás á Haidée. Byron por otra parte toma á Don Juan desde mozo, desde la edad de diez y seis años, cuando los demás poetas le ponen en escena ya hombre: es probable que Byron quisiese llevarle por grados á la exaltacion y al predominio de los sentidos sobre el espíritu, á no ser que en su héroe se propusiese más bien personificar la humanidad que uno de los tipos de nuestra especie. El D. Juan de los demás poetas, si se le hubiese de admitir sin antecedentes análogos á los que da Byron al suyo, sería por lo ménos tan raro como una mujer voluntariamente prostituida ántes de haber sufrido una pasion y un desengaño.

He creido entrever el plan de Byron en un hecho por demás significativo. Su D. Juan, en Norman-Abbey, palacio de campo de los lores de Amundeville, una noche á la vaga luz de la luna ve una como fantasma que atraviesa calladamente una galería y al pasar junto á él le mira con ardientes ojos. Se inmuta y no se atreve á seguirla ni á detenerla él que no ha-

bia vacilado en tirar de la espada contra los bandidos de Lambro, y habia escalado una de las fortalezas de Ismail en medio del más horroroso fuego. No sólo se turba; pasa aquella noche y el siguiente dia preocupado y absorto hasta el punto de traslucirlo todos los que con él habitaban aquel alegre palacio. Sólo á la otra noche volviendo á ver la fantasma, no sin alguna vacilacion todavía, se decide á correr trás ella para descifrar el misterio. Byron ha querido sin duda significar aquí cuánto impone lo desconocido al corazon más valiente, y tal vez preparar de léjos la escena en que Don Juan hubiese de entrar en lucha con lo sobrenatural, ya en la estátua del Comendador, ya en cualquiera otra forma. El mayor valor está siempre en arrostrar lo que más impone.

Quizá no debiese haber hablado del D. Juan de Byron; pero ¿cómo pasarle en silencio? Es despues de todo el que ménos dista del de Tirso.

Puso tambien en escena á un D. Juan el francés Alejandro Dumas. No se apellida Tenorio ese Don Juan, sino Marana; pero como

carácter, pertenece á la misma familia. Veamos cómo se le presenta. Supongo que habrá comprendido el lector que no es mi ánimo hablar de las composiciones en que este personaje figura, sino del personaje mismo. Dió el poeta galo á su drama un tinte y un fin religiósos, quiso el primero hacer del D. Juan la solucion de un problema teológico; mas yo para nada he de tomarlo en cuenta.

El D. Juan de Alejandro Dumas es más grave y sombrío que el de Molière y más bello que el de Zamora. Es más bien un tentador que un seductor, más un diablo que un hombre. Recurre á la fascinacion y á la mágia; hace siempre sonar muy alto su nobleza, sus castillos y sus vasallos. Y como en su oro y sus blasones encuentra el principal medio para deslumbrar á la mujer y satisfacer sus desordenadas concupiscencias, por no perderlos quebranta sin vacilar las más santas leyes y rompe los más fuertes vínculos. Calumnia á su hermano, coarta la voluntad de un padre moribundo, blande el puñal sobre un sacerdote á quien no puede ganar por la hipocresía ni intimidar por las amenazas.

Es arrebatado, violento, rápido en todas

sus empresas: ejecuta inmediatamente lo que concibe, y arrolla todos los obstáculos. Orgulloso como Satanás, no puede sufrir rivales ni áun en sus vicios. Porque sabe que hay un Sandoval de quien se dice que le aventaja en lo libertino y lo osado, le busca para convencerle y convencer al mundo de que es más afortunado en el amor y el juego y de más destreza en el manejo de las armas. Al juego se lo gana todo, incluso la dama; al reñir con él le mata; y porque cuando le enseñó la lista de las mujeres engañadas le oyó que habia dejado escapar la más tierna de las ovejas, la esposa de Jesucristo, se comprometió bajo palabra de caballero á no dejar que pasaran ocho dias sin que estuviese cubierto el vacío.

Antes de los ocho dias estaba D. Juan seduciendo á una monja tan bella como infeliz, en quien se habia encarnado un ángel. Llamábase la monja Marta, y habia sido hermana de doña Inés de Almeida, la dama perdida por Sandoval al juego, que, al verse tan indignamente tratada, habia voluntariamente bebido la muerte en una copa de Montilla. Atraida Marta por dulces palabras y mentidos sueños, se entregaba la sin ventura á D. Juan en la misma iglesia

donde se habia consagrado á Dios y yacía su pobre hermana. Si no llegó á sucumbir, no fué ciertamente porque pudiera resistir á los pérfidos alhagos del tentador, sino porque vino lo sobrenatural á detenerla al borde del abismo.

Dumas quiso tambien poner á su hombre enfrente de lo desconocido. Despues de haber Don Juan vencido á Marta, estando aún en la iglesia, exclama: « Perdóname, Inés, si no he seguido fielmente tus instrucciones: es tan hermosa tu hermana, que no he podido ménos de hablarle de amor. Si yo supiera cuál de esas tumbas es la tuya... » — «Esta,» responde una estátua de doña Inés que está de rodillas sobre el sepulcro. Por de pronto Don Juan no se turba, ántes adelantándose, dice: «Creo que esa estátua ha hablado. Estátua ó mujer, ángel ó demonio, voz del cielo ó del infierno, habla de nuevo ó te juro por Dios que iré á levantar tu velo de mármol para ver de dónde ha salido esta palabra.» Mas entónces á la voz de doña Inés se van animando las estátuas de otros sepulcros, efigies de otras víctimas de D. Juan, y piden todas venganza contra el matador, á excepcion del viejo conde de Marana, que vueltos los ojos al cielo

dice: «¡Señor, tened piedad de mi hijo!»; y Don Juan, tan pronto en arrepentirse como ántes en pecar, rechaza á Marta que venía dispuesta á seguirle, y resuelve acabar en el claustro su borrascosa vida.

No pára en esto el D. Juan de Dumas. Ya en la Trapa está cavando su fosa, cuando se encuentra frente á frente con su hermano, que va decidido á matarle en duelo. Se resiste á tomar la espada que le ofrece; pero la toma despues, herido en su orgullo, le vence y le ve caer sin vida en su propia sepultura. «¡Don José en la tumba de D. Juan! exclama; está visto que el diablo no me quiere por su ermitaño!» Toma el sombrero y la capa del Don José, y se lanza de nuevo al mundo. No le detienen ya entónces lo natural ni lo sobrenatural, lo humano ni lo divino. Ni le imponen los espectros de sus víctimas, ni le mueven las súplicas de Marta, que le habla cuando ha dejado ya de latirle el corazon y circularle la sangre por las venas; y sucumbe al fin, como el D. Juan de los demás poetas dramáticos, á manos de un muerto. Le mata aquí la sombra de Sandoval, si allí la estátua de D. Gonzalo; y muere como el de Molière, no sólo impeni-

tente, sino tambien con la maldicion en los labios.

¡Qué diferencia de este D. Juan al D. Juan de Tirso! El de Tirso es un seductor alegre y bello; el de Dumas un tentador fosco y terrible. Aquél no va jamás en busca del oro y la fortuna, no llega ni á desear como el de Molière la muerte de su padre con el fin de recoger una pingüe herencia; éste, para adquirir los bienes de su padre, no retrocede ante el asesinato. Aquél, si no ama, tampoco aborrece; éste ódia y se venga. Aquél se turba, sin embargo, ante las sombras de sus víctimas, y se arrepiente cuando no ve aún cercano el término de la vida; éste no vacila ni implora el perdon de la iglesia hasta que bajo la mano del Comendador siente circular por sus venas el fuego de la muerte. Aquél, despues de arrepentido, vuelve por fin á la senda del mal y desprecia en los umbrales mismos del sepulcro los avisos de una mujer á quien ama y de unos espectros de cuya realidad no duda; éste, que cree en otra vida, se acuerda del cielo en cuanto ve que la tierra le reclama.

¿A qué obedece el arrepentimiento del Don Juan de Dumas? Hemos visto que lo produjo

el espectáculo de unos muertos que se levantaron de sus tumbas y pidieron al cielo venganza. ¿Se explica que cese porque D. Juan, no voluntariamente, sino obligado, mate á su hermano en duelo? ¿Se explica, sobre todo, que no renazca al oir las dulces súplicas de Marta moribunda, al verse de nuevo emplazado por las mismas sombras, al presentársele la de Sandoval armada de todas armas para otro desafío, al caer y sentirse herido de muerte? Para morir como muere ese D. Juan era preciso que fuese escéptico como el de Molière, no religioso hasta el punto de haber trocado un dia su espada de caballero por el azadon del trapense. Se dirá que últimamente no creia en la realidad de los espectros, ántes los consideraba ilusion de sus sentidos; pero es bien raro que dejase de creerlos reales precisamente cuando le rodeaban y le hablaban, y era capaz uno de ellos de acometerle y sostener y vencer el empuje de su fuerte brazo.

Ha falseado y complicado extrañamente Dumas el carácter de D. Juan, no sólo haciendo caer á su héroe en tan grave inconsecuencia, sino tambien dándole un rival y poniéndole bajo la influencia del diablo. ¡Rivales

un hombre de tan raras prendas! ¡Tentador y á la vez tentado! Lo más notable es que tiene tambien ese D. Juan su ángel bueno en Marta, —un ángel bajado expresamente del cielo para salvarle, un ángel que se hace mujer bajo el amparo de la Vírgen, un ángel que goza del favor de Dios y excita sin cesar al culpable á que se arrepienta,— y muere, con todo, maldiciendo no sabemos si á Cristo ó si á Sandoval, que acaba de matarle. ¡Bonito papel aquí el de Dios y su ángel bueno!

Nuestro distinguido y brillante poeta Don José Zorrilla ha escrito tambien su D. Juan Tenorio, uno de sus más aplaudidos dramas. A no conocerlo, creerian difícilmente mis lectores que hubiese ido á calcarlo sobre el de Dumas, no careciendo de originalidad y teniendo en España mejor pauta y guía. Es verdad que ha corregido algunas faltas del que tomó por modelo; otras en cambio no sólo las ha reproducido, sino tambien agravado. Ni ha dejado tampoco de cometerlas por cuenta propia.

Por suya y exclusivamente suya tengo la

más capital del drama. El D. Juan del señor Zorrilla no se sabe si es creyente ó escéptico. Con doña Inés y D. Gonzalo habla sinceramente de Dios, del cielo, de su propia salvacion, de la posibilidad de que se convierta en ángel el que fué demonio: es creyente. A sus amigos Centellas y Avellaneda les declara por dos veces que jamás creyó en la otra vida ni hay para él otra gloria que la del mundo: es escéptico. El Sr. Zorrilla hace á D. Juan escéptico ó creyente segun lo van exigiendo las peripecias de su drama, y á causa de esa indeterminacion de carácter le pone repetidamente en contradiccion consigo mismo.

Es verdaderamente lastimosa la conducta de ese pobre D. Juan desde que entra en el panteon de su padre y de sus víctimas. La sombra de doña Inés y el movimiento de todas las estátuas sobre los sepulcros le turban y desconciertan de modo que, perdido el sentimiento de la realidad, toma por vanos fantasmas á sus camaradas Avellaneda y Centellas. Atribuye luégo á fascinacion lo que por sus ojos ha visto, y recobrándose hace nuevos alardes de valor contra los muertos, terminando por convidar á cenar á la estátua de Don

Gonzalo. Sólo por blasonar de intrépido hace aquí esta incalificable locura: segun le hace decir el poeta, no cree que D. Gonzalo pueda aceptar el convite.

Don Juan, con todo, hace poner en la mesa donde va á cenar con sus compañeros plato y silla para el Comendador y áun servirle vino en la copa. ¡Admirable hazaña cuando está persuadido de que el Comendador no ha de bajar de su sepulcro de piedra! Se la censuran Centellas y Avellaneda, y él entónces dice:

Fuera en mí contradictorio
y ajeno de mi hidalguía
á un amigo convidar
y no guardarle el lugar
miéntras que llegar podria.
Tal ha sido mi costumbre
siempre, y siempre ha de ser esa;
y el mirar sin él la mesa
me da en verdad pesadumbre.
Porque si el Comendador
es, difunto, tan tenaz
como vivo, es muy capaz
de seguirnos el humor.

A pesar de lo que parecen revelar estas últimas palabras, vive D. Juan tan convencido

de que no ha de venir el Comendador, que cuando éste llama y se van oyendo cada vez más cerca los aldabonazos sin que haya salido nadie á franquearle la entrada, atribuye el hecho á farsas de sus huéspedes. No sale, sin embargo, al encuentro del que llama, no le abre como el de Tirso la puerta; ántes ¡ó caso para nunca imaginado! corre á echar los cerrojos á todas las del aposento. Y, ¿ese es Don Juan Tenorio? Si allá en sus adentros sospechaba que fuese D. Gonzalo el que llamase, puesto que le tenía preparados plato y silla, debia ser el primero en abrirle paso; si un bromista, un chusco, ¿para qué detenerle ni decir despues de corridos los cerrojos:

> Ya están las puertas cerradas:
> ahora el coco para entrar
> tendrá que echarlas al suelo,
> y en el punto que lo intente
> que con los muertos se cuente
> y apele despues al cielo?

Ve luégo D. Juan que la estátua del Comendador se filtra por la pared, la oye, observa que se le escapa al través del muro cuando para convencerse de si es fantástica ó real in-

tenta dispararle un pistoletazo, contempla de nuevo la sombra de doña Inés, que le confirma las palabras de D. Gonzalo; y despues de asombros y dudas insiste aún en que fué todo ficcion y exige de sus camaradas que le den la razon de tantos prodigios. ¿Es esto para creido? Pues sobre si sus camaradas fueron los engañadores ó los engañados trábase pendencia y los mata D. Juan en duelo. Cabe difícilmente carácter más falso ni más absurdo.

Para persuadirse de que no fué fingido lo que vió, ha de volver D. Juan al panteon de su padre, y ver en torno suyo quietas y mudas las estátuas de los demás sepulcros, y oir doblar las campanas por su muerte, y mirar la fosa en que han de sepultarle, y sentir abrasado el cuerpo por la mano del Comendador, que le dice:

Ahora, D. Juan,
pues desperdicias tambien
el momento que te dan,
conmigo al infierno ven.

Entónces D. Juan, en cuya conversion parecia que estuviese Dios agotando sus esfuerzos, se arrepiente por fin y exclama:

Aparta, piedra fingida.
Suelta, suéltame esa mano
que aún queda el último grano
en el reloj de mi vida.
Suéltala, que si es verdad
que un punto de contricion
da á un alma la salvacion
de toda una eternidad,
yo, santo Dios, creo en tí.
Si es mi maldad inaudita,
tu piedad es infinita...
¡Señor, ten piedad de mí!

Compárese ahora ese D. Juan con el de Tirso. En éste ¡qué sencillez y que unidad! en aquél, ¡qué de contradiccion y de artificio! El Don Juan de Tirso no duda ni un solo momento que sea la estátua del Comendador la que se presenta en su casa el dia en que la convidó á su mesa: precisamente porque no lo duda y la recibe con sangre fria manifiesta un valor que impone. Ni siquiera despues de haber desaparecido la estátua, para dominar la impresion que le ha causado, recurre al vulgar medio de pensar que aquello pudo ser una ficcion ó una mera ilusion de sus sentidos. Atribuye á la imaginacion movida por el te-

mor el frio aliento que creyó haber percibido en la estátua, el fuego que creyó haber sentido cuando le dió la mano, pero no la vision de la estátua misma. Así, para serenar su ánimo, se da como principal razon:

Temer muertos
es muy villano temor.
Si un cuerpo con alma noble,
con potencias y razon
y con ira no se teme,
¿quién cuerpos muertos temió?

Falsea el Sr. Zorrilla el carácter de D. Juan no sólo en la segunda parte de su drama, sino tambien en la primera. Siguiendo y exagerando á Dumas, pone en competencia con Don Juan á un D. Luis Mejía y presenta á los dos en la hostería de un italiano, haciendo público alarde de sus vicios y examinando cuál ha seducido en un año más mujeres y matado en duelo más hombres. De tan extraño exámen, resulta que D. Juan ha podido más, pues pasó por su espada á treinta y dos hombres y conquistó hasta setenta y dos mujeres, cuando los muertos por su rival son sólo veinte y tres y cincuenta y seis las engañadas. Mejía, como

el Sandoval de Dumas, hace observar que Don Juan no ha seducido todavía á ninguna novicia; y D. Juan, envalentonado por sus triunfos, se compromete no sólo á ganar una que no haya profesado, sino tambien á quitar el siguiente dia al mismo D. Luis la novia, que es mujer principal y se llama doña Ana de Pantoja.

¿Recuerda el lector qué es lo que se ocurre á los dos matones para lograr el uno su intento, para impedirlo el otro? Se delatan mútuamente á la justicia, y caen presos entrambos. Recobran luégo la libertad y se encuentran en la calle donde vive doña Ana. ¿Recuerda tambien el lector cómo se deshace Tenorio de Mejía? Disponiendo que una ronda de los suyos le ataquen por la espalda, le sujeten y le encierren en una bodega. ¿Son esto dos caballeros ó dos bandidos? Confiesa D. Juan que ha cometido una traicion, y la defiende con decir que es como suya.

Ese D. Juan, además, no siempre mata en riña, ni siempre con la espada. Sin darle tiempo á que se defienda mata al Comendador de un pistoletazo. Aberracion que no ha padecido el D. Juan de ningun otro poeta.

Pero no es aún aquí donde más ha falseado

el Sr. Zorrilla el carácter de su héroe. Su Don Juan, como el de Dumas, cumpliendo el empeño contraido en la hostería, arrebata de un convento á doña Inés, que el dia ántes se hallaba destinada á casarse con él y ahora resulta decidida desde mucho tiempo á ser esposa de Cristo. Luégo que ha conseguido robarla la entrega á sus gentes con órden de llevarla á su casa de campo, y corre desalado á burlar á doña Ana fingiendo ser aquel mismo Mejía á quien tan villanamente ha preso. Alcanzado su objeto, vuela á su quinta, y sin transicion alguna pasa ¡oh milagro! del desenfrenado sensualismo en que ha vivido al amor más casto y más puro. ¡Qué lirismo entónces el suyo! ¡qué hermosos sentimientos! Hasta cree que por doña Inés ha de salvarse; y hasta resuelto se halla á ir á pedirla de rodillas al bueno de D. Gonzalo.

No es, doña Inés, Satanás
quien pone este amor en mí;
es Dios que quiere por tí
ganarme para *Él* quizás.
No, el amor que hoy se atesora
en mi corazon mortal
no es un amor terrenal

como el que sentí hasta ahora;
no es esa chispa fugaz
que cualquier ráfaga apaga;
es incendio que se traga
cuanto ve, inmenso, voraz.
Desecha, pues, tu inquietud,
bellísima doña Inés,
porque me siento á tus piés
capaz aún de la virtud.
Sí, iré mi orgullo á postrar
ante el buen Comendador,
y ó habrá de darme tu amor
ó me tendrá que matar.

¿Qué extraña conversion es esta? ¿No era ese mismo D. Juan el que horas ántes decia que empleaba en cada mujer cinco dias:

Uno para enamorarlas,
otro para conseguirlas,
otro para abandonarlas,
dos para sustituirlas
y un hora para olvidarlas?

La Marta de Dumas era, como he dicho, un ángel bajado del cielo y no pudo con D. Juan de Marana. ¿Cómo pudo más con D. Juan Tenorio Inés, que era una simple mortal aunque pura y bella? Otras bellezas habia visto este

Don Juan, y no le habian cautivado por más de un dia; otras esposas del Señor habia seducido segun los cláustros que decia haber escalado, y por ninguna habia sentido más que un amor fugaz y terreno. ¿Por qué, pues, ese cambio con doña Inés? No sería por lo hermosa ni por lo cándida, puesto que ántes de verla ya se sentia apasionado por ella y despues de vista la dejaba por ir á gozar traidoramente de doña Ana de Pantoja. Acababa de cometer D. Juan el doble crímen del rapto y del engaño cuando venía á poner á los piés de la casta vírgen su corazon impuro: ¿cómo ni por qué habia de trasformarse tan de súbito en el más pudoroso de los amantes?

El Sr. Zorrilla, como Dumas, quiso dar á su drama un tinte religioso, y, como á Dumas, le convino hacer llegar al diablo á las puertas del cielo: sacrificó á su pensamiento teológico la unidad de carácter de su protagonista. *Tantum religio potest suadere malorum.*

Lo bueno es que luégo ese D. Juan, tan amartelado por doña Inés, al sentir cerca de sí los alguaciles y soldados que van á prenderle, pensando sólo en salvarse, la abandona cobardemente dejándola por premio de amor

el cadáver de D. Gonzalo, de quien era hija.

Algo más tendria que decir si en vez de concretarme á examinar el carácter de D. Juan hiciese la crítica de todo el drama, donde casi me atreveria á decir que hay más faltas que bellezas, con ser las bellezas muchas; añadiré tan sólo que si algo faltase para desfigurar al primitivo D. Juan, lo tendríamos en lo fanfarron que ha hecho el Sr. Zorrilla al suyo, más fanfarron todavía que el de D. Antonio de Zamora. Dejo aparte aquel pugilato con Mejía sobre quién mató y sedujo más y más atrocidades hizo: D. Juan dice que al llegar á Nápoles, puso en público el cartel siguiente:

Aquí está D. Juan Tenorio
y no hay hombre para él.
Desde la princesa altiva
á la que pesca en ruin barca,
no hay hembra á quien no suscriba,
y á cualquiera empresa abarca
si en oro ó valor estriba.
Búsquenle los reñidores;
cérquenle los jugadores;
quien se precie que le ataje,
á ver si hay quién le aventaje
en juego, en lid ó en amores.

Estoy en que el Sr. Zorrilla en su *D. Juan Tenorio* ha procurado más satisfacer las exigencias del público que las del arte, atendidas sus brillantes dotes. ¡Qué lástima que no haya pensado más en satisfacer las del arte que las del público!

No acabaria tan prolijo exámen si quisiera hablar de cuantos poetas han escogido á Don Juan por protagonista, ya de sus dramas, ya de sus epopeyas. Calderon escribió con el título de *No hay cosa como callar* una comedia donde nos le reprodujo en D. Juan de Mendoza. Espronceda nos le ha reproducido en su Don Félix de Montemar, estudiante de Salamanca; D. Manuel Fernandez y Gonzalez en una de sus infinitas novelas y en su drama *Don Luis Osorio;* Guerra Junqueiro, jóven portugués, en su *A morte de Don João*, apénas conocida en España; D. Ramon Campoamor en una de esas doloras á que ha dado el nombre de pequeños poemas. Perdóneseme que no hable de ninguna de estas composiciones, por más que algunas sean de tanta importancia como la de Espronceda, bosquejo, pero bos-

quejo de mano maestra de nuestro personaje.

¿No es verdaderamente de notar que no se canse la poesía de volver sobre el mismo tema? He dicho ya por qué es popular D. Juan; permítaseme que diga en breves palabras por qué en mi sentir es un tipo esencialmente dramático. Lo es porque en él se resume y personifica el hombre. El hombre, digan lo que quieran ciertos filósofos, es un eterno dualismo. Por la materia es naturaleza, Dios por el espíritu. Llamo alma, espíritu, al conjunto de facultades por las que nos elevamos sobre el mundo de los sentidos. Por la materia somos esclavos, por la razon libres. Esclavos de nuestros apetitos, libres en el sentido de que nada puede cohibir ni detener el vuelo de nuestras almas. Porque nos sentimos tales y lo queremos ser, somos fundamentalmente rebeldes á todo lo que tiende á imponérsenos ó á limitarnos. Así arrojamos de los altares á nuestros dioses. Así sacudimos tan á menudo el yugo de la autoridad contra sacerdotes y reyes. Así pugnamos incesantemente por romper los límites de nuestras propias fuerzas. Nuestra rebeldía es tal, que la simbolizan todas las religiones en multitud de mitos. Prometeo arreba-

tando el fuego del cielo, los gigantes escalando el Olimpo, Satanás y sus ángeles disputando el trono á Jehová, Adan y Eva comiendo la fruta del árbol prohibido, los hombres fabricando la torre de Babel, estos y otros mitos, reproducidos bajo diversas formas en casi todas las teogonías, símbolos son y no más de esa eterna rebeldía de nuestro espíritu.

Don Juan es á la vez por su sensualismo el hombre-materia, por su rebelion contra todo lo que le detiene el hombre-espíritu, aunque sea real ó aparentemente el honor el inmediato móvil de sus actos. ¿Le ataja el paso la espada? Tira de la espada. ¿Le sale al encuentro lo desconocido? Arrostra lo desconocido. Lo arrostra y lo desafía como arrostraba y desafiaba Satanás á Jehová, los gigantes á Júpiter. Por esto principalmente, por esto es á mis ojos un tipo dramático. Es un nuevo emblema de nuestro dualismo y un nuevo símbolo de nuestra soberbia.

¡Qué lástima que no se le haya presentado aún con toda la sencillez y la pureza de que es susceptible! El más sencillo, el más puro y el de más unidad, ya lo habrá observado el lector, es para mí el D. Juan de Tirso. Ado-

lece, con todo, de graves defectos, unos, los ménos, hijos del mismo poeta; otros propios del siglo en que el autor escribió; otros debidos á lo infamemente que han adulterado la comedia los copistas. Sería muy laudable que uno de nuestros esclarecidos poetas, en vez de forjar un nuevo D. Juan, se consagrara á purgar el de Tirso de los vicios que lo empañan. Mereceria bien del arte.

F. PÍ Y MARGALL.

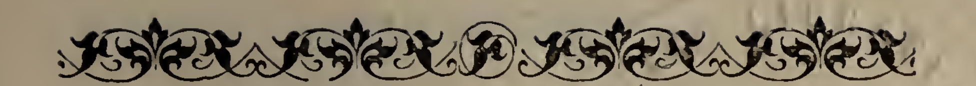


TAN LARGO ME LO FIAIS

HABLAN EN ELLA

LAS PERSONAS SIGUIENTES:

EL REY DE CASTILLA.
D. GONZALO DE ULLOA.
EL EMBAJADOR D. PEDRO TENORIO.
D. JUAN TENORIO.
CATALINON.
UNA PESCADORA.
BATRICIO.
EL DUQUE OTAVIO.
EL MARQUÉS DE LA MOTA.
ISABELA, *duquesa.*
ARMINTA.
BELISA.
DOÑA ANA, *criada.*
EL REY DE NÁPOLES.
UNA PASTORA.
ALFREDO.
TIRSEO.



TAN LARGO ME LO FIAIS.

JORNADA PRIMERA.

Salen ISABELA, *duquesa,* Y DON JUAN TENORIO.
(De noche.)

Isabela. Salid sin hacer ruido,
Duque Otavio.
Juan. El viento soy.
Isabela. Aun así temiendo estoy
que aquí habeis de ser sentido;
que haberos dado en Palacio
entrada de aquesta suerte,
es crímen digno de muerte.
Juan. Señora, con más espacio
te agradeceré el favor.
Isabela. Mano de esposo me has dado,
Duque.
Juan. Yo en ello he ganado.
Isabela. El aventurar mi honor,
Duque, de esta suerte ha sido,
segura con entender

que mi marido has de ser.

Juan. Digo que soy tu marido,
y otra vez te doy la mano.

Isabela. Aguárdame, y sacaré
una luz, para que dé
de la ventura que gano
fé, Duque Otavio. ¡Ay de mí!

Juan. Mata la luz.

Isabela. Muerta soy;
¿quién eres?

Juan. Un hombre soy
que aquí ha gozado de tí.

Isabela. ¿No eres el Duque?

Juan. Yo no.

Isabela. Pues dí quién eres.

Juan. Un hombre.

Isabela. ¿Tu nombre?

Juan. No tengo nombre.

Isabela. Este traidor me engañó;
¡gente! ¡criados!

Juan. Detente.

Isabela. Mal un agravio conoces.

Juan. No dés voces.

Isabela. Daré voces;
¡ah del Rey, soldados, gente!

Sale EL REY DE NÁPOLES.

Rey. ¿Qué es esto?

Isabela. ¡Favor! ¡Ay triste,

que es el Rey!
Rey. ¿Qué es?
Juan. ¿Qué ha de ser?
un hombre y una mujer.
Rey. Esto en prudencia consiste;
quiero el daño remediar.

Salen EL EMBAJADOR DE ESPAÑA *y* CRIADOS.

Embaj. ¿En tu cuarto, gran señor,
voces? ¿quién causa el rumor?
Rey. Haced prender y matar
ese hombre y esta mujer.
D. Ped. ¿Quién son?
Rey. No es bien conocerlos,
porque si aquí llego á verlos,
no me queda más que ver.
Pues me venzo y me resisto,
vosotros no me inciteis,
que en estos que ver quereis,
sin verlos mi ofensa he visto.
Don Pedro Tenorio, á vos
esta prision os encargo;
si ando corto, andad vos largo,
y ved quién son esos dos. *(Vase.)*
D. Ped. Daos á prision caballero.
Juan. No llegue ninguno á mí,
si morir no quiere aquí.
D. Ped. ¡Matadle!
Juan. La muerte espero;

por la punta de esta espada
llegad á comprar mi vida,
que ha de ser tan bien vendida
como de todos comprada.

D. Ped. Matadle.

Juan. ¡Qué mal lo adviertes!
Las fieras puntas desvía;
considera que la mia
ha de costar muchas muertes.
A muerte estoy condenado,
y pues es cierta mi muerte,
matándoos de aquesta suerte
moriré más consolado.
Que he de vender de este modo
mi vida, os quiero advertir;
y pues sé que he de morir,
quiero aquí morir por todo.

Sold. 2.º ¡Muere, vil!

Juan. ¿Quien os engaña?
Ved que caballero soy.

D. Ped. Rabiando de enojo estoy.

Juan. El embajador de España
llegue solo, que á él no más,
pues forzoso es el morir,
mi espada quiero rendir.

D. Ped. Agora más cuerdo estás;
todos con esa mujer
á ese cuarto os retirad.

Isabela. ¿Tal traicion, tan gran maldad,
en hombre pudo caber?

Diré quién soy, mas mi agravio
á voces dirá quien soy,
pues hoy sin honor estoy,
y estoy sin el Duque Otavio. *(Vase.)*

D. Ped. Ya estamos solos los dos;
muestra aquí tu esfuerzo y brio.

Juan. Aunque tengo esfuerzo, tio,
jamás le tuve con vos.

D. Ped. ¿Quién eres?

Juan. Don Juan.

D. Ped. ¿Don Juan?

Juan. Sí, señor.

D. Ped. ¿De aquesa suerte
lo dices?

Juan. Dame la muerte,
y mis desdichas tendrán
fin en tus manos.

D. Ped. Traidor,
alevoso, no imagino
que eres Don Juan mi sobrino,
porque no tienes honor.
¿Tú con dama en el Palacio
del Rey, y en ofensa mia
haces tal alevosía?

Juan. Mi culpa no pide espacio,
tio. Si me has de prender,
préndeme, llévame preso,
y advierte que aqueste exceso
por amor se puede hacer;
amor es una cautela,

y es ciego, y loco quien ama.
D. Ped. ¿Quién es la dama?
Juan. Es la dama...
D. Ped. Prosigue, ¿quién?
Juan. Isabela.
D. Ped. ¿La camarera?
Juan. Señor,
sí, que por el Duque Otavio
la engañé.
D. Ped. Mayor agravio,
y desventura mayor.
Tu padre desde Castilla
á Nápoles te envió
por insufrible; y te dió
cárcel la espumosa orilla
del mar de Italia, causando
mil escándalos en ella,
no reservando doncella,
ni casada reservando.
Ya no te sufre la tierra,
y estoy por matarte aquí;
pero como veo en tí
sangre que mi pecho encierra,
por fuerza te he de librar.
¿Tienes por dónde escaparte?
Juan. Aquí está un balcon.
D. Ped. Colgarte
puedes por él, y bajar
al suelo.
Juan. Aunque está muy alto,

por la capa bajaré.
D. Ped. Baja, pues, porque no esté
el Rey con más sobresalto,
que yo diré que te echaste
por una ventana, huyendo
de mí.
Juan. Ya va amaneciendo.
D. Ped. Pues tú este daño causaste,
pon remedio en él, partiendo
de Nápoles luégo á España;
que si ahora el Rey se engaña
de la suerte que pretendo,
con la Duquesa Isabela,
si puedo, te casaré,
para que pagues con fé
lo que hiciste con cautela.
Juan. En todo, señor, me honrais.
D. Ped. Pues vete con Dios, y advierte
que hay castigo, infierno y muerte.
Juan. ¿Tan largo me lo fiais?
D. Ped. Esta presuncion te engaña;
llega si es este el balcon.
Juan. Con tan larga pretension,
glorioso me parto á España.

Vanse, y sale EL REY.

Rey. Envidian las coronas de los Reyes
los que no saben la pension que tienen,
y mil quejas, y lástimas previenen,

porque viven sujetos á sus leyes.
Pero yo envidio los que guardan bueyes,
y en cultivar la tierra se entretienen,
que aunque de su trabajo se mantienen,
ni agravios lloran, ni gobiernan greyes.
Porque aunque con más ojos que Argos vivan,
y miren por la espalda y por el pecho
los Reyes, no proceden como sábios,
Si del oir con el mirar se privan,
que un Rey siempre ha de estar orejas hecho,
oyendo quejas, y vengando agravios.

Sale DON PEDRO TENORIO.

D. Ped. Ejecutando, señor,
lo que mandó vuestra Alteza,
el hombre...
Rey. ¿Murió?
D. Ped. Escapóse.
Rey. ¿Qué decís?
D. Ped. ¿Quién lo creyera?
Dí con la guarda sobre él,
y él con la misma fiereza
que un hombre desesperado
siempre en tales casos muestra,
juzgando flacas aristas
las valientes puntas nuestras,
con la suya se metia,
haciendo notable ofensa.
Dí voces: ¡muera, matadle!

y enlazando en una reja
la capa, fué en el caer
Luzbel como en la soberbia.
Acudí, y ví con la luna
un hombre, que por la tierra
llevaba el pecho arrastrando,
como la cauta culebra.
Dí voces, y en la distancia
que tardé en tomar la puerta,
el que arrastrando huia
corrió con tal ligereza,
que no pareció jamás;
y no habiendo casa abierta,
pareció cosa imposible
que escapárseme pudiera.
Y porque lo que está oculto
en la Corte no se sepa,
excusando el alboroto,
excusé las diligencias.

Rey. Mostrastes, embajador,
vuestra cordura y prudencia,
pero mucho me ha pesado
de que el hombre no muriera;
¿y sabeis quién es la dama?

D. Ped. Es, gran señor, la Duquesa
Isabela.

Rey. ¿Qué decís?

D. Ped. Lo que escucha vuestra Alteza.

Rey. Pues el hombre es de importancia,
y es más pesada la ofensa;

id por ella.

D. Ped. Ya la guarda
viene, gran señor, con ella.

Sale ISABELA.

Isabela. ¿Con qué ojos veré al Rey?
Rey. Ya estoy corrido de verla.
Isabela. Amor, dame aquí tus ojos,
ya que me diste tu venda.
Rey. Duquesa.
Isabela. Señor, confieso
mis culpas y mis ofensas,
mas sírvame de castigo
el verme en vuestra presencia.
Profané vuestro Palacio:
discúlpenme Troya y Grecia,
si hay disculpa, gran señor,
bastante en tanta bajeza.
El Duque Otavio me dió
mano de esposo, y con ella
le dí entrada y le dí el alma,
y la más costosa prenda.
Perdóname las palabras,
si las obras consideras,
que al punto que no fuí casta,
á ese mismo no fuí honesta.
Rey. ¿Qué, aquél era el Duque Otavio?
Isabela. Sí, señor.
Rey. Al Duque prendan

con diligencia y cuidado,
y esa mujer llevad presa.

Isabela. Gran señor, volvedme el rostro.

Rey. Ofensa á mi espalda hecha
es justicia y es razon
castigarla á espalda vuelta. *(Vase el Rey.)*

D. Ped. Su Alteza está justamente
sentido de Vuexcelencia.

Isabela. No será tan grande el hierro
si el Duque Otavio lo enmienda.

D. Ped. Vamos, señora.

Isabela. ¡Ay, amor!
ya que me engañaste á ciegas,
en este engaño me ayuda,
y en esta traicion me esfuerza.

D. Ped. Si puedo, yo haré que al Duque
le disculpe su inocencia,
y que don Juan mi sobrino
se case con Isabela.

Vanse, y sale EL DUQUE OTAVIO *y* CRIADOS.

Cria. I. ¿Tan de mañana, señor,
te levantas?

Otavio. No hay sosiego
á la inclemencia de amor;
porque si es fuego, del fuego
nace el incendio mayor.
¿No habeis visto entre las olas,
cuando sus cerúleas colas

bate el mar agonizando,
un derrotado tragando
el mar entre espumas solas?
Pues así yo, mar haciendo
la cama en la noche fria,
me he anegado, padeciendo,
y en viendo la luz del dia,
del mar he escapado huyendo.

Cria. 1. Pues si te adora Isabela
no tienes que recelar,
que aunque amor todo es cautela,
jamás te vendrá á olvidar,
porque en tu amor se desvela.
Vive cuando estás presente,
de tus colores se viste,
siempre tus disgustos siente,
triste está si tú estás triste,
y muerta si estás ausente.
Pues si está en tu voluntad
la suya, ¿qué te desvela?

Otavio. No hay, amigo, aunque es verdad
que sí me adora Isabela,
en amor seguridad;
es al tiempo semejante
el amor, y no te espante
que tema en la primavera
invierno, quien considera
en el creciente y menguante.

Sale UN CRIADO.

Cria. 2. El Embajador de España,
á quien gallardo acompaña
la guarda del Rey, se apea
en el zaguan, y desea,
con ira y fiereza extraña,
hablarte, y debe de ser
para prenderte.
Otavio. ¿Prender?
¿Por qué? Temer es locura,
que una conciencia segura
no tiene de qué temer;
dejadle entrar.

Sale EL EMBAJADOR, *y gente.*

D. Ped. Quien así
con tanto descuido duerme,
sin culpa está.
Otavio. Cuando á mí
á honrarme y favorecerme
Vueseñoría ha venido,
delito es no haber salido
á la calle á recibir
tal merced.
D. Ped. Fuerza es venir.
Otavio. Bien se vé que fuerza ha sido,
porque mi casa no tiene,

señor, el merecimiento
que á tal grandeza conviene;
pero este humilde aposento
mi voluntad os previene.

D. Ped. Despues, señor, de besar
vuestras manos, si lugar
nos dá tanto caballero,
aquí á solas con vos quiero
cierto negocio tratar.

Otavio. Dadnos lugar.

Cria. 1. En buen hora.

Otavio. La cámara despejad.

Cria. 2. Digo que es prision.

Cria. 1. Ahora
echo de ver que es verdad.
Mucho una envidia desdora. *(Vase.)*

Otavio. Ya estamos solos.

D. Ped. Pues vea
Vuexcelencia este papel.

Otavio. Pendiente está el alma dél,
como el suceso desea.
(Lee.) «Prendereis al Duque Otavio,
y si se resiste, muera.
YO EL REY.» ¿Prender? ¿por qué agravio?

D. Ped. Si el alma la causa espera,
callar es accion de sabio.
Sabed, que en Palacio ha habido
esta noche un alboroto,
desabrido para el Rey,
para el pueblo escandaloso.

Cuando los negros Gigantes,
mostrando funestos toldos,
ya del crepúsculo huian,
unos tropezando en otros;
estando yo con su Alteza
tratando ciertos negocios,
porque Antípodas del Sol
son siempre los poderosos,
voces de mujer oimos,
cuyos ecos medio roncos,
por los artesones sacros
nos repitieron *¡socorro!*
Sin darme licencia á mí,
tomó una luz el Rey sólo,
y saliendo á ver quién era,
como gallardo, brioso,
vió que en el salon estaban
las causas de este alboroto.
Salí con el Capitan
de la guarda, y con él todos
los nobles que le acompañan,
haciendo, Duque, lo propio.
Prended ese hombre y mujer,
nos dijo, y queriendo prontos
conocerlos con la luz,
la desvaneció de un soplo.
Dimos sobre el hombre, llenos
de lisonjeros enojos,
que en la muerte las lisonjas
hacen su oficio más propio;

mas él, como suele en Libia
tras el cazador famoso,
salir la parida tigre,
se escapó de entre nosotros,
y huyendo por un balcon,
se fué; y nos fué forzoso
por no alborotar la Corte,
dejarle; y volviendo todos
á dar cuenta desto al Rey,
para darla de nosotros,
La mujer, que es Isabela,
que para admirarte nombro,
en la presencia del Rey,
con lágrimas y sollozos
dijo que era el Duque Otavio
el que con nombre de esposo
de su honor habia gozado,
estimándola en tan poco.
Mandóla el Rey llevar presa,
y manda que haga lo propio
con vos: vuestro amigo soy,
huid, ó poneos en cobro.

Otavio. Pienso que os estais burlando
ó pienso, amigo, que os oigo
en sueños. ¿Con Isabela
hombre en Palacio? Estoy loco.
Primero las Salamandras
verán los cóncavos hondos
del mar, y verán los peces
del fuego el mar proceloso,

que de Isabela imagine
traicion. Ya me afrento, y corro
de oiros. ¿Con Isabela
hombre en Palacio? Estoy loco.

Pedro. Como es verdad que hay estrellas,
del cielo brillantes ojos,
muerte, vida, pena y gloria,
bien, mal, contentos y enojos;
así es verdad que Isabela
con vos, señor, ó con otro,
esta noche en el Palacio
la habemos hallado todos.

Otavio. Dejadme, no me digais
tan gran maldad de Isabela;...
mas si fué su amor cautela,
mal haceis, si lo callais:
proseguid, que me matais
dulcemente en mi porfía,
que es vüestra lengua sangría,
y la muerte no se siente,
que morir tan dulcemente,
lisonja á mi mal sería.
¿Con otro hombre, y no conmigo
Isabela en el Palacio?
Mi mal no consiente espacio;
muera el villano enemigo.
Pero ¿qué intento? ¿qué digo
que á locuras me provoco?
Aun el sentimiento es poco,
si el alma en él se consuela.

Amigo, ¿con Isabela
hombre en Palacio? Estoy loco.
Embarcarme quiero á España,
y dar á mis dichas fin.

Pedro. Por la puerta del jardin,
Duque, esta prision se engaña.

Otavio. ¡Ah veleta, débil caña,
fácil al viento más poco!
ya extrañas provincias toco
huyendo de tu cautela.
¡Reino, á Dios! ¿Con Isabela
hombre en Palacio? Estoy loco.

Vanse, y sale LA PESCADORA.

Pescad. Yo de cuantas el mar
piés de-jazmin y rosas
en sus riberas pisan
matizadas alfombras,
en pequeñuelo esquife,
ya en compañía de otras
tal vez al mar le peino
la cabeza espumosa;
ya con la sutil caña,
que el débil peso dobla
del tierno pececillo,
que el mar pescado azota,
segura me entretengo,
y en libertad se goza
el alma, que amor áspid

no ofende con ponzoña.
Sola de amor exenta,
como en ventura sola,
tirana me reservo
de sus prisiones locas;
que en juveniles años
amor, no es suerte poca
no ver entre estas redes
las tuyas amorosas.
Anfriso, un pescador,
á quien los cielos dotan
de gracia y bizarría
más que á los de la costa,
me sirve, y me entretiene;
y yo todas las horas
le mato con desdenes:
de amor condicion propia,
querer donde aborrecen,
despreciar donde adoran.
Mis pajizos umbrales,
que heladas noches ronda,
cubiertos amanecen
de flores sin lisonjas.
Pero, necio discurso,
que mi ejercicio estorbas,
tirano no me ocupes
en cosa que no importa.
Quiero entregar la caña
al viento, y á la boca
del pececillo el cebo:...

pero al agua se arrojan
dos hombres de una nave,
ántes que el mar la sorba,
que sobre el agua viene,
y en un escollo aborda.
Un hombre al otro aguarda,
que dice que se ahoga:
¡gallarda bizarría!
en los hombros lo toma,
Anchises le hace Eneas,
si el mar está hecho Troya.
Ya nadando, las aguas
con valentía corta.
Daré voces: ¡Anfriso,
Tirseo, Alfredo, ola!
Pescadores me miran,
ruego á Dios que me oigan.
Mas milagrosamente
ya tierra los dos toman,
sin aliento el que nada,
con vida el que le estorba.

Salen DON JUAN TENORIO *y* CATALINON, *mojados.*

Catalin. Válgame la Cananea,
y ¡qué salado es el mar!
Aquí puede bien nadar
el que salvarse desea,
que allá dentro es desatino,
donde la muerte se fragua:

¿donde Dios juntó tanta agua
no juntara tanto vino?
Agua, y salada, extremada
cosa para quien no pesca;
si es mala áun el agua fresca,
¿qué será el agua salada?
¡Ah quién hallara una fragua
de vino, aunque algo encendido!
Si del agua que he bebido
hoy escapo, no más agua.
Desde hoy abrenuncio de ella,
que la devocion me quita,
tanto, que áun agua bendita
no pienso ver, por no vella.
¡Ah, señor! helado y frio
está: ¿si estará ya muerto?
Del mar fué este desconcierto,
y mio este desvarío.
Mal haya aquel que primero
pinos en el mar sembró,
y el que sus rumbos midió
con quebradizo madero.
Maldito sea Jason,
y Tifis maldito sea;
¡muerto está! no hay quien lo crea.
¡Mísero Catalinon!
¿Qué he de hacer?

Pescad. Hombre, ¿qué tienes?

Catalin. En desventuras iguales,
pescadora, muchos males,

y falta de muchos bienes.
Veo, por librarme á mí,
sin vida á mi señor: mira
qué he de hacer.

Pescad. No, que áun respira.

Catalin. Dichoso soy si es así.

Pescad. Ve, y llama los pescadores,
que en aquella choza están.

Catalin. Y si los llamo ¿vendrán?

Pescad. Vendrán luégo, no lo ignores.
¿Quién es ese caballero?

Catalin. Es hijo aqueste señor
del Camarero Mayor
del Rey, por quien ser espero
ántes de diez dias conde
en Sevilla, á donde va,
y á donde su Alteza está,
si á mi amistad corresponde.

Pescad. ¿Cómo se llama?

Catalin. Don Juan
Tenorio.

Pescad. Llama mi gente.

Catalin. Ya voy. (Vase.)

Pescad. Mancebo excelente,
noble, bizarro, galan,
volved en vos, caballero.

Juan. ¿Dónde estoy?

Pescad. Ya podeis ver,
en brazos de una mujer.

Juan. Vivo en vos, si en el mar muero,

y en estos extremos dos
veo el mar manso y cruel,
pues cuando moria en él,
me sacó á morir en vos.
¡Oh! Sin duda el mar ordena
tras del suyo otro pesar,
pues sacándome del mar,
vengo á dar en su sirena.
Y puesto que lo seais,
no pretendo á vuestras quejas
poner cera en mis orejas,
pues con los ojos matais.
Ya muero en vos, que consiente
amor que seais mi mar,
pues veis que hay de mar á amar
una letra solamente.
Y en ver tormentos mayores,
crece amor en mis pesares,
y si moria de mares,
moriré desde hoy de amores.
Y pues tan dulce rigor
en vos he llegado á hallar,
dejadme volver al mar
para huir del mar de amor.

Pescad. Muy grande aliento teneis
para venir sin aliento,
y tras de tanto tormento
muy gran contento ofreceis.
Pareceis caballo griego,
que el mar á mis piés desagua,

pues venís formado de agua,
y estais preñado de fuego.
Y si mojado abrasais,
estando enjuto ¿qué hareis?
Mucho fuego prometeis;
ruego á Dios que no mintais.

Juan. A Dios, zagala, pluguiera
que en el agua me anegara,
sin que de ella me escapara
al fuego que en vos me espera.
Que amor, bien considerado,
como este daño entendió,
en el mar ántes me aguó,
y ardo en vos estando aguado.
En agua abrasado llego,
que tal vuestro incendio ha sido,
que áun el agua no ha podido
librarme de vuestro fuego.

Pescad. ¿Tan helado os abrasais?

Juan. ¡Tanto fuego en vos teneis!

Pescad. Mucho hablais.

Juan. Mucho encendeis.

Pescad. Ruego á Dios que no mintais.

Salen LOS PESCADORES *y* CATALINON.

Catalin. Ya vienen todos aquí.

Pescad. Y ya está tu dueño vivo.

Catalin. Con tu presencia recibo
todo el gusto que perdí.

Anfriso. ¿Qué es lo que mandas, Trisbea,
que por labios de clavel
no lo habrás mandado á aquel
que idolatrarte desea,
y te oye cuando al momento,
sin reservar llano ó sierra,
surca el mar, ara la tierra,
tala el fuego, y para el viento?

Pescad. ¡Oh! ¡Qué mal me parecian
estos requiebros ayer!
y hoy echo en ellos de ver
que sus labios no mentian.
Estando, amigos, pescando
sobre este peñasco, ví
hundirse una nao, y allí
entre las ondas nadando
dos hombres; y compasiva
dí voces, que nadie oyó;
y en tanta afliccion llegó
libre de la furia esquiva
del mar sin vida á la arena,
de este en los hombros cargado
este hidalgo ya anegado;
y envuelta en tan triste pena,
á llamaros envié.

Tirseo. Pues aquí todos estamos;
manda que en tu gusto hagamos
lo que pensado no fué.

Pescad. Que á mi choza los llevemos
quiero, donde agradecidos

enjuguemos sus vestidos,
y á ellos los regalemos;
que mi padre gusta mucho
de esta debida piedad.

Catalin. Extremada es su beldad.
Juan. Escucha aparte.
Catalin. Ya escucho.
Juan. Si te preguntan quién soy,
dí que no sabes.
Catalin. ¿A mí
quieres advertirme aquí
lo que he de hacer?
Juan. Muerto voy
por la hermosa pescadora;
esta noche he de gozalla.
Catalin. ¿De qué suerte?
Juan. Ven, y calla.
Alfredo. Salucio, dentro de un hora
los pescadores preven
que canten y bailen.
Salucio. Vamos,
y esta noche nos hagamos
rajas y palos tambien.

Vanse, y quedan DON JUAN, CATALIN. *y* LA PESCAD.

Juan. Muerto voy.
Pescad. ¿Cómo, si andais?
Juan. Ando en pena como veis.

Pescad. Mucho hablais.
Juan. Mucho entendeis.
Pescad. Ruego á Dios que no mintais.

Vanse, y salen EL REY DE CASTILLA *y* DON GONZALO DE ULLOA.

Rey. ¿Cómo os ha sucedido en la Embajada,
Comendador mayor?
D. Gon. Hallé en Lisboa
al Rey don Juan juntando gruesa armada
para los mares de la ardiente Goa;
recibióme muy bien.
Rey. Temió la espada
en el famoso brazo de un Ulloa,
cuyo esfuerzo y valor, cuyo decoro
tantas veces temor le ha puesto al moro.
¿Es buen lugar Lisboa?
D. Gon. Es maravilla
octava, tanto puede, y tanto vale;
merece bien que vuestra régia silla
para córte del mundo la señale.
Rey. ¿Es mayor que Sevilla?
D. Gon. Con Sevilla
no hay ciudad en la Europa que se iguale,
que si es tajo á su mar su claro rio,
estocada es al nuestro el Bétis frio.
Rey. ¿Teneis hijos?
D. Gon. Señor, sola una hija
á mi vejez de báculo prevengo,

en cuya frente rayos ensortija
el sol, por quien sosiego, y vida tengo;
en ella mi vejez se regocija,
y en ella mis trabajos entretengo.

Rey. Yo la quiero casar como merece.

D. Gon. ¿Quién la merecerá si tanto crece?

Rey. Sabed que hay en Italia un caballero
de sangre ilustre y de valor notorio,
con quien por su beldad casarla quiero,
y ser padrino en boda y desposorio.
Es hijo de don Juan mi camarero,
conocido en España por Tenorio,
hermano del famoso y gran don Pedro,
por quien tanto en Italia crezco y medro.
Con título de Conde de Lebrija,
villa, que por servicios ha ganado
su padre, es vuestro yerno, aunque tal hija
merecia más alto, y digno estado.
Vuestra quietud el término corrija
al caballo del tiempo acelerado,
que la inquietud de un padre en años puesto,
al fin conduce del vivir más presto.

D. Gon. Dame esos sacros piés por honras tales.

Rey. Salid á publicar vuestra alegría.

D. Gon. Jamás toquen tu vida los umbrales
dèl olvido que yace en sombra fria.

Rey. Premios, como es razon, piden iguales
hechos notorios.

D. Gon. La ventura mia
por Sevilla diré, señor, á voces.

Rey. Volvedme á ver.
D. Gon. Tu reino inmortal goces.

Vanse, y salen CATALINON *y* DON JUAN.

Juan. Esas dos yeguas preven,
pues acomodadas son.
Catalin. Aunque soy Catalinon,
soy, señor, hombre de bien;
que no se dijo por mí,
«Catalinon es el hombre,»
pues sabes que aquese nombre
me sienta al revés aquí.
Juan. Mientras que los pescadores
van de regocijo y fiesta,
tú las dos yeguas apresta,
que de sus piés voladores
sólo nuestro engaño fio.
Catalin. ¿Al fin pretendes gozar
á Trisbea?
Juan. Si el burlar
es hábito antiguo mio,
¿qué me preguntas, sabiendo
mi condicion?
Catalin. Ya sé que eres
langosta de las mujeres.
Juan. Por Trisbea estoy muriendo,
que es buena moza.
Catalin. Buen pago
á su hospedaje deseas.

Juan. Necio, lo mismo hizo Eneas
con la Reina de Cartago.
Catalin. Los que fingís y engañais
las mujeres de esta suerte,
lo pagareis en la muerte.
Juan. ¿Tan largo me lo fiais?
Catalin. Ya viene la desdichada.
Juan. Vete, y las yeguas preven.
Catalin. Pobre mujer, harto bien
te pagamos la posada.

Sale LA PESCADORA.

Pescad. El rato que sin tí estoy,
estoy ajena de mí.
Juan. Aunque lo dices así,
crédito jamás te doy.
Pescad. ¿Por qué?
Juan. Porque si me amaras,
mi alma favorecieras.
Pescad. Tuya soy.
Juan. Pues dí ¿qué esperas?
¿qué dudas? ¿en qué reparas?
Pescad. Reparo en que fué castigo
de amor el que he hallado en tí.
Juan. Yo digo lo mismo aquí,
y para ver si te obligo,
palabra y mano te doy
de esposo.
Pescad. Soy desigual

á tu ser.
Juan. No digas tal,
Trisbea; en tu casa estoy,
y estimo más ser en ella
un humilde pescador,
mereciendo tu favor
y tu mano hermosa y bella,
que las riquezas mayores
que el mundo puede ofrecer.
Pescad. Casi te quiero creer;
mas sois los hombres traidores.
Juan. ¿No echas de ver por los ojos,
mi Trisbea, el corazon?
Pues mios tus brazos son,
no me niegues sus despojos.
Abrázame y dame en ellos
el alma.
Pescad. Ya á tí me allano;
mas con la palabra y mano
de esposo.
Juan. Juro, ojos bellos,
que mirando me matais,
de ser vuestro esposo.
Pescad. Advierte,
mi bien, que hay infierno y muerte.
Juan. ¿Tan largo me lo fiais?
Ojos bellos, mientras viva,
vuestro cautivo seré.
Pescad. Esta es mi mano y mi fé.
Juan. Y esta es la mia, si estriba

en ella vuestro sosiego.
Pescad. Pues ya tu amor no me engaña,
ven, y será la cabaña
tálamo de nuestro fuego;
entre estas cañas te esconde,
hasta que tenga lugar.
Juan. ¿Por dónde tengo de entrar?
Pescad. Ven, y te diré por dónde.
Juan. Ciega y satisfecha vais.
Pescad. Esta voluntad te obligue,
y si no Dios te castigue.
Juan. ¿Tan largo me lo fiais?

Vanse, y salen LOS VILLANOS *cantando y bailando.*

Past. 1. Ola, llamad á Trisbea,
y las zagalas llamad,
para que en la soledad
el huésped la Corte vea.
Anfriso. Estará muy ocupada
con los huéspedes dichosos,
de quien hay mil envidiosos.
Past. 1. Siempre es Trisbea envidiada:
á su cabaña lleguemos.
Past. 2. No vais, porque no hay lugar
tan bueno para bailar
allá; de aquí la llamemos.
Trisbea, Lucinda, Antandra;
¿hay descuido más cruel?
Anfriso. Triste y mísero de aquel

que en su fuego es salamandra.

(Cantan.) *A pescar sale la niña,*
tendiendo redes,
y en lugar de pececillos
las almas prende.

Sale LA PESCADORA.

Pescad. ¡Fuego, fuego, que me quemo,
que mi cabaña se abrasa;
repicad á fuego, amigos,
porque se me abrasa el alma;
fuego, zagales, fuego, fuego y rabia,
amor, clemencia, que se abrasa el alma!
¡Oh choza, oh vil instrumento
de mi deshonra y mi infamia!
Rayos de ardientes estrellas
en tus cabelleras caigan,
porque abrasadas estén
si del viento mal peinadas.
Yo soy aquella que hacía
émula de las zagalas,
burla de amor, que así amor
á quien dél se burla paga.
Engañóme el caballero
debajo de fé y palabra
de marido, profanando
mi honestidad y mi cama.
Gozóme al fin, y yo entónces
le dí á su rigor las alas

en dos yeguas que crié,
con que me burla, y me infama.
¡Oh aleve huésped que dejas
una mujer engañada;
nube que del mar saliste,
para anegar mis entrañas!
Pero bien lo ha merecido
quien se fia de palabras.
Seguid al vil caballero;
mas no importa que se vaya,
que en la presencia del Rey
tengo de pedir venganza:
¡fuego, zagales, fuego, fuego y rabia,
amor, clemencia, que se abrasa el alma! *(Vase.)*

Past. 1. Vayan tras ella al momento,
porque va desesperada,
y podrá arrojarse al mar
buscando mayor desgracia.

Past. 2. Tal fin la soberbia tiene.

Anfriso. Su locura y confianza
paró en esto; al mar se arroja.
¡Trisbea, detente, aguarda!

Past. 2. Ya vuelve; tenedla todos,
tenedla, no se nos vaya.

Sale LA PESCADORA.

Pescad. ¡Fuego, zagales, fuego, fuego y rabia,
amor, clemencia, que se abrasa el alma! *(Vanse.)*



JORNADA SEGUNDA.

Salen EL REY *y* DON JUAN TENORIO *el viejo.*

Rey. ¿Qué esto pasa?
Tenorio. Señor, esto me escribe
de Nápoles don Pedro: que le hallaron
con dama en el palacio, y apercibe
remedio en este caso.
Rey. ¿Y le dejaron
con vida?
Tenorio. Por don Pedro, señor, vive,
que sin que se supiese le ausentaron;
y la dama, inocente deste agravio,
agresor hizo desto al Duque Otavio,
y ya en Sevilla está.
Rey. Sí, ¿mas qué haremos,
con Gonzalo de Ulloa, que le habia
tratado el casamiento?
Tenorio. Bien podremos
poner remedio, pues el tiempo envía
ocasion, y en la mano la tenemos,
que el Duque Otavio remediar podria
el yerro de don Juan, pues que su casa
á la de don Gonzalo llega y pasa.

Rey. No me parece mal, como no inquiete
al Duque la pasion que de Isabela
con el amor que tuvo nos promete,
en cuya confusion hoy se desvela;
pues la ocasion tenemos del copete,
asirla, que es ligera, y siempre vuela,
y viene á ser aqueste el mejor medio,
que á dos casos como estos dá remedio.
¿Y adónde está ese loco?
Tenorio. Jamás niego
á vuestra Alteza cosa que pretenda
saber; y cuando aquí pende el sosiego
de don Juan, y con esto el yerro enmienda,
por quien se acaba el encendido fuego
que él comenzó, es ya justo que lo entienda,
señor, tu Alteza: ya en Sevilla asiste,
que así encubierto está mientras se viste.
Rey. Pues decidle que della salga al punto,
que pienso que es travieso y la pasea,
porque el remedio de esto venga junto.
Tenorio. A Lebrija se irá.
Rey. Mi enojo vea
en el destierro.
Tenorio. Quedará difunto
cuando lo sepa.
Rey. Lo que digo sea
sin falta.
Tenorio. El Duque Otavio es el que viene.
Rey. Decid que llegue, que licencia tiene.

Sale EL DUQUE OTAVIO.

Otavio. A esos piés, gran señor, un peregrino
mísero y derrotado ofrece el labio,
juzgando por feliz este camino,
en vuestra Real presencia el Duque Otavio:
huyendo vengo el fiero desatino
de una mujer y el no pensado agravio
de un Rey; aunque mal dije, que los Reyes
cristal son al espejo de las leyes.
Una mujer, al viento débil caña,
pues lo fué en la mudanza que ha mostrado,
á su Alteza, señor, sin causa engaña,
diciendo que en palacio la he burlado;
mas el tiempo, que al cabo desengaña,
dará á entender al Rey quién ha causado
esta inquietud en él, pues con engaño
por la cara que vió me hace este daño.

Rey. Ya, Duque Otavio, sé vuestra inocencia,
y al Rey escribiré, porque os reciba
en su gracia, mostrando su clemencia,
cuando el enojo de su vista os priva;
y hoy os pienso casar, con su licencia,
con una dama, en cuya gracia estriba
de la beldad la octava maravilla,
y el Sol de las estrellas de Sevilla.
Don Gonzalo de Ulloa, un caballero,
á quien le ciñe la cruz roja el pecho,
que horror del Moro fué, pues con su acero

su tierra siempre ha puesto en grande estrecho,
tiene una hija, y hoy con ella quiero
casaros en Sevilla, que sospecho
que con aquesto vuestro bien ordeno.

Otavio. Primero Alfonso sois, siendo el Onceno.

Vase EL REY *y* TENORIO, *y salen* DOS CRIADOS DEL DUQ.

Cria. 1. ¿Qué hay de nuevo?
Otavio. El gusto es tal,
que no he de decirlo bien.
Cria. 2. ¿Pues qué tienes?
Otavio. Mucho bien,
tanto que es pequeño el mal.
Con un amor desigual
su Alteza me recibió,
con que á mis trabajos dió
alivio, y fin á mis males,
pues con favores iguales
mis fortunas eclipsó.
Su Alteza me quiere hacer
quedar en Sevilla, y yo,
como quien lo deseó,
estoy loco de placer.
Cria. 1. ¿Al fin te llegó á ofrecer
mujer?
Otavio. Sí, amigo, y mujer
de Sevilla, que Sevilla
dá, si averiguarlo quieres,
porque de oirlo te asombres,

si fuertes y airosos hombres,
las más gallardas mujeres.

Criado. ¿Luego ya no te desvela
Isabela?

Otavio. No.

Salen CATALINON *y* DON JUAN.

Catalin. Detente,
que aquí está el Duque inocente
Sagitario de Isabela,
aunque mejor le diré
penitente.

Juan. Disimula.

Catalin. Cuando le vende le adula.

Juan. Como á Nápoles dejé
y la casa de mi tio,
por un pleito de su Alteza,
Otavio, con tal presteza,
aunque fué el intento mio
el despedirme de vos,
no tuve lugar.

Otavio. Por eso,
don Juan, amigo, os confieso
que aquí nos vemos los dos.

Juan. En Sevilla.

Otavio. ¿Quién pensara,
don Juan que en Sevilla os viera?

Juan. Vos Puzol, vos la ribera,
desde Parténope clara,

dejais?

Otavio. Aunque es un lugar
Nápoles tan excelente,
por Sevilla solamente
se puede, amigo, dejar.

Juan. ¿Cuándo llegasteis?

Otavio. Ayer.

Juan. De su hermosa descripcion
os quiero hacer un borron,
puesto que la habeis de ver.
Sevilla, ó Hispalis bella,
así de Hispalo se dice,
ó de Hispan, de quien España
tiene su primer orígen,
aunque un escritor moderno,
seis letras con que se escribe,
á las cuatro del Romano
quiere tambien que se apliquen,
diciendo en ellas: *Senatus*,
equæ, *virtutis*, *justitiæ*,
legibus, *Augustus*, que es
blason que mi lengua explique.
Dice así: Senado, igual,
para que más se eternice,
de valor, y de justicia,
en leyes exento, y libre.
Y para que estas seis letras
por los Orbes se publiquen,
de sus lábaros y escudos
eran soberanos timbres.

Aunque leidas despues
sin puntos, comas, ni tildes,
en ingenioso anagrama,
Sevilla las seis repiten.
Fué de Hércules fundacion,
no el Tebano, de quien fingen
tantos emblemas los hombres,
gloriosos como imposibles,
sino del egipcio hermano,
del que con nombre de Osiris
Dios le llamó, haciendo á Menfis
que inciensos le sacrifiquen:
cuyas caducas memorias
en brazos del tiempo gimen,
ruïnas lisonjeadas
de las yedras que las visten.
Pero despues Julio César
la trasladó á los felices
llanos, en que hoy coronada
lo mejor de Europa rige.
Ennoblecióla de muro,
Zodiaco que la ciñe
de doce signos, que en tantas
puertas Sevilla se sirve.
Y es la copia que entra y sale
por ellas tan increible,
que para salir y entrar,
unos á otros se impiden.
Son de sus lienzos las torres
pasamanos apacibles,

que en torno de la ciudad
forman hermosos países.
Por cuyos círculos bellos
mil soles, mil serafines
discurren en escuadrones,
para que el Sol los envidie.
El Bétis besa sus piés,
con cuyo llanto es el Tibre
una lágrima, y el mar
de España ménos humilde.
Este en sus cristales funda
otra ciudad invencible,
cuyos edificios son
como sus aguas movibles.
En él verás por las tardes
en fugitivos jardines,
y en fáciles primaveras,
hecho pedazos á Chipre.
Y en su márgen más Sirenas
que engendra el mar en sus Sirtes,
con quien no hay sordas orejas,
ni hay ingeniosos Ulises.
Con esta calle de plata
della á Triana dividen,
arrabal en tal ciudad,
y entre otras ciudad insigne.
El imperio de sus aguas
edificios no permite
de piedra, que estando loco,
no es mucho que piedras tire.

Y así en diez y siete barcos,
con que los hombros le oprime,
un Bucentoro se carga;
que en él parece un esquife
este monte de madera,
que está entre cadenas firme.
No leño á leño enojado,
que astilla á astilla divide,
es Babel de su Arenal,
sino menfítica efigie,
la antigua torre del Oro,
lisonja de los Gentiles.
Mirando su hermoso Alcázar,
Troya su Ilion olvide,
y en sus muros Babilonia
sus vividores Pensiles;
pues los que allá en las murallas,
acá en los cimientos sirven,
allá para que los vean,
acá para que los pisen.
Veinte sierpes de cristal,
que blancas piedras despiden,
son de un estanque alimento,
dulce hospedaje de Cisnes.
De los jardines los cuadros
ciernen en granos sutiles
cristales, que por los aires
en átomos se dividen.
Estos salpicando damas,
si en su marfil no se engrien,

dejan en gotas de plata
tachuelas en sus chapines.
En un cuarto á sus Monarcas
media naranja le esprimen,
tan rica, que á ser entera
fuera de hacerlo imposible.
En la sala de los Reyes
parece que siempre asiste
Júpiter en lluvias de oro,
ó en ella el Alba se rie.
El Templo de Salomon,
ó el que vió Jonia subirse
en cien mármoles al cielo,
que hoy yace en cenizas viles,
rasguño son, si no sombra
del que ves, donde se miden
el arte y la admiracion,
y la admiracion se rinde.
Cincuenta y cuatro pilares
tal pesadumbre reciben
sobre sus gigantes frentes,
con quien agobiados gimen.
Estos son todos tan gruesos,
que dije mal cuando dije
pilares, porque son torres,
aunque en tal fábrica mimbres.
La longitud de su Iglesia
es tal, que se juzga lince
el que de una puerta en otra
entrando un hombre divise.

Dos imágenes venera
en dos capillas insignes,
á donde todos los dias
doscientas misas se dicen.
En ella, despues del cielo,
con más majestad se sirve
á Dios, perdóneme Roma
si Toledo lo permite.
Es un edificio eterno
el Monumento, y tan firme,
que por sus huecos pilares,
al chapitel más sublime
suben los hombres, á donde
admirados despabilen,
tal vez por hachas estrellas,
que unas con otras compiten.
Como de cirios pascuales
otras Iglesias se sirven,
ésta de montes de cera,
donde por llama el Sol vive.
Que á no enfrenarla con agua,
de la cárcel que derrite
desatada, se abrasara;
tal lumbre de sí despide.
Referirte otras grandezas
con que te asombres y admires
no quiero, porque en su torre
todas las que has visto cifres.
Que á ser hecha ántes de aquella
que de Babilonia escriben,

con la soberbia se alzara
y con su memoria insigne.
Sobre cuya postrer bola,
cosa de creer difícil,
el Coloso, honor de Rodas,
á los vientos se corrige;
estátua de rubio bronce,
que por sus giros le dicen
la Giralda, y por mujer
mudable, inconstante y libre.
Parroquias en que á la gente
Sacramentos administren,
con otra más que aumentara,
contara dos veces quince.
Solemnidades y fiestas
más célebres que imagines,
viendo su Semana Santa,
es fuerza que las olvides;
que en sesenta procesiones,
que con majestad se rigen,
verás dando en mar de sangre
á Dios preciosos rubíes.
Tras inmensas obras pías,
doscientos dotes redimen
huérfanas, doncellas, pobres,
que el serlo es Argel terrible.
Tiene más de cien conventos,
y entre ellos dos tan insignes,
que entre edificios y gente,
ciudades pueden decirse.

Sustenta doce hospitales,
en que á pobres beneficien,
y entre ellos el de la Sangre,
donde un Ribera eternices.
Los edificios, las calles,
los comercios que se impiden
unos á otros los tratos;
artes soberbios, y humildes;
las naos, que vieron alegres
de la Aurora los confines,
y los reinos de la noche;
perlas, coral, amatistes,
bordados, brocados, telas,
pasamanos y tabíes,
y al fin cuanto el Sol engendra,
y el mar y la tierra rinde,
para que el hombre lo goce,
lo gaste y lo desperdicie,
en Sevilla está cifrado;
mas no es mucho que se cifre,
si el mundo se cifra en ella,
y ella los Orbes oprime.
Y en sí tanta gente encierra,
que por las calles se aflige,
y los muros reventando,
barrios levanta en que habiten.
Los hombres son liberales,
gallardos como invencibles,
inventores de las galas
que en toda España se viste.

Las mujeres son bizarras,
briosas, altivas, Círces
en hablar, y en el obrar
constantes, honestas, firmes,
aunque á su cordura en coches
ya la vanidad embiste;
paladiones preñados,
de mil partos infelices.
Vencerán su honestidad
como los coches porfien,
que es la más fuerte lisonja
para la beldad Esfinge.
Maldito tú, Faraon,
que los inventaste y diste
al mundo, aunque entre las aguas
pagaste invencion tan libre.
Mas ya que no de los coches,
Dios de cocheros nos libre,
gente que por nuestras culpas
entre nosotros permite.
Esta es Sevilla, que al huésped
por una legua recibe
de calzadas, despreciando
los romanos arrecifes.
Corto en su alabanza quedo,
pues verás cuando la habites,
que es más la grandeza suya,
que cuanto della se escribe.

Otavio. Si en Nápoles os oyera,
y no en la parte que estoy,

del crédito que hoy os doy
sospecho que me riera.
Mas llegándola á habitar,
es, por lo mucho que alcanza,
corta cualquiera alabanza
que á Sevilla querais dar.
¿Quién es el que viene allí?

Juan. El que viene es el Marqués
de la Mota.

Otavio. Descortés
es fuerza ser.

Juan. Si de mí
algo hubiéreis menester,
aquí espada y brazo está.

Catalin. Si le importa, él forzará
en su nombre otra mujer,
que es valiente garañon.

Otavio. De vos estoy satisfecho. *(Vase.)*

Catalin. Si fuere de algun provecho,
señores, Catalinon,
vuarcedes contínuamente
me hallarán para servillos.

Cria. 1. ¿A dónde?

Catalin. En los Pajarillos,
tabernáculo excelente.

Vanse los criados, y sale EL MARQUÉS DE LA MOTA.

Marq. Todo hoy os ando buscando,
y no os he podido hallar:

¿vos, don Juan, en el lugar,
y vuestro amigo penando
en vuestra ausencia?

Juan. Por Dios,
amigo, que me debeis
ese favor que me haceis.

Catalin. Como no le entregueis vos
moza, ó cosa que lo valga,
bien podeis fiaros del,
que, en cuanto en esto es cruel,
tiene condicion hidalga.

Juan. ¿Qué hay de Sevilla?

Marq. Está ya
toda esta Corte mudada.

Juan. ¿Mujeres?

Marq. Cosa juzgada.

Juan. ¿Inés?

Marq. A Vegel se va.

Juan. Buen lugar para vivir
la que tan dama nació.

Marq. El tiempo la desterró
á Vegel.

Juan. Irá á morir.
¿Su hermana?

Marq. Es lástima vella
lampiña de frente y ceja;
llámanla en portugués vieja,
y ella imagina que bella.

Juan. Sí, que bella en portugués
suena vieja en Castellano:

¿y Teodora?

Marq. Este verano
se escapó del mal francés
por un rio de sudores;
y está tan tierna y reciente,
que ántes de ayer me echó un diente
enmedio de mil favores.

Juan. ¿Julia la del Candilejo?

Marq. Ya con sus afeites lucha.

Juan. Véndese siempre por trucha.

Marq. Ya se dá por abadejo.

Juan. ¿El barrio de Cantarranas
tiene buena poblacion?

Marq. Ranas las más dellas son.

Juan. ¿Y viven las dos hermanas?

Marq. Y la mona de Tulú
de su madre Celestina,
que las adiestra y dotrina.

Juan. ¡Oh vieja de Bercebú!
¿Cómo la mayor está?

Marq. Blanca, y sin blanca ninguna:
tiene un santo á quien ayuna.

Juan. ¿Agora en vigilias dá?

Marq. Es firme y santa mujer.

Juan. ¿Y esotra?

Marq. Mejor principio
tiene; no desecha ripio.

Juan. Buen albañil quiere ser.
Marqués, ¿qué hay de perros muertos?

Marq. Yo y don Pedro de Esquivel

dimos anoche uno cruel,
y esta noche tengo ciertos
otros dos.

Juan. Iré con vos,
que tambien recorreré
ciertos nidos que dejé
en huevos para los dos.
¿Qué hay de terrero?

Marq. No muero
en terrero, que enterrado
me tiene mayor cuidado.

Juan. ¿Cómo?

Marq. Un imposible espero.

Juan. ¿Pues no os corresponde?

Marq. Sí,
me favorece y me estima.

Juan. ¿Quién es?

Marq. Doña Ana mi prima,
que es recien venida aquí.

Juan. ¿Pues dónde ha estado?

Marq. En Lisboa,
con su padre en la embajada.

Juan. ¿Es hermosa?

Marq. Es extremada,
porque en doña Ana de Ulloa
se extremó naturaleza.

Juan. ¿Tan bella es esa mujer?
Vive Dios que la he de ver.

Marq. Vereis la mayor belleza
que los ojos del Sol ven.

Juan. Casaos, si es tan extremada.
Marq. El Rey la tiene casada,
y no se sabe con quién.
Juan. ¿No os favorece?
Marq. Y me escribe.
Catalin. No prosigas, que te engaña
el gran garañon de España.
Juan. Quien tan satisfecho vive
de su amor ¿desdichas teme?
Sacadla, solicitadla,
escribidla y engañadla,
y el mundo se abrase y queme.
Marq. Agora estoy esperando
la postrer resolucion.
Juan. Pues no perdais ocasion,
que aquí os estoy aguardando.
Marq. Pues á Dios.
Catalin. Señor cuadrado
ó señor redondo, á Dios.
Criad. A Dios.
Juan. Pues solos los dos,
amigo, habemos quedado,
sigue al marqués.
Catalin. El Marqués
en el Alcázar se entró.
Juan. Vé tras él.

Dentro, UNA DAMA.

Dama. ¡Ce!...
Juan. ¿Quién llamó?
Dama. Si sois prudente, y cortés,
y su amigo, dadle luégo
al Marqués este papel.
Mirad que consiste en él
de una señora el sosiego.
A Dios.
Juan. Yo se lo daré;
soy su amigo, y caballero
tambien.
Dama. Señor forastero,
á Dios.
Juan. Ya la voz se fué.
¿No parece encantamento
no ver por dónde han hablado?
A mí el papel ha llegado
por la estafeta del viento.
Sin duda que es de la dama
que el Marqués me ha encarecido:
venturoso en esto he sido.
España á voces me llama
el burlador, que el mayor
gusto que en mí puede haber
es burlar una mujer
y dejarla sin honor.
Vive Dios, que lo he de abrir,

pues salí de la plazuela.
Si hubiese aquí otra Isabela...
gana me dá de reir.
Ya está abierto el tal papel;
y que es suyo es cosa llana,
porque aquí firma: DOÑA ANA
TU PRIMA. *(Lee el papel.)*
«Mi padre infiel
dice al fin que me ha casado,
y no contigo; y así
quiero fiarme de tí
debajo de haberme dado
palabra de casamiento.
Aquesta noche vendrás
á las once, y hallarás
abierto para este intento
cierto postigo; y por señas
una capa de color
te pondrás, porque Leonor,
la esclavilla, y las dos dueñas
te dejen entrar. Bien mio,
adios.»
Desdichado amante,
¿hay suceso semejante?
Ya de la burla me rio.
Gozaréla, vive Dios,
con el engaño y cautela
que en Nápoles á Isabela.

Sale CATALINON.

Catalin. Ya el Marqués viene.
Juan. Los dos
aquesta noche tenemos
que hacer.
Catalin. ¿Hay engaño nuevo?
Juan. Extremado.
Catalin. No lo apruebo,
sino que nos acostemos,
dejando nuevos cuidados;
que el que vive de burlar,
burlado habrá de quedar,
pagando tantos pecados
de una vez.
Juan. ¿Predicador
te vuelves, impertinente?
Catalin. La razon hace al valiente.
Juan. Y al cobarde hace el temor.
El que pretende servir
voluntad no ha de tener;
y todo ha de ser hacer
y nada ha de ser decir.
Sirviendo, jugando estás;
y si quieres ganar luégo,
haz siempre, porque en el juego,
quien más hace gana más.
Catalin. Y tambien quien hace y dice,
topa y pierde en cualquier parte.

Juan. Esta vez quiero avisarte,
porque otra vez no te avise.
Catalin. Digo, que de aquí adelante
lo que me mandas haré,
y á tu lado forzaré
un tigre y un elefante.
Juan. Calla, que viene el Marqués.
Catalin. ¿Pues ha de ser él forzado?

Sale EL MARQUÉS.

Juan. Para vos, Marqués, me han dado
un recado harto cortés
por una reja, sin ver
el que me le daba allí;
sólo en la voz conocí
que me le daba mujer.
Díjome al fin, que á las doce
acudiérais á la puerta,
que estará esperando, abierta,
donde tu esperanza goce
la posesion de su amor,
y que llevases por señas
de Leonorilla y las dueñas
una capa de color.
Marq. ¿Qué decís?
Juan. Que este recado
de una ventana me dieron
sin ver quién.
Marq. Con él pusieron

sosiego á tanto cuidado.
¡Ay amigo! sólo en tí
mi esperanza renaciera;
dame esos piés.

Juan. Considera
que no está tu prima en mí.
Mas piensas que yo he de ser
quien la tiene de gozar,
y me llegas á besar
los piés.

Marq. Es tal el placer,
que me ha sacado de mí;
¡oh Sol! apresura el paso.

Juan. Ya el Sol camina al ocaso.

Marq. Vamos, amigo, de aquí,
y de noche nos pondremos;
loco voy.

Juan. Bien se conoce;
mas yo sé bien que á las doce
harás mayores extremos.

Marq. ¡Ay prima, del mundo prima,
que quieres premiar mi fé!

Catalin. Juro á Cristo que no dé
una blanca por su prima.

Vase EL MARQUÉS, *y sale* DON JUAN TENORIO, *el viejo.*

Tenorio. Don Juan.

Catalin. Tu padre te llama.

Juan. ¿Qué manda Vueseñoría?

Tenorio. Verte más quieto querria,
más cuerdo y con mejor fama:
¿es posible que procuras
todas las horas mi muerte?
Juan. ¿Por qué vienes desta suerte?
Tenorio. Por tu trato, y tus locuras.
En fin, el Rey me ha mandado
que te eche de la ciudad,
porque está de una maldad
con justa causa enojado.
Que aunque me la has encubierto
ya en Sevilla el Rey la sabe,
cuyo delito es tan grave,
que á decírtele no acierto.
¿En el Palacio Real
traicion? ¿Y con un amigo
traicion? Dios te dé el castigo
que pide delito igual.
Mira que aunque al parecer
Dios te consiente y aguarda
tu castigo, no se tarda,
y que castigo ha de haber
para los que profanais
su nombre, y que es juez fuerte
Dios en la muerte.
Juan. ¿En la muerte?
¿Tan largo me lo fiais?
De aquí allá hay larga jornada.
Tenorio. Breve te ha de parecer.
Juan. Y la que tengo de hacer,

pues á Su Alteza le agrada,
ahora ¿es larga tambien?

Tenorio. Hasta que el injusto agravio
satisfaga el Duque Otavio,
y apaciguados estén
en Nápoles de Isabela
los sucesos que has causado,
en Lebrija retirado
por tu traicion y cautela,
quiere el Rey que estés ahora;
pena á tu maldad ligera.

Catalin. Si el caso tambien supiera
de la pobre pescadora,
más se enojara el buen viejo.

Tenorio. Pues no te venzo y castigo
con cuanto hago y cuanto digo,
á Dios tu castigo dejo. *(Vase.)*

Catalin. Fuése el viejo enternecido.

Juan. Luego las lágrimas copia,
condicion de viejos propia.
Vamos, pues ha anochecido,
á buscar al Marqués.

Catalin. Vamos;
¿al fin gozarás su dama?

Juan. Ha de ser burla de fama.

Catalin. Ruego al cielo que salgamos
della en paz.

Juan. Catalinon
al fin.

Catalin. Y tú, señor, eres

langosta de las mujeres;
y con público pregon,
porque de tí se guardara,
y á su noticia viniera
de la que doncella fuera,
fuera bien se pregonara:
«Guárdense todos de un hombre
que las mujeres engaña,
y es el garañon de España.»
Juan. Tú me has dado gentil nombre.

Salen LOS MÚSICOS *y* EL MARQUÉS, *cantando.*

Músicos. *El que un bien gozar espera,*
cuando espera desespera.
Juan. ¿Qué es esto?
Catalin. Música es.
Marq. Parece que habla conmigo
el poeta.
Juan. ¿Quién vá?
Marq. Amigo:
¿es don Juan?
Juan. ¿Es el Marqués?
Marq. ¿Quién puede ser sino yo?
Juan. Luégo que la capa ví,
que érades vos conocí.
Marq. Cantad, pues don Juan llegó.
Músicos. *El que un bien*, etc.
Juan. ¿Dónde iremos?
Marq. A Lisboa.

Juan. ¿Cómo si en Sevilla estais?
Marq. ¿Pues aqueso os maravilla?
¿No vive con gusto igual
lo peor de Portugal
en lo mejor de Sevilla?
Juan. ¿Dónde viven?
Marq. En la calle
de la Sierpe, donde ves
á Adan vuelto en Portugués;
que en aqueste amargo valle
con bocados solicitan
mil Evas, que aunque dorados,
en efecto son bocados
con que las vidas nos quitan.
Catalin. Ir de noche no quisiera
por esa calle cruel,
pues lo que de dia en miel,
de noche lo dan en cera.
Una noche, por mi mal,
la ví sobre mí vertida,
y hallé que era corrompida
la cera de Portugal.
Juan. Mientras á la calle vais,
yo dar un perro quisiera.
Marq. Pues cerca de aquí me espera
uno bravo.
Juan. Me dejais
con él, Marqués: ya vereis
cómo de mí no se escapa.
Marq. Vamos, y poneos mi capa,

para que mejor le deis.

Juan. Bien habeis dicho; venid,
y me enseñareis la casa.

Marq. Mientras el suceso pasa,
la voz y el habla fingid.
¿Veis aquella celosía?

Juan. Ya la veo.

Marq. Pues llegad,
y decid Beatriz, y entrad.

Juan. ¿Qué mujer?

Marq. Rosada y fria.

Catalin. Será mujer cantimplora.

Marq. En Gradas os aguardamos.

Juan. Adios, Marqués.

Catalin. ¿Dónde vamos?

Juan. Calla, necio, calla ahora;
á donde la burla mia
se ejecute.

Catalin. No se escapa
nadie de tí.

Juan. El trueco adoro.

Catalin. Echaste la capa al toro.

Juan. Escapéme por la capa. *(Vanse.)*

Marq. La mujer ha de pensar
que soy yo.

Cria. 1. ¡Qué gentil perro!

Marq. Esto es acertar por yerro.

Cria. 2. Todo este mundo es errar,
que está compuesto de errores.

Marq. El alma en las horas tengo,

y en sus cuartos me prevengo
para mayores favores.
¡Ay noche espantosa y fria!
para que largos los goce,
corre veloz á las doce,
y despues no venga el dia.

Cria. 1. ¿A dónde guia la danza?
Marq. Cal de la Sierpe guiad.
Cria. 1. ¿Qué cantaremos?
Marq. Cantad
lisonjas á mi esperanza.
(Cantan.) *El que un bien gozar espera,*
cuando espera desespera.

Vanse, y habla de adentro UNA DAMA.

Dama. Falso, no eres el Marqués;
que me has engañado.
Juan. Digo
que lo soy.
Dama. Falso enemigo,
mientes, mientes.

Sale EL COMENDADOR *medio desnudo, con espada y rodela.*

D. Gon. La voz es
de doña Ana la que siento.
Dama. ¿No hay quien mate este traidor,
homicida de mi honor?

D. Gon. ¿Hay tan grande atrevimiento?
Muerto honor, dijo. ¡Ay de mí!
Y es su lengua tan liviana,
que aquí sirve de campana.
Dama. Matadle.

Sale DON JUAN.

Juan. ¿Quién está aquí?
D. Gon. La barbacana caida
de la torre de ese honor
que has combatido, traidor,
donde era alcaide la vida.
Juan. Déjame pasar.
D. Gon. ¿Pasar?
por la punta desta espada.
Juan. Oye.
D. Gon. No me digas nada.
Juan. Escucha.
D. Gon. No hay que escuchar,
que ya he sabido lo que es
con esas voces que han dado.
Juan. Tu sobrino soy, que he entrado
aquí.
D. Gon. Mientes, que el Marqués
de la Mota, mi sobrino,
tan grande traicion no hiciera.
Mi honor viva, el traidor muera,
autor de tal desatino.
Juan. El Marqués digo que soy.

D. Gon. Pues si eres el Marqués, piensa
que es en tí mayor la ofensa,
y más ofendido estoy.
Muere, traidor.

Juan. Desta suerte
muero yo.

Catalin. Si escapo desta,
no más burla, no más fiesta.

D. Gon. ¡Ay que me has dado la muerte!
Mas si el honor me quitaste,
¿de qué la vida servía?

Juan. Huye.

D. Gon. Aguarda, que es sangría,
con que el valor me aumentaste;
mas no es posible que aguarde.
Seguiréle mi furor,
que es traidor, y el que es traidor,
es traidor porque es cobarde.

Sale EL MARQUÉS.

Marq. Presto las doce darán,
y mucho don Juan se tarda.

Cria. 1. Fiera pension del que aguarda.

Salen DON JUAN *y* CATALINON.

Juan. ¿Es el Marqués?

Marq. ¿Es don Juan?

Juan. Yo soy; tomad vuestra capa.

Marq. ¿Qué perro?
Juan. Funesto ha sido;
al fin, Marqués, muerto ha habido.
Catalin. Señor, del muerto te escapa.
Marq. ¿Burlásteisla?
Juan. Sí burlé.
Catalin. Y áun á vos os ha burlado.
Juan. Caro la burla ha costado.
Marq. Yo, don Juan, lo pagaré,
porque estará la mujer
quejosa de mí.
Juan. Las doce
darán.
Marq. Como mi bien goce,
nunca llegue á amanecer.
Juan. Adios, Marqués.
Catalin. Muy buen lance
el desdichado hallará.
Juan. Huyamos.
Catalin. Señor, no habrá
aguilita que me alcance. *(Vanse.)*
Marq. Vosotros os podeis ir
todos á casa, que yo
he de ir solo.
Cria. Dios crió
las noches para dormir.

Vanse, y DICEN DENTRO.

1. ¿Vióse desdicha mayor?
2. ¿Y vióse mayor desgracia?
Marq. ¡Válgame Dios! voces oigo
en la plaza del Alcázar;
¿qué puede ser á estas horas?
Un hielo me baña el alma;
desde aquí parece toda
una Troya que se abrasa,
porque tantas hachas juntas
parecen montes de llamas.
Mas una escuadra de luces
se acerca hácia mí, porque anda
el fuego emulando al Sol,
dividiéndose en escuadras:
quiero preguntar lo que es.

Salen EL DUQUE OTAVIO, TENORIO *y* CRIADOS.

Otavio. ¿Qué gente?
Marq. Gente que aguarda
saber de aqueste alboroto
la ocasion.
Tenorio. Esta es la capa
que dijo el Comendador
en las postreras palabras.
Otavio. Préndanle.
Marq. ¿Prenderme á mí?

Tenorio. Volved la espada á la vaina,
que la mayor valentía
es no tratar de la espada.

Sale EL REY.

Señor, aquí está el Marqués.
Marq. ¿Vuestra Alteza á mí me manda
prender?
Rey. Llevadle, y ponedle
la cabeza en una escarpia.
¿En mi presencia te pones?
Marq. Señor, mi inocencia...
Rey. Basta;
llevadle luégo á una torre.
Marq. ¡Ay glorias de amor tiranas,
siempre en el pasar ligeras,
como en el venir pesadas!
Bien dijo un sabio que habia
entre la boca y la taza
peligro, pero el enojo
del Rey me admira y espanta.
¿No sabré por qué voy preso?
Tenorio. ¿Quién mejor sabrá la causa
que Vueseñoría?
Marq. ¿Yo?
Tenorio. Vamos...
Marq. ¡Confusion extraña! *(Vanse.)*
Rey. Fulmínesele el proceso
al Marqués luégo, y mañana

le cortarán la cabeza;
y al Comendador, con cuanta
solemnidad y grandeza
merece nobleza tanta,
se le haga luégo un sepulcro
de bronce y de piedra párea,
á donde góticas letras
den lenguas á su venganza.
¿Dónde doña Ana se fué?

Otavio Fuése al sagrado doña Ana
de mi señora la Reina.

Rey. Ha de sentir esta falta
Castilla; y el Reino todo
su defensa en esta espada;
y tan gran Comendador
ha de llorar Calatrava.

Vanse, y salen LOS VILLANOS, *y cantan.*

Músic. *Lindo sale el sol de Abril*
por trebol y torongil,
y aunque le sirve de estrella,
Arminta sale más bella.

Gaceno. Ya, Batricio, os he entregado
el alma y el ser en mi Arminta.

Batric. Por eso se baña, y pinta
de más colores el prado;
con deseos la he ganado,
con obras la he merecido.

Músic. *Tal mujer y tal marido*

vivan juntos años mil.
Lindo sale el sol de Abril
por trebol y torongil.

Batric. No sale así el sol de Oriente
como el sol que al alba sale,
que no hay sol que al sol se iguale
de sus niñas y su frente,
deste sol claro y luciente
que eclipsa al sol su arrebol;
y así cantadle á mi sol
motetes de mil en mil.

Músic. *Lindo sale*, etc.

Armin. Batricio, aunque lo agradezco,
falso y lisonjero estás;
mas si tus rayos me dás,
por tí ser luna merezco.
Tú eres el sol por quien crezco,
despues de salir menguante,
para que el alba te cante
la salva en tono sutil.

Músic. *Lindo sale*, etc.

Sale UN PASTOR.

Pastor. Alcaldes, el desposorio
huéspedes ha de tener.

Gaceno. A todo el mundo ha de ser
este contento notorio.

Batric. ¿Quién viene?

Pastor. Don Juan Tenorio.

Gaceno. ¿El viejo?
Pastor. No ese don Juan,
sino su hijo el galan.
Téngolo por mal agüero,
que galan y caballero
quitan gusto y penas dán.
Batric. ¿Pues quién noticia le dió
de mis bodas?
Pastor. De camino
pasa á Lebrija.
Batric. Imagino
que el demonio le envió;
¿mas de qué me aflijo yo?
Vengan á mis dulces bodas
del mundo las gentes todas;
mas, con todo, un caballero
en mis bodas, mal agüero.
Gaceno. Venga el Coloso de Rodas,
el Cura y el Preste Juan,
y don Alonso el Onceno
con su corte, que en Gaceno
ánimo y valor verán.
Montes en casa hay de pan,
Guadalquivires de vino,
Babilonias de tocino,
y entre ejércitos cobardes
de aves, para que los lardes,
el pollo y el palomino.
Venga tan gran caballero
á ser hoy en Dos Hermanas

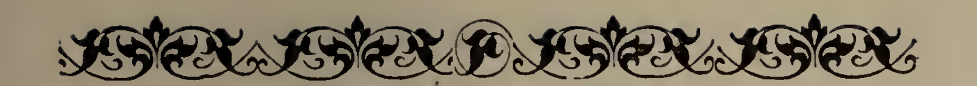
honra destas nobles canas.
Pastor. Es hijo del camarero
mayor.
Batric. Todo es mal agüero
para mí, pues le han de dar
junto á mi esposa lugar.
Áun no gozo, y ya los cielos
me están condenando á celos,
amar, sufrir y callar.

Salen DON JUAN *y* CATALINON, *de camino.*

Juan. Pasando acaso he sabido
que hay bodas en el lugar,
y dellas quise gozar,
pues tan venturoso he sido.
Gaceno. Vueseñoría ha venido
á honrallas y engrandecellas.
Batric. Yo que soy el dueño dellas
dígoos tambien que vengais
en hora mala.
I. ¿No dais
lugar á este caballero?
Juan. Con vuestra licencia quiero
sentarme aquí.
Batric. Si os sentais
delante de mí, señor,
sereis de aquesa manera
el novio.
Juan. Cuando lo fuera,

no eligiera lo peor.
Gaceno. Que es el novio.
Juan. De mi error
é ignorancia, perdon pido.
Batric. ¿Es posible que he de ser
en todo tan desgraciado?
Catalin. ¡Desdichado tú que has dado
en manos de Lucifer!
Juan. ¿Posible es que vengo á ser,
señora, tan venturoso?
Envidia tengo al esposo.
Armint. Pareceisme lisonjero.
Batric. Bien dije que es mal agüero
en bodas un poderoso.
Juan. Hermosas manos teneis
para esposa de un villano.
Catalin. Si al juego le dais la mano,
vos la mano perdereis.
Batric. Celos, muerte no me deis.
Gaceno. Ea, vamos á almorzar,
porque pueda descansar
un rato su señoría.
Juan. ¿Por qué la escondeis?
Armint. No es mia.
Gaceno. Ea, volved á cantar.
Juan. ¿Qué decís desto?
Catalin. Que temo
muerte vil de estos villanos.
Juan. ¡Buenos ojos, blancas manos!
en ellos me abraso y quemo.

Catalin. ¡Almagrar, y echar á extremo!
con esta cuatro serán.
Juan. Ven, que mirándome están.
Batric. Bien dije que es mal agüero
de mis bodas.
Gaceno. Cantad.
Batric. Muero.
Catalin. Canten, que ellos llorarán.
Músic. *Lindo sale el Sol de Abril*
por trebol y torongil.



JORNADA TERCERA.

Sale BATRICIO *solo.*

Batric. Celos, átomos de amor,
y entre los ojos gigantes,
á la muerte semejantes
y al infierno en el dolor,
dejadme, no me canseis
con iras y desconsuelos,
que en lo azul pareceis cielos,
y como infiernos ardeis.
¿Qué me quereis, caballero,
que me atormentais aquí?
Bien dije cuando le ví
en mis bodas: mal agüero.
¿No es bueno, que se sentó
á cenar con mi mujer,
y á mí en el plato meter
la mano no me dejó?
Pues cuando llegar queria
con furia la desviaba,
diciendo cuando llegaba:
grosería, grosería.
No se apartó de su lado

hasta cenar, de manera,
que todos pensaban que era
yo padrino, él desposado.
Y si decirle queria
algo á mi esposa, gruñendo
me la apartaba, diciendo:
grosería, grosería.
¡Que vea clara mi afrenta,
y no pueda yo decir
el mal que me hace morir!
No sé qué diga ó qué sienta
en tan dudosa porfía;
pues llegándome á quejar
á todos, todo el lugar
con risa me respondía:
«Eso no es cosa que importe,
no teneis de qué temer;
callad, que debe de ser
uso de allá de la Corte.»
Buen uso, trato extremado,
mas no se usará en Sodoma
que otro con la novia coma,
y que ayune el desposado.
Pues el otro bellacon
á cuanto comer queria
¿esto no come? decia,
no tiene, señor, razon.
Y de la mano al momento
me lo quitaba. Corrido
estoy; pienso que esto ha sido

culebra, y no casamiento.
Ya no se puede sufrir,
ni entre cristianos pasar.
Y acabando de cenar
con los dos, ¿más que á dormir
con mi mujer, pues es mia,
estorbo me ha de poner,
y que ha de venir á ser
grosería, grosería?
Pero él viene, ¿qué he de hacer?
esconderme por no velle,
ántes que aquí me atropelle;
mas ¡ay, que no he de poder!

Sale DON JUAN *solo.*

Juan. Batricio.
Batric. ¿Qué es lo que manda
vueseñoría?
Juan. El amor,
con tal ira y tal furor
en el alma se desmanda,
que lo que encubrir queria
la boca no ha de poder.
Batric. ¿Mas que ha de venir á ser
grosería, grosería?
Juan. Yo há muchos dias, Batricio,
que á Arminta el alma le dí,
y he gozado...

Batric. ¿Su honor?
Juan. Sí.
Batric. Manifiesto y claro indicio
de lo que han visto mis ojos;
que si bien no le quisiera
Arminta, no permitiera
contra mí tantos enojos.
Juan. Yo al fin con nombre de esposo
há seis meses que soy dueño
de su honor: mi amor te enseño
en trance que es tan forzoso.
Esta es, Batricio, verdad,
siendo por tan justo intento
clandestino el casamiento
y fingida esa amistad.
Por mi padre y por el Rey
entre los dos encubierto
tuvimos este concierto;
y así no es razon y ley
que tú dos almas dividas,
que aunque las gentes lo ignoran,
así se estiman y adoran,
ni este matrimonio impidas.
Fuera de que de otra suerte
satisfacerme podré,
y á todo el mundo daré,
si me lo impide, la muerte.
Batric. Si tú en mi eleccion lo pones,
tu gusto pretendo hacer,
que el honor y la mujer

son malos en opiniones.
El honor, en opinion,
siempre más pierde que gana,
porque es como la campana
que se estima por el son.
Y así es cosa averiguada,
que su honor viene á perder,
cuando cualquiera mujer
suena á campana quebrada.
Gózala, señor, mil años,
que yo quiero resistir
desengaños, y morir,
por no vivir con engaños. *(Vase.)*

Juan. Con el honor le vencí,
porque siempre los villanos
tienen su honor en las manos,
y siempre miran por sí.
Que por tantas falsedades
es bien que se entienda y crea,
que el honor se fué al aldea
huyendo de las ciudades.
Bien lo supe negociar;
gozarla sin miedo espero;
la noche camina, quiero
su viejo padre engañar.
¡Oh estrellas que me mirais!
dadme en este engaño suerte,
si el castigo hasta la muerte
tan largo me lo fiais.

Vase, y salen ARMINTA *y* BELISA.

Belisa. Mira que viene tu esposo;
entra á desnudarte, Arminta.
Armint. Destas infelices bodas
no sé qué sienta, Belisa.
Dí, ¿qué caballero es este,
que de mis gustos me priva?
Todo hoy mi Batricio ha estado
bañado en melancolía,
todo en confusion, y en celos:
mira qué grande desdicha.
¡Mal hubiese el caballero
que mis contentos me quita!
La desvergüenza en España
se hace ya caballería.
Déjame, que estoy sin seso,
déjame, que estoy perdida;
¡mal hubiese el caballero
que mis contentos me quita!
Belisa. Entra, que pienso que viene;
que nadie en el cuarto pisa
de un desposado tan recio.
Armint. Queda á Dios, Belisa mia.
Belisa. Desenójale en tus brazos.
Armint. ¡Plegue á los cielos que sirvan
mis suspiros de requiebros,
mis lágrimas de caricias!

Vanse, y salen DON JUAN, GACENO *y* CATALINON.

Juan. Gaceno, quedad con Dios.
Gaceno. Acompañaros querria,
por darle desta ventura
el parabien á mi hija.
Juan. Tiempo mañana nos sobra;
bien decís.
Gaceno. El alma mia
en la muchacha os entrego.
Juan. Mi esposa direis: tú, ensilla,
Catalinon.
Catalin. ¿Para cuándo?
Juan. Para el Alba, que de risa
muerta ha de salir mañana
deste engaño.
Catalin. Allá en Lebrija,
señor, nos está aguardando
otra boda: por tu vida,
que despaches presto en esta.
Juan. La burla más escogida
de todas ha de ser esta.
Catalin. Sí señor, mas no querria
que saliésemos burlados,
ó nos costase las vidas
esta fiesta.
Juan. Si es mi padre
el dueño de la justicia,
y es la privanza del Rey,

¿qué temes?
Catalin. De los que privan
suele Dios tomar venganza,
y con rigor los castiga
cuando cometen pecados,
de Dios en la casa misma.
Y si en las casas de juego
prenden tambien al que mira,
yo he sido miron del tuyo,
y por miron no querria
que algun rayo abrasador
me convirtiese en ceniza.
Juan. Vete á ensillar, que mañana
he de dormir en Sevilla.
Catalin. ¿En Sevilla?
Juan. Sí.
Catalin. ¿Qué dices?
Mira lo que has hecho, y mira
que hay castigo, pena y muerte.
Juan. Si tan largo me lo fias...
vengan engaños.
Catalin. Señor...
Juan. Vete, que ya me amohinas;
vive el cielo, que te mate.
Catalin. Fuerza al Turco y al Escita,
al Persa y al Agramante,
al Japon y al Troglodita;
fuerza al Etiope y al Tracio,
y al sastre con la agujita
de oro en la mano, imitando

contino á la blanca niña. *(Vase.)*

Juan. La noche aprisa los cielos
con piés de azabache pisa,
huyendo de los mortales,
en cuya frente avicina;
en ricos apretadores
estrellas por piedras brillan.
Quiero llegar á la cama.
¡Arminta!...

Armint. ¿Quién llama á Arminta?
¿Es mi Batricio?

Juan. No soy
tu Batricio.

Armint. ¿Pues quién?

Juan. Mira
despacio, Arminta, quién soy.

Armint. ¡Ay de mí! ¡Yo soy perdida!
¿En mi aposento á estas horas?

Juan. Estas son las horas mias.

Armint. Volveos, que daré voces;
no excedais la cortesía
que á mi Batricio se debe.
Ved que hay Romanas Emilias
en Dos Hermanas tambien,
y hay Lucrecias vengativas.

Juan. Escúchame dos palabras,
y esconde de las mejillas
en el corazon la grana,
en tí más preciosa y tibia.

Armint. Idos, que vendrá mi esposo.

Juan. Yo lo soy. ¿De qué te admiras
Armint. ¿Desde cuándo?
Juan. Desde ahora.
Armint. ¿Quién lo ha tratado?
Juan. Mi dicha.
Armint. ¿Sábelo Batricio?
Juan. Sí,
que te olvida.
Armint. ¿Que me olvida?
Juan. Sí, porque te adoro.
Armint. ¿Cómo?
Juan. Con mis dos brazos.
Armint. Desvía.
Juan. ¿Cómo puedo, si es verdad
que muero?
Armint. ¡Qué gran mentira!
Juan. Arminta, escucha y sabrás,
si quieres que te la diga,
la verdad, si las mujeres
sois de verdades amigas.
Yo soy noble caballero,
cabeza de la familia
de los Tenorios antiguos,
ganadores de Sevilla.
Mi padre, despues del Rey,
se reverencia y se estima
en la Córte, y de sus labios
penden las muertes y vidas,
Torciendo el camino, acaso
llegué á verte, que amor guia

tal vez las cosas de suerte,
que él mismo dellas se admira.
Vite, adoréte, abraséme,
y es de suerte, que me obliga
á que contigo me case:
mira qué accion tan precisa.
Y aunque lo murmure el Reino,
y aunque el Rey lo contradiga,
y aunque mi padre enojado
con amenazas lo impida,
tu esposo tengo de ser,
dando en tus ojos envidia
á los que viere en su sangre
la venganza que imagina.
Ya Batricio ha desistido
de su accion, y aquí me envía
tu padre á darte la mano.
¿Qué dices?

Armint. No sé que diga;
que se encubren tus verdades
con retóricas mentiras.
Porque si estoy desposada,
como es cosa conocida,
con Batricio, ¿el matrimonio
cómo puede ser que sirva?

Juan. En no siendo consumado,
por engaño ó por malicia
puede anularse.

Armint. Es verdad;
mas ¡ay Dios! que no querria

que me dejases burlada,
cuando mi esposo me quitas.

Juan. Ahora bien; dame esos brazos,
y esta voluntad confirma
con ellos.

Armint. ¿Qué no me engañas?

Juan. Mio el engaño sería.

Armint. Jura que me cumplirás
la palabra y fé debida.

Juan. Juro á esta mano, señora,
infierno de nieve fria,
de cumplirte la palabra.

Armint. Jura á Dios que te maldiga,
si no lo cumples.

Juan. Si acaso
la palabra y la fé mia
te faltare, ruego á Dios
que á traicion y alevosía
me dé muerte un hombre (muerto,
que vivo Dios no permita).

Armint. Pues con ese juramento
soy tu esposa.

Juan. El alma mia
entre los brazos te ofrezco.

Armint. Tuya es el alma y la vida.

Juan. ¡Ay Arminta de mis ojos!
Mañana sobre virillas
de tersa plata, estrelladas
con clavos de oro de Tibar,
pondrás los hermosos piés,

y en prision de gargantillas
la alabastrina garganta,
y los dedos en sortijas,
en cuyo engaste parezcan
estrellas las amatistas,
y en cuyas orejas pendan
transparentes perlas limpias.

Armint. Tuya soy.

Juan. ¡Qué mal conoces
el burlador de Sevilla!

Vanse, y salen DON PEDRO TENORIO *é* ISABELA.

D. Ped. ¿De qué sirve, Isabela,
la tristeza en el alma y en los ojos,
si amor todo es cautela,
y siempre dá tristezas por despojos,
y sus mayores bienes
son tormento, temor, pena y desdenes?
Cuando de la ribera
de Nápoles partiste, fué muy justo
sentir su pena fiera;
mas ya puedes trocar la pena en gusto,
y mostrar alegría,
pues se pone tu noche, y sale el dia.
Si ya don Juan te aguarda
para enlazar tu mano hermosa y bella,
áun el bien no se tarda;
suspende el triste llanto y la querella,
si es su casa en Sevilla

una de las mejores de Castilla.

Isabela. No nace mi tristeza
de ser esposa de don Juan, que el mundo
conoce su nobleza;
en la esparcida voz mi agravio fundo,
y esta ocasion perdida
he de llorar mientras tuviere vida.

D. Ped. Allí una pescadora
está sobre un peñasco al mar mirando,
y dulcemente llora,
y al cristalino cielo quejas dando,
pidiendo está venganza,
perdida de algun bien ya la esperanza.
Quiero llegar por ella
para que aquí te haga compañía;
dirásle tu querella,
y mientras yo con el sereno dia
desembarco la gente,
lamentareis las dos más dulcemente. *(Vase.)*

Isabela. ¡Que me robase el sueño,
la prenda que estimaba y más queria!
¡Oh riguroso empeño
de la verdad! ¡Oh máscara del dia,
noche al fin tenebrosa,
antípoda del Sol, del sueño esposa!

Sale LA PESCADORA.

Pescad. Robusto mar de España,
ondas del fuego en fugitivas olas,

cuya costa el mar baña,
dándole por tributo conchas solas,
aunque á veces preñadas
de traiciones en tí medio anegadas.
Pues conoces mis quejas,
y de tí mis tormentos han nacido,
á tus sordas orejas
quiero dar voces, pues la causa has sido
de que el honor perdiera
la que siempre cruel con hombres era.

Isabela. ¿Por qué del mar te quejas?
¿Estás del mar celosa, pescadora?

Pescad. El mar parió mis quejas;
dichosa vos que sin cuidado ahora
dél os estais riendo.

Isabela. Tambien furias del mar estoy sintiendo.

Pescad. ¿Sois vos la Europa hermosa
que estos toros os llevan á Sevilla?

Isabela. Llévanme á ser esposa
contra mi voluntad.

Pescad. Si mi mancilla
á lástima os provoca,
mi llanto oid, pues por mujer os toca.
Del agua derrotado,
á esta arena llegó un don Juan Tenorio,
difunto y anegado;
amparéle, hospedéle en tan notorio
peligro, y el vil huésped
víbora fué á mi planta en tierno césped.
Con engaño y mentira,

dándome aquí de esposo la palabra,
el que á robar aspira
honor, me le quitó, que en traicion labra
cuando en vez de verdades,
son sus dulces palabras falsedades.

Isabela. Calla, mujer maldita;
vete de mi presencia, que me has muerto;
mas si el dolor te incita,
no tienes culpa tú: prosigue, ¿es cierto?

Pescad. Tan claro es como el dia.

Isabela. ¡Mal haya la mujer que en hombres fia!
Pero sin duda el cielo
á ver estas cabañas me ha traido,
y de tí mi consuelo
en tan grave pasion ha renacido
para venganza mia;
¡mal haya la mujer que en hombres fia!

Pescad. Que me lleveis os ruego
con vos, señora, á mí, y á un viejo padre,
porque de aqueste fuego
la venganza me dé que más me cuadre,
y al Rey pida justicia
deste engaño y traicion, desta malicia.
Anfriso, en cuyos brazos
me pensé ver en tálamo dichoso,
dándole eternos lazos,
conmigo ha de ir, que quiere ser mi esposo.

Isabela. Ven en mi compañía.

Pescad. ¡Mal haya la mujer que en hombres fia!

Vanse, y salen DON JUAN *y* CATALINON.

Catalin. Todo en mal estado está.
Juan. ¿Cómo?
Catalin. Que Otavio ha sabido
la traicion de Italia ya,
y el de la Mota, ofendido,
al Rey grandes quejas dá.
Dicen que viene Isabela
á que seas su marido,
y dicen...
Juan. Calla.
Catalin. Una muela
en la boca me has rompido.
Juan. Hablador, ¿quién te revela
tanto disparate junto?
Catalin. ¿Disparate?
Juan. Disparate.
Catalin. Verdades son.
Juan. No pregunto
si lo son. Cuando me mate
Otavio, ¿estoy yo difunto?
¿No tengo manos tambien?
¿Dónde me tienes posada?
Catalin. En calle oculta.
Juan. Está bien.
Catalin. La Iglesia es tierra sagrada.
Juan. Dí que de dia me den
en ella la muerte. ¿Viste

al novio de Dos Hermanas?

Catalin. Allí le ví ansiado y triste.

Juan. Arminta estas dos semanas
no ha de caer en el chiste.

Catalin. Tan bien engañada está,
que se llama doña Arminta.

Juan. Graciosa burla será.
¿Qué sepulcro es este?

Catalin. Aquí
don Gonzalo está enterrado.

Juan. ¿Este es á quien muerte dí?
Gran sepulcro le han labrado.

Catalin. Ordenólo el Rey así.
¿Cómo dice este letrero?

Juan. *Aquí aguarda del Señor*
el más leal caballero
la venganza de un traidor.

Del mote reirme quiero.
¿Y os habeis vos de vengar
buen viejo, barbas de piedra?

Catalin. No se las podrás pelar,
que en barbas muy fuertes medra.

Juan. Aquesta noche, á cenar
os aguardo en la posada,
y allí el desafío haremos,
si la venganza os agrada.
Pero mal reñir podremos,
si es de piedra vuestra espada.

Catalin. Justo es estar prevenido

si contigo ha de comer.
Juan. Larga esta venganza ha sido.
Si es que vos la habeis de hacer,
bien puedo vivir dormido;
que si á la muerte aguardais
la venganza, la esperanza
agora es bien que perdais,
pues vuestro enojo y venganza
tan largo me lo fiais. *(Vanse.)*

Salen DOS CRIADOS *con una mesa puesta.*

1. Apercibamos la cena,
que vendrá á cenar don Juan.
2. Las mesas puestas están;
mas ¿quién á don Juan ordena
venir temprano á cenar,
si á veces suele venir
cuando el Sol quiere salir?
1. Para tener más lugar
de rondar de noche, ordena
cenar temprano.

Salen DON JUAN *y* CATALINON.

Juan. ¿Cerraste?
Catalin. Ya cerré como mandaste.
Juan. Hola, tráiganme la cena.
2. Aquí está.
Juan. Catalinon,

siéntate.

Catalin. Yo soy amigo
de cenar á solas.

Juan. Digo
que lo hagas.

Catalin. Fuerte ocasion;
ya voy.

Juan. Tambien es camino
éste, si cenas en él
conmigo. *(Golpes.)*

Catalin. Golpe cruel.

Juan. Que llamaron imagino;
mira quién llama.

1. Ya voy.

Catalin. Si es la justicia, señor...

Juan. Sea, no tengas temor.

(Retírase huyendo el criado que fué á ver quién llamaba.)

Catalin. ¡Ay de mí! ¡Confuso estoy!

Juan. ¡Habla! ¿Qué tienes? ¿Qué has visto?

Catalin. De algun mal dá testimonio.

Juan. ¿Asombróte algun demonio?
¿Cómo el enojo resisto? *(Golpes.)*

Catalin. Más golpes dan á la puerta.

Juan. Corre tú, mira quién es.

Catalin. ¿Yo, señor?...

Juan. Mueve los piés.
¿Quién llama?

Sale la estátua de DON GONZALO, *el caballero que mató, armado de punta en blanco, con el hábito.*

D. Gon. Yo.
Juan. ¿Quién?
D. Gon. Soy el caballero honrado
que á cenar has convidado.
Juan. Cena habrá para los dos;
y si vienen más contigo,
para todos cena habrá.
Ya puesta la mesa está:
siéntate.
Catalin. Dios sea conmigo.
Juan. Catalinon, siéntate
junto al muerto.
Catalin. Ya he cenado;
cena con tu convidado,
que yo no sé si podré.
Juan. Siéntate; si oir cantar
quieres, cantarán.
Catalin. Sí dijo.
Juan. Cantad.
Catalin. Tiene el señor muerto
buen gusto; es noble, por cierto,
y amigo de regocijo.

Cantan LOS MÚSICOS.

Músic. *Si de mi amor aguardais,*
señora, de aquesta suerte
el galardon á la muerte,
¡qué largo me lo fiais!
Catalin. Ó es sin duda veraniego,
ó el seor muerto debe ser
hombre de poco comer.
Temblando al plato me llego.
Juan. Háblale.
Catalin. ¿Vueseñoría
está bueno? ¿Es buena tierra
la otra vida? ¿Es llano ó sierra?
¿Préciase allá la poesía?
Juan. A todo dice que sí
con la cabeza.
Catalin. ¿Hay allá
muchas tabernas?
Juan. Sí habrá
si Noé reside allí.
(Cantan.) *Si este plazo me convida*
para que serviros pueda,
dejad que pase la vida.
Si de mi amor aguardais
señora, de aquesta suerte
el galardon á la muerte,
¡qué largo me lo fiais!
Catalin. ¿Con cuál de las que has burlado

estos músicos, señor,
hablan?

Juan. De todas me rio,
amigo, en esta ocasion;
en Nápoles á Isabela
burlé.

Catalin. Esa ya no es hoy
burlada, pues que te casas
con ella, como es razon.
Burlaste á la pescadora,
que del mar te redimió,
pagándole el hospedaje
en moneda de rigor.
Burlaste á doña Ana.

Juan. Calla,
que hay parte aquí que lastó
por ella, y vengarse piensa.

Catalin. Es hombre de gran valor,
que él es piedra, y tú eres carne;
no es buena resolucion.

(Hace señas el muerto que quiten la mesa.)

Juan. Hola, quitad esas mesas,
que hace señas que los dos
nos quedemos, y se vayan
los demás.

Catalin. Malo, por Dios;
no te quedes, porque hay muerto
que mata de un mogicon
un gigante.

Juan. Salíos todos.

A ser yo Catalinon... *(Hace la estátua señas.)*
Vete. ¿Que cierre la puerta?
Ya está cerrada, y ya estoy
aguardando lo que quieres,
sombra, fantasma ó vision.
Si andas en pena, ó si buscas
alguna satisfaccion,
aquí estoy; dímelo á mí,
que mi palabra te doy
de hacer todo lo que ordenes.
¿Estás gozando de Dios?
¿Eres alma condenada
ó de la eterna region?
¿Dite la muerte en pecado?
Habla, que aguardando estoy.

D. Gon. ¿Cumplirásme una palabra
como caballero?

Juan. Honor
tengo, y las palabras cumplo,
porque caballero soy.

D. Gon. Dame la mano, no temas.

Juan. ¿Eso dices? ¿Yo temor?
Si fueras el mismo infierno,
la mano te diera yo.

D. Gon. Bajo esa palabra y mano,
mañana á las diez te estoy
para cenar aguardando.
¿Irás?

Juan. Empresa mayor
entendí que me pedias;

mañana tu huésped soy.
¿Dónde he de ir?

D. Gon. A la Capilla.

Juan. ¿Iré solo?

D. Gon. No; id los dos,
y cúmpleme la palabra,
como la he cumplido yo.

Juan. Digo que la cumpliré,
que soy Tenorio.

D. Gon. Y yo soy
Ulloa.

Juan. Yo iré sin falta.

D. Gon. Yo lo creo; á Dios.

Juan. A Dios.
Aguarda te alumbraré.

D. Gon. No alumbres, que en gracia estoy. *(Vase.)*

Juan. ¡Válgame Dios! todo el cuerpo
se ha bañado de un sudor
helado, y en las entrañas
se me ha helado el còrazon.
Un aliento respiraba
organizando la voz,
tan frio, que parecia
infernal respiracion.
Cuando me tomó la mano,
de suerte me la abrasó,
que un infierno parecia,
más que no vital calor.
Pero todas son ideas
que dá á la imaginacion

el temor, y temer muertes
es más villano temor.
Si un cuerpo con alma noble,
con potencias, y razon,
y con ira, no se teme,
¿quién cuerpos muertos temió?
Iré mañana á la Iglesia
donde convidado estoy,
porque se admire y espante
el mundo de mi valor.

Vase, y salen EL REY *y* DON PEDRO TENORIO.

Rey. ¿Llegó en fin Isabela?
D. Ped. Y disgustada.
Rey. Don Juan pondrá remedio hoy á su queja.
D. Ped. Siente, señor, el nombre de infamada,
y viendo que de Nápoles se aleja,
con disgusto llegó, aunque confiada,
pues sus agravios hoy en manos deja
de vuestra Majestad, en quien confía
que trocará su llanto en alegría.

Sale EL DUQUE OTAVIO.

Otavio. Huélgome, gran señor, que esté presente
don Pedro, de don Juan gallardo tio,
para que á voces te publique y cuente
la justa queja del agravio mio:
de tu mano real está pendiente

satisfacer mi honor, y así confío
que vuestra Majestad desta cautela
dará satisfaccion hoy á Isabela.

D. Ped. Duque, siempre los nobles caballeros
son cortos en Palacio de razones.

Otavio. Don Pedro, en la campaña tengo aceros.

D. Ped. Yo tantos como aceros, corazones.

Otavio. Yo almas.

D. Ped. Yo potencias.

Rey. Caballeros,
bueno está.

D. Ped. ¡Vive Dios!

Otavio. Si no te pones
enmedio...

D. Ped. Si no atajas lo que digo,
¡vive Dios!

Otavio. ¡Vive Dios!

Rey. Venid conmigo.

Vanse, y queda EL DUQUE OTAVIO.

Otavio. ¿A quién tan gran desdicha ha sucedido
como á mí me sucede, confiado
en un traidor amigo, que hoy ha sido
Sinon fingido, por quien yo culpado
de Isabela seré, pues ha perdido
lo que en el mundo tanto se ha estimado?
Mas si el Rey no la venga deste agravio,
la venganza ha de hacer el Duque Otavio.

Vase, y salen EL MARQUÉS *y* TENORIO *el viejo.*

Tenorio. Muy bien le podeis quitar
las prisiones al Marqués.
Marq. Si para mi muerte es,
albricias os quiero dar.
Tenorio. El Rey os manda soltar
de la prision.
Marq. ¿Se ha sabido
mi inocencia y el que ha sido
desta maldad agresor?
Que callo por vuestro honor,
aunque estoy tan ofendido.
Tenorio. ¿Por mi honor? Si á vuestro tio
matais, ¿soy culpado yo?
Marq. Porque don Juan le mató,
y á mí la culpa me echais.
A don Juan mi capa dí.
¡Ah engañoso caballero!
Sin culpa padezco y muero.
Tenorio. ¿Qué decís?
Marq. Que esto es así.
Un recado recibí
para que á mi prima goce,
de quien su error se conoce,
pues engañoso y cruel,
fué á las once para él,
y para mí fué á las doce.
Y aunque siento que matase

á mi tio, más sentido
estoy, y más ofendido
de que á mi prima gozase.

Vanse, y salen DON JUAN *y* CATALINON.

Catalin. ¿Cómo el Rey te recibió?
Juan. Con más amor que mi padre.
Catalin. ¿Viste á Isabela?
Juan. Tambien.
Catalin. ¿Cómo viene?
Juan. Como un ángel.
Catalin. ¿Recibióte bien?
Juan. El rostro
bañado de leche y sangre,
como la rosa que al Alba
revienta la verde cárcel.
Catalin. Vamos, si te has de vestir,
que te aguardarán, y es tarde.
Juan. Otro negocio tenemos
que hacer, aunque nos aguarden.
Catalin. ¿Cuál es?
Juan. Cenar con el muerto.
Catalin. Necedad de necedades.
Juan. ¿No ves que dí mi palabra?
Catalin. Ya está cerrada la Iglesia.
Juan. Llama.
Catalin. ¿Qué importa que llame?
¿Quién tiene de responder
si duermen los sacristanes?

Juan. Llega á ese postigo.
Catalin. Abierto
está.
Juan. Pues entra.
Catalin. Entre un fraile
con hisopo y con estola.
Juan. Sígueme y calla.
Catalin. ¿Que calle?
(Entran por de dentro del vestuario.)
¡Ay de mí! ¡Tenme, señor,
porque de la capa me asen!

Sale EL MUERTO.

Juan. ¿Quién va allá?
D. Gon. Yo.
Juan. ¿Quién sois vos?
D. Gon. El muerto soy; no te espantes.
No entendí que me cumplieras
la palabra, segun haces
burla de todos.
Juan. ¿Me tienes
en opinion de cobarde?
D. Gon. Sí; porque de mí huiste
la noche que me mataste.
Juan. Huí de ser conocido,
mas ya me tienes delante.
Dí presto lo que me quieres.
D. Gon. Quiero á cenar convidarte.

Juan. Cenemos.
D. Gon. Para cenar
es menester que levantes
esa tumba.
Juan. Y si te importa,
levantaré esos pilares.
D. Gon. Valiente estás.
Juan. Tengo brio,
y corazon en las carnes.
D. Gon. Siéntate tú.
Catalin. Yo, señor,
he merendado esta tarde;
cena con tu convidado.
Juan. ¡Ea, pues! ¿He de enojarme?
Siéntate, acaba.
Catalin. ¡Ay de mí!
D. Gon. Tambien quiero que te canten.
(Cantan.) *Adviertan los que de Dios*
juzgan los castigos tarde,
que no hay plazo que no llegue,
ni deuda que no se pague.
Catalin. ¿Qué plato es este, señor?
D. Gon. Este plato es de alacranes
y víboras.
Catalin. Gentil plato,
para el que trae buena hambre.
¿Es bueno el vino, señor?
D. Gon. Prúebale.
Catalin. Hiel y vinagre
es este vino.

D. Gon. Este vino
exprimen nuestros lagares.
¿No comes tú?
Juan. Comeré,
si me dieses áspid á áspid
cuantos el infierno tiene.
D. Gon. Otra vez quiero que canten.
(Cantan la copla postrera.)
Catalin. Malo es aquesto, por Cristo.
Dime, señor: ¿no escuchaste
la cancion? Contigo habla.
Juan. Un hielo el pecho me parte.
Catalin. Come deste guisadillo.
Juan. Ya he cenado. Haz que levanten
las mesas.
D. Gon. Dame esa mano;
no temas, la mano dame.
Juan. ¿Yo temor? Toma. ¡Ay de mí!
¡Que me abraso! ¡No me abrases
con tu fuego!
D. Gon. Aqueste es poco,
para el fuego que buscaste,
y así tienes de pagar
las doncellas que burlaste.
Juan. A tu hija no ofendí,
que vió mis engaños ántes.
D. Gon. No importa, que ya pusiste
tu intento.
Juan. Deja que llame
quien me confiese y absuelva.

D. Gon. No hay lugar: ya acuerdas tarde.
Las maravillas de Dios
son, don Juan, investigables,
y así quiere que tus culpas
á manos de un muerto pagues.
Juan. ¡No me aprietes! ¡Tente, tente!
con la daga he de matarte.
Mas ¡ay! que me abrasa el fuego,
y serán golpes al aire.
D. Gon. Esta es justicia de Dios:
quien tal hace, que tal pague.
Juan. ¡Que me quemo, que me abraso!
Muerto soy.
Catalin. No hay quien se escape.
¡San Panuncio, San Anton,
sacadme libre á la calle!

Se hunde, y salen EL REY, TENORIO, EL MARQUÉS DE LA MOTA, ISABELA, LA PESCADORA *y acompañamiento.*

Tenorio. Ya el Marqués, señor, espera
besar vuestros piés reales.
Pescad. Si vuestra Alteza, señor,
de don Juan Tenorio no hace
justicia, á Dios y á los hombres
mientras viva he de quejarme.
Derrotado le echó el mar;
díle vida y hospedaje,
y pagóme esta amistad

con mentirme y engañarme
con nombre de mi marido.

Rey. ¿Qué dices?

Isabela. Dice verdades.

Marq. Pues es tiempo, gran señor,
que á luz verdades se saquen,
sabrás que don Juan Tenorio,
las culpas que me imputaste
cometió, que con mi capa
pudo el cruel engañarme,
de que tengo mil testigos.

Rey. ¿Hay desvergüenza tan grande?

Sale CATALINON.

Catalin. Escuchad, oid, señores,
el suceso mas notable
que en el mundo ha sucedido,
y en oyéndolo, matadme.
Llegando don Juan mi amo
á Sevilla antiyer tarde,
y entrándose á retraer
en la Iglesia donde yace
don Gonzalo en el sepulcro
que el Rey mandó se labrase,
aguardando que la noche
para encubrirse llegase,
acertó á ver un letrero,
que al Comendador delante
del sepulcro le pusieron,

que dice espera vengarse
del que sin temor de Dios
con alevosía tan grande
le dió muerte; y él haciendo
burla, llegó á convidarle
que fuese á cenar con él;
y apenas pudo sentarse
á cenar, cuando á la puerta
llegó, y para que no os canse,
despues de cenar le dijo
que á su Iglesia se llegase
luégo la noche siguiente,
que él queria convidarle.
Fué don Juan, que nunca fuera,
pues sin poder escaparse,
asiéndole de la mano
comenzó el muerto á apretarle,
diciendo: «Dios te castiga;
quien tal hace que tal pague.»
Y él diciendo: «que me abraso»
murió; mas diciendo ántes
que á doña Ana no ofendió,
que le conocieron ántes.
Yo arrastrando me escapé
de la Iglesia y de tan grande
desventura.

Marq. Por las nuevas,
mil abrazos quiero darte.

Rey. Pues es ya muerto don Juan,
puede Isabela casarse

con el Duque.

Otavio. Yo, señor,
estimo merced tan grande,
pues está viuda Isabela.

Marq. Yo con mi prima.

Batric. Y nosotros
con las nuestras, porque acabe
esta verdadera historia.

Rey. Y el sepulcro se traslade
desde aquí á San Juan de Toro
para memoria más grande.

FIN.



LA TRAGEDIA POR LOS CELOS

PERSONAS.

LA REINA DOÑA MARÍA.
EL REY DON ALFONSO.
DOÑA BLANCA, *dama de la Reina.*
D. DIEGO DE MELO.
GUILLEN DE VIQUE.
GODIN, *gracioso.*
DOÑA MARGARITA.
D. JUAN DE MONCADA.
ELVIRA, *dama.*
GIMEN PEREZ CORELLA.
GALINDEZ, *vejete.*
EL INFANTE DON FERNANDO, *de nueve años.*
DOS CABALLEROS DE PALACIO.
UN PASTOR.



LA TRAGEDIA POR LOS CELOS.

JORNADA PRIMERA.

Salen la REINA DOÑA MARÍA, *y* DOÑA BLANCA, *dama suya,* GUILLEN DE VIQUE *y* DON DIEGO DE MELO.

D.ª Blan. ¿Habráte mareado la litera?
Reina. Algo vengo cansada.
Vique. Descansa aquí sentada,
pues los que te acompañan quedan fuera.
D. Diego. Si no es yo, que este pliego
daré con tu licencia.
Reina. Sí, don Diego.
Toda el alma con él se me alboroza:
vuestro cuidado estimo.
¿Cómo queda mi primo?
¿Cuánto hay de este lugar á Zaragoza?
D. Diego. Dos leguas. Salud tiene
el Rey tu esposo.
Reina. Y dichas me previene.
Vique. Por él esa merced, ese cuidado,

señora, estimar quiero.

Reina. Su mayor camarero
sois, Guillen Vique, y su mayor privado.

Vique. Hoy mi privanza empieza,
pues me emplea en servir á vuestra Alteza,
y así iré á despachalle cierto aviso,
de que á su esposa amada
verá presto.

Reina. Extremada
discrecion.

D. Diego. Pone término preciso
á todo lo posible.

Reina. Retratadme su extremo.

D. Diego. Es imposible,
porque desde el cabello hasta la planta
apura perfecciones,
y luégo en sus acciones
dá á las partes del alma beldad tanta,
que las del cuerpo, entre ellas,
divinas son y áun no parecen bellas.
De lo majestuoso á lo suave
la admiracion de un hilo,
con tan notable estilo,
mezcla lo donairoso con lo grave,
que parece engendrado
en su severidad su desenfado;
como si viera, al darle tu embajada,
tu imágen en mi pecho,
me dió un abrazo estrecho,
y por premio despues la heróica espada

de su lado eminente,
que fué con propiedad favor valiente.
Mandóme detener para que viera
muestras de su alegría;
hícelo, y aquel dia
hubo en el Coso general carrera.
¡Oh! Si yo te pintara
la que él pasó, mi dicha examinara.
En un bello alazan... (pero no quiero
detenerme á pintallo,
pues verás el caballo
supuesta la eleccion del caballero,
que airoso en él no dudo
que el móvil de los cielos parar pudo)
paseó la carrera, prevenciones
fiando á fuerza airosa,
y con flema briosa,
del silencio alcanzando admiraciones,
al andaluz valiente
rienda gira, abre pecho, afirma frente.
Parte furioso, compasado bate,
viento dá, fuego brilla,
y ansí el suelo amartilla,
que en término sucinto
leyes de la razon pone al instinto;
pasa llegando al fin, que no llegara
más breve el pensamiento,
suelta la capa al viento
entre las falcas que interpone para,
y á un tiempo prevenido

saca el brazo y levanta el alarido.
Despues con más bizarras prevenciones
de gentileza y gala,
ocupan una sala
las damas, que ocuparon mil balcones,
dando sones festivos,
lisonjas muertas á cuidados vivos,
formando así otra nueva maravilla.
Todas, porque era justo
lisonjearle el gusto,
adornaron los trajes de Castilla
con joyas tan brillantes,
que sirvieron de espejos sus diamantes.
Anduvo entre belleza y bizarría
atrevido el deseo,
el comun galanteo
prestó á la libertad la cortesía,
aplicando á las danzas
unas efectos, otras esperanzas.
Pero entre todas una, que infinita
alabanza merece,
pues preciosa parece
hasta en el nombre, es doña Margarita
de Híjar, mujer bella,
cielo hermoso, sol claro, amable estrella.
Pedíla arrodillado
que conmigo danzara,
y como si prestara
brio cortés á desabrido enfado,
se excusó en su tristeza,

si perdido el color, no la belleza.
Mandó el Rey que saliera, y como dueño
le obedeció al instante,
mostrando en el semblante
enojo libre con piadoso ceño,
y esparciendo despojos,
llevó tras cada paso muchos ojos;
pero á los tres primeros ¡triste ensayo!
habiendo parecido
otro Faeton caido,
perdió la fuerza y esforzó el desmayo,
y ansí en distancia breve,
heló las brasas y abrasó la nieve.
El sarao se alborota, y otras damas
llegan volando á ella;
turbóse el Rey de vella
verter los hielos y esparcir las llamas,
y yo admiré el espanto
de ver que puesto el sol luciese tanto;
porque entre resplandores diferentes,
hermoseando enojos,
ví brotar por sus ojos
lágrimas encendidas, que hechas fuentes
por camino tan bello
corrian á las ondas del cabello.
¿Pues qué fué al ver acelerando entre ellas
un templado suspiro,
con anhelante giro
abrir las puertas de sus luces bellas?
No vió alegrando el mundo

iris tan bello nuestro Adan segundo.
Alborotóse el Rey, con pecho humano
la levantó, y corrida
de enfadada, atrevida
le dió los ojos y le huyó la mano;
y casi descompuesta,
ciega la noche, feneció la fiesta.

Reina. Lo que me han avisado fué sin duda:
con causa estoy celosa.

D.ª Blan. La fama es mentirosa.

Reina. Esta vez Blanca, ¡ay Dios! parlera y muda
mi pena solicita.
Don Diego, ¿tan hermosa es Margarita?

D. Diego. Es la misma beldad.

Reina. ¡Qué cuerdamente
me aconsejan mis celos!
¿Si la hiciesen los cielos vuestra esposa?

D. Diego. ¡Ay! dicha tan valiente
llamara milagrosa.

Reina. Pues yo la haré, don Diego vuestra esposa.

D. Diego. Es muy tuyo tal favor.

Sale GODIN, *gracioso.*

Godin. ¡Ah señor don Diego! somos
por dicha de los que llevan
siempre la esperanza al hombro.
¿Fué cortés cosa decirme:
«espera, que luégo torno»,
y estarse como caido

en un rio ó en un pozo?
De esto sucede que yo,
atrevido á medio enojo,
quise entrarme, y el portero
me detiene riguroso.
Clamo entónces la hidalguía,
y ya enojado del todo,
hincho el bofe, ensancho el pecho,
respingo, reviento y soplo,
una ala del corazon
escupo y dóile en un ojo,
y al cuitado, si no muerto,
le dejo entre tuerto y tonto;
y porque tú me perdones,
señora, á tus piés me postro,
ó sabe que estos delitos
yo mismo me los perdono.

Reina. ¿Quién es?

D. Diego. Un truhan del Rey,
que por estilo gustoso
tiene el mentir y el hurtar,
pero por galantes modos.

Reina. ¿Como te llaman?

Godin. Godin.
Sangre tengo de los godos,
y llámanme el gitanillo:
diréte el por qué y el cómo,
si gustas.

Reina. Sí.

Godin. Yo, señora,

que la habilidad abono
de hiperbolicar caprichos
relevantes y sonoros,
que es mentir en buen romance,
no hallé tan seguro modo
como el ser bufon, oficio
descansado y provechoso.
Emprendílo, y dejé al Rey
de mi estilo tan gustoso,
que ya con licencia suya
puedo hablar como hacen otros.
(No diré quién son por no
decir verdad, que es impropio
en mí.) Por esto me llaman
el gitanillo. Compongo
ansí mi vida, y ansí
siempre rio, nunca lloro,
doy gusto, entretengo, brinco,
bufonizo y garipondio.

Reina. Bien.

Godin. Es Vuestra Alteza muy grave,
y si no dá, voto al soso,
de limosna alguna risa
á este mendigo gracioso,
me obligará á que le haga
cosquillas.

Reina. Notable loco.

Godin. Eso sí, descubra dientes,
ya que no gorjee.

Reina. Es plomo

mi desdicha; salíos fuera.
Oye, Blanca. ¡Ay qué celoso
tengo el pecho!

D.ª Blan. ¿Iréme?

Reina. Espera.

D. Diego. ¡Margarita, yo te adoro!

(Arrodíllase Blanca, y Godin le saca de la manga el rosario y el pañuelo.)

Reina. Godin, ¿es hermosa dama
doña Margarita?

Godin. ¡Y cómo!
Más bien lo sabe...

Reina. ¿Quién? ¿quién?

Godin. Nadie, nadie; el Rey tu esposo.

Reina. ¿Quiérela bien?

Godin. Y algo más.

Reina. ¿Galantéala?

Godin. Más fondo
tiene la historia; dí más.

Reina. ¿Débele gusto amoroso?

Godin. Dí más.

Reina. ¿Amigablemente
la trata?

Godin. Más, otro poco.

Reina. ¿Qué más, si ya con el Rey
no está... ¡terribles enojos!
no está casada en secreto?

Godin. Eso, eso dicen todos;
mas pues estás ya informada
de que yo soy mentiroso,
no me creas; imagina

que lo invento y lo compongo.

Reina. Toma esta cadena.

Godin. No,
no haré tal, pues más gustoso
de lo que gano, jamás
lo que me presentan tomo;
mas venga para tener
que darte, porque no sordo
oido á mis chismes des,
pues vengo á ser tan chismoso,
que pago á los que me escuchan
levantando un testimonio.
Tomo y oye.

Reina. ¡Hay tal desdicha!
Habla de veras; ya oigo.

Godin. Sabe que ya son vulgares
los estilos amorosos
del Rey y de Margarita,
de cuya planta un cogollo
dicen que es ya de seis años.
Dicen más niños y locos:
que el desmayo del sarao
fué porque siendo tu esposo
el Rey, la estrujaba á ella
los agraces en los ojos;
mas pues estás informada
de que yo soy mentiroso,
cuerdamente no me creas
ni me descubras tampoco.
Chiton y diréte más...

pero al buche me lo torno,
que entran ya.

Reina. Muerta de celos,
la vida del alma acorto.

Salen GUILLEN VIQUE *y* DON DIEGO.

Reina. Vique, disponed que luégo
me parta.

Vique. Notable estorbo
será, que de no avisallo
venga el Rey á quedar corto,
no saliendo á recibirte.

Reina. No importa.

Diego. De algun enojo
se previene.

Vique. Por servirte
todo lo demás depongo.

Reina. Blanca, yo pondré remedio,
y en la cordura el enojo.

Blanca. De tu pena tengo pena.

Vique. De su enfado estoy dudoso.

Diego. A mi Margarita llevo
en el alma y en los ojos.

Vánse, y salen el REY Y DOÑA MARGARITA.

Margari. ¿Vaste?

Rey. Margarita, sí.
Es fuerza.

Margari. Parece sueño,

falso amante, injusto dueño;
¿ansí me dejas?

Rey. Ansí
me mato yo mismo á mí.

Margari. ¿Suspender no se pudiera
ejecucion tan severa?

Rey. No, no, porque es dura ley
la que justifica á un Rey.
Pluguiera á Dios no lo fuera,
pues por ella mi albedrío,
entre lazos y venenos,
siguiendo gustos ajenos,
no me deja hacer el mio.
¡Con qué diferente brio
fuera tuyo que lo soy
de la que esperando estoy!
Pero mitiga el pesar,
ó acábame de matar
cuando ves que á morir voy.
Pues tenias obligado
tu valor entónces fuerte
á esta miserable suerte,
á este golpe tan pesado;
¿cómo agora violentado
de la congoja al despecho,
entre lágrimas deshecho,
el corazon con tal calma,
haciéndose fuego el alma,
minas revienta en el pecho?

Margari. Entónces con luz vencida

alumbré sanos consejos,
ví la muerte desde léjos,
y prometelle la vida
pude á ciegas, atrevida;
pero agora, ¡ay desdichada!
veo al corazon la espada,
á la garganta el cordel,
y la muerte más cruel
es vista que imaginada.

Rey. Señora, con tus razones
flechas tiras, rayos llueves;
mas pues pagas lo que debes
de consuelos con pasiones,
cruelmente te dispones,
turbando mis pensamientos,
á matarme con tormentos;
y los muchos que me das
en tí ya parecen más
venganzas que sentimientos.
Y si es eso yo me allano,
déjame aquí, en recompensa
de que dí el pecho á tu ofensa,
dé á tu venganza la mano.
Mataréme.

Margari. ¡Qué inhumano
determinar, qué severo!
No, no señor, ser no quiero
sobre desdichada esquiva.
Vive tú, vive aunque viva
yo sin tí, que por tí muero.

Sale DON JUAN DE MONCADA.

Moncada. Ya tardas, señor.
Margari. Ya estoy
muerta ¡ay triste!
Rey. Yo voy loco
á Dios.
Margari. Espera otro poco.
Rey. Id, Moncada, que ya voy.
No puedo más, tuyo soy;
mide tus tiernos enojos
por tan divinos despojos.
Mira.
Margari. ¡Infelice muger!
¡Ay qué pena! ¿Y podré ver
mis ojos en otros ojos?
Pues tantos años de amor
te obligan, si ya perderme
no quieres, manda ponerme
entre paredes, señor,
donde moriré mejor
justificando desvíos,
escondiendo desvaríos
con el alma hecha pedazos,
que viendo en ajenos brazos
el bien que tuve en los mios.
Rey. ¡Ay, Margarita, quién fuera
no un Rey, sino...

Sale CORELLA.

Corella. Ya de tí
murmuran.
Margari. Oye, ¡ay de mí!
Rey. Corella, ya voy.
Margari. Espera:
porque rabiando no muera,
usa de menor crueldad.
Mátame; pues que es verdad
que el dar con alma atrevida
breve muerte á triste vida
es verdadera piedad,
tenla de mí.
Rey. El corazon
rindo ya, y pues te adoro,
mi palabra, mi decoro,
rompe, atropella; depon
mi reino; busque Aragon
otro Rey: vente conmigo
á un monte.
Margari. No, Rey, no, amigo,
no, señor, que mi tormento
significa lo que siento,
mas no sabe lo que digo.
Vete, vete, vete á ser
justo Rey y fiel esposo.
Rey. ¡Ay de mí! ¿tan riguroso
despedir has de tener?
sin mí estoy.

Margari. ¿Pues qué he de hacer
cuando con tan vario brio
en cuanto yo te prevengo
me culpas si te detengo,
y te ofendes si te envío?
¿Quieres que muera callando?
Yo lo haré.

Salen VIQUE, CORELLA *y* MONCADA.

Vique. Señor, señor;
¿no adviertes que tu valor
de tí mismo está temblando?
Véncete á tí. ¿Qué esperando
estás? Ya llega tu esposa.
¿Una pasion amorosa
rinde el sabio corazon
de un Rey? Mira que es accion...
iba á decir vergonzosa.
Perdóname.

Rey. Sufro y callo,
porque debe en buena ley
tener por lisonja el Rey
la reprension del vasallo.
Ya de mi sentencia el fallo
llegó; á Dios. ¡Duros enojos!
tan soberanos despojos
me detienen; ¿qué no harán?
Lenguas son, lenguas de iman
lágrimas de tales ojos.

Ese nudo en tu garganta,
mi bien, es lazo en mi cuello.
Vique. Ya tu esposa... (*Tocan.*)
Rey. ¿Qué es aquello?
Vique. Llega á palacio.
Rey. Que tanta
pena no me acabe espanta.
Fortuna, cruel estás,
pues por instantes me das
golpes tan varios y esquivos;
¿por quién con sones festivos
clamorearon jamás?
Ea, ea, ¡ay desdichada
suerte! pues tal he quedado,
llevadme, llevadme atado,
Vique, Corella, Moncada,
pues será ménos pesada
muerte, ménos desconcierto
y vencimiento más cierto
llevarme los tres con lazos
de piedad en vuestros brazos,
que irme yo en mis manos muerto.
Moncada. Señor.
Corella. Es fuerza el recato.
Vique. Anímate.
Rey. Bien haceis;
ayudadme, pues podeis,
ayudadme á ser ingrato,
pues primero no me mato
que dejar quien viendo estoy

siendo Rey, siendo quien soy,
mudo el labio y muerto el gusto.
¡Ay cielo! ¡ay honor injusto!
alguna vez tras tí voy.

Vanse, y queda MARGARITA.

Margari. ¡Ah cruel! ya el nudo estrecho
que en mi garganta tenía
cesó: la congoja mia
con mi rabia se ha deshecho.
¡Así se mata un amor!
¡así se aplica un consuelo!
No tiene justicia el cielo,
y yo no tengo valor.
¡vive Dios!

Sale ELVIRA, *dama.*

Elvira. ¿Tú voces das,
amiga?
Margari. Pierdo el sentido.
Elvira. Hasta la puerta has salido
de la sala; ¿dónde vas?
Margari. Á que muera mi esperanza
con muerte injusta y sangrienta;
á que publique mi afrenta
mi desdicha y mi venganza.
Elvira. ¿Estás loca?
Margari. Á Dios pluguiera,

pues á estarlo, ¡ay suerte avara!
aunque lo que ves pasara,
lo que siento no sintiera.
¡Ah Rey traidor! ¡ay cuitada!

Sale DON DIEGO.

Diego. ¿Qué hoy es en vos?
Margari. ¿Qué he de hacer?
Diego. ¿Llorar, señora, ó llover?
Margari. Es, señor, ser desdichada.
Perdonad.
Diego. No useis de tanto
desden; no, señora mia,
negueis á la cortesía
lo que prometeis al llanto.
Pienso que sabeis quién soy,
y esto supuesto, mirad
que debo á vuestra piedad
la sangre que á mí me doy;
y si un corazon deshecho
alentase vuestra calma,
entre pedazos del alma
me le sacara del pecho:
y no es grande esta fineza
en mí, que animando el ser,
dos veces os ví crecer
con el llanto la belleza.
Margari. Y así vuestra calidad

y justo agradecimiento
doy al noble ofrecimiento
de vuestra cortés piedad;
mas perdonad si obligada
de mi pena y de mi miedo,
señor, deciros no puedo
más de que soy desdichada.

(Vánse las damas.)

Diego. Jesús, tras habella oido
decir con llanto y dolor
una vez: ¡ah Rey traidor!
decirme ¡pierdo el sentido!
agora en llanto deshecha,
dos veces que es desdichada,
que será en razon fundada
doy la duda á la sospecha.
Honra en ella mal segura
me señala, cielo santo,
su llanto, y tambien su llanto
dá más fuerza á su hermosura;
de suerte que á un mismo peso
un mismo afecto me obliga
á que la huya y la siga.
¿Que haré, pues? estoy sin seso.
Tan contrapuesto rigor
confusamente prevengo:
soy honrado, y amor tengo;
soy amante, y tengo honor;
mas estas dudas y enojos
suspenderé hasta que vea

deshacer nube tan fea
al sol de tan bellos ojos. *(Vase.)*

Salen LOS REYES, DOÑA BLANCA *y* DOÑA ELVIRA, GIMEN, MONCADA *y* VIQUE.

Vique. En la cara el corazon
trae la reina.
Corella. Háse enojado.
Moncada. Anduvo el Rey descuidado.
Vique. Siempre es ciega la pasion.
Rey. Parece que descontento
trae vuestra Alteza.
Reina. ¡Y qué grave! *(Aparte.)*
¿Vuestra Alteza no le sabe?
Rey. Mejor que le sé le siento.
Godin. Desposados de Hornachuelos
Rey y Reina propiamente
parecen.
Blanca. Diversamente,
él tiene amor y ella celos.
Rey. Siempre estaré temeroso
hasta quedar disculpado.
Reina. Ser cortés tan descuidado
quien es tan reciente esposo,
no es desden poco siniestro;
ó para desdicha mia,
cuidado ajeno sería
quizá sin descuido vuestro.

Rey. ¿Qué decís?
Reina. Y si esto es,
hizo bien si á puros lazos
quien os detuvo en los brazos
os puso plomo en los piés.
Rey. En el presumir que ha sido
mi culpa ajeno cuidado,
pensamiento disculpado
habeis, señora, tenido,
tanto, que llega á ser bueno
en vos y de buena ley,
porque el cuidado del Rey
siempre, aunque es suyo, es ajeno;
mas no quedais disculpada
de haber puesto ya en mi fé
tanta duda, porque fué
malicia en vos declarada;
y ansí con justos recelos
temer el fin me conviene
de un casamiento que tiene
tan al principio los celos.

Salen MARGARITA *y* ELVIRA.

Elvira. Dí, ¿qué ha sido el querer verte
la Reina?
Margari. Sin mí me atrevo:
el llanto en los ojos llevo,
y hasta en el alma la muerte.

Sale DON DIEGO *por otra puerta.*

Diego. ¿Qué será el haber mandado
llamarme la Reina?
Rey. ¡Ay cielo!
¿A qué vienen? ¿qué recelo
me sobresalta el cuidado?
Godin. ¡Oh pese á tal! ¿no lo ves?
Blanca. ¿Qué he de ver?
Godin. Esto que pasa:
ya está cabal esta basa,
porque es el juego entre tres.
Margari. A los piés de vuestra Alteza
como me ordenan, señora,
estoy, no merecedora
de besallos.
Reina. ¡Gran belleza!
Pero tú la tratas mal,
pues señalas que has llorado
y lloras. Algun cuidado
te aflige: ¿será mortal?
Margari. Costumbre propia es llorar
una dicha mal segura.
Reina. Pension es de la hermosura,
mas yo la quiero excusar;
levanta si es que mi esposo
me dá licencia.
Rey. ¿Qué ordena?
Margari. ¡Hay tal desdicha!

Rey. ¡ Hay tal pena !
Margari. Muerta estoy.
Rey. Estoy dudoso.
Reina. Pero supuesto que no
me la dá, y con lengua muda
me responde, mientras duda
podré tomármela yo.
Rey. Señora.
Diego. Soy desdichado.
Reina. Oid.
Margari. ¿Hay más que me suceda?
Reina. Don Diego de Melo hereda
en Portugal grande estado,
y es mi cercano pariente.
Diego. Hónrame así vuestra Alteza.
Reina. Parecióle tu belleza
con razon divinamente;
prometíle que te haria
su esposa, y haslo de ser,
porque yo no he de tener
perpétuamente alegría
en mi boda, sin que efecto
tenga primero la vuestra.
Godin. Acabóse; dientes muestra
la Reina.
Blanca. El Rey es discreto.
Margari. Señora, para tan corta
dicha ¿ tan gran brevedad?
Rey. El casarse es voluntad,
y no fuerza.

Reina. Poco importa:
dále la mano.
Diego. Mal sabe
lo que...
Reina. ¿Dudas?
Diego. ¿Qué he de hacer?
Rey. ¿Quién se puede resolver
tan presto á cosa tan grave?
Cuerdo es don Diego, y en esto
procede como cortés.
Reina. Vuestra pasion no lo es,
pues se declara tan presto.
Rey. Es hija de vuestro enfado,
y de mi pena tambien.
Don Diego, conmigo ven.
Diego. Á morir en mi cuidado.
Reina. Ya esta ofensa es, siendo mia,
por descortés desdichada.
Godin. Será la primer casada
que lo advierte el primer dia.
Rey. ¡Qué desabrido morir! *(Vánse.)*
Margari. ¡Qué pesadumbre tan grave!
Godin. Con vueltas cierra esta llave;
difícil será de abrir.
Reina. Ios todos, dejadme sola.
¡Margarita!
Margari. ¡Hay tal rigor!
Godin. Celos tiene, y lo peor
de los celos es la cola. *(Quedan solas.)*
Reina. Margarita, ten sosiego,

no te aflijas.
Margari. ¡Muerta estoy!
Reina. Que un cuerpo de sangre soy
aunque con alma de fuego.
Sé que el Rey te adora á tí
con vínculos de amistad;
no te turbes, dí verdad,
no receles, verdad dí;
que tú no me has ofendido
claro está, pues en tu intento
tu culpa á mi casamiento
tan antecedente ha sido.
Dí que hay en esto, y advierte
que en mi hallarás prevenida,
si dices verdad, mi vida;
y si mentira, tu muerte.
Margari. Señora, escucha, pues mandas
que desdichas y verdades
salgan de mí tan valientes,
como estuvieron cobardes;
y perdóname si dando
á congojas libertades,
en tus respetos tropiezan
y en mis desventuras caen,
porque yo entre tantas penas,
porque yo entre tantos males,
que son porque fueron mios
ya tan fuertes, ya tan graves,
estoy turbada y confusa
clamando al cielo en el aire,

como el que se arroja al mar
porque se abrasa la nave;
como el que todas las puertas
de la casa que se cae
ve impedidas, y se arroja
de la ventana á la calle;
como el que se ve cercado
y opreso por todas partes,
que á los mismos que le hieren
les convida á que le maten;
y como mujer al fin
que se rinde, porque sabe
que en ella misma castigan
los agravios que le hacen.
La Reina doña Leonor
de Aragon, felice madre
del Rey, que en tus brazos goc
eternas felicidades,
me crió desde tan niña,
que no es posible acordarme,
pues que entónces era en mí
sólo de leche la sangre,
dando causas á este extremo
ser yo nieta de un infante
de Aragon, y honrar mi casa
con parentesco tan grande.
Tu esposo, áun no Rey entónces,
y yo, compitiendo edades,
en dos inocentes almas
unimos un gusto amable,

tanto, que admiraba el ver
en nosotros siempre iguales,
sobre apetitos pueriles,
amorosos disparates.
Estas ternezas, por niñas,
aunque en algunos llegasen
á pronosticar el daño,
se aplicaron al donaire;
pero al paso de los dias
crecieron las voluntades,
aunque si en el ser conformes,
no en la providencia iguales;
pues él daba por rendirme
á mis recatos combates,
y yo para defenderme
esforzaba el recatarme.
Mas ¡ay Dios! como él seguia
amorosas libertades,
cuanto más hallaba en mí
resistencias importantes,
tanto se esforzaban más
sus deseos, sus pesares,
fiando á escándalos libres
piadosas felicidades;
las noches en el terrero,
adonde le oí quejarse
con suspiros animados
de sufrimientos cobardes;
los dias por las campañas,
por no alborotar las calles,

con voces que hasta los cielos
se subian por los aires.
Así entre el sol y la luna
dividia palpitantes
quejas, que escuchaba yo
con el alma, media parte
de la suya: esta inquietud
adivinaron sus padres,
viendo en su color perdido
su salud poco constante.
Quisieron ¡ansí pudieran!
con prevenille curalle,
mas no bien piadosamente
se curan heridas grandes,
y así importó el reprehendelle
solamente para dalle
á la esperanza más fuego,
y al pensamiento más aire.
Previno esfuerzo mayor,
con más brío; dió señales
de loco en las amenazas,
y de cuerdo en las piedades;
descompuso diligencias,
buscó medios, llegó á trances
que por descubrir extremos
emprendió temeridades;
juntó el amor al poder,
y tuvo en mí de su parte
el corazon que del pecho
le rindió todas las llaves,

pues de resistir cansado
contrarios tan vigilantes,
y asimismo que fué más
al penúltimo combate,
que fué darme en un papel
fé y palabra de casarse
conmigo; ¡ay Dios! quedé yo
tan rendida, tan cobarde
(con qué vergüenza lo digo),
que en dando á mi falso amante
el primer favor, despues
ninguno pude negarle.
Duró nuestro amor siete años,
para que de él resultase
al mundo una prenda suya
que áun no llega á seis cabales;
mas ni estas obligaciones
ni otras muchas fueron parte
en mis entrañas exentas
y en sus ojos memorables
con lágrimas de los mios
para que no ejecutase
su casamiento contigo,
dando por excusa fácil
el ser rey y no poder
eximirse ni excusarse
de seguir el comun gusto
de sus vasallos leales.
Mientras se anduvo en el trato,
fué fácil cosa engañarme

con dudas en el suceso
y en el engaño erueldades.
Mas cuando supe (perdona)
que venías á casarte
con quien en fé de mi esposo
se preció de ser mi amante,
tomé el cielo con los dientes,
presté al sol escuridades,
de fuego arrojé suspiros,
lágrimas lloré de sangre,
injuriéle por injusto,
despreciéle por mudable,
pedíle por lo piadoso,
supliquéle por lo grave,
que para que al mundo fuese
mi afrenta ménos infame,
me escondiese entre paredes
ó entre aceros me matase.
No quiso, para estrenar
contra mí rigores tales,
ni olvidarme, ni quererme,
ni esconderme, ni matarme;
y ansí yo, viendo que en mí
no hay ya paciencia que baste,
tormento que no me aflija,
y pena que no me acabe,
puesta á tus piés (de tus manos
me fio, guárdame), sabe,
si es que del Rey celos tienes,
que te importa que me guardes.

Envíame á un monesterio,
ó ponme, señora, en parte
donde ni áun resquicios solos
den sol á mis soledades;
aunque pues ves mis congojas
cuán justas son, y pues sabes
cuánto tienen mis desdichas
de crüeles y de infames,
más generosa piedad
será en tí para excusarse
de que mis culpas te ofendan,
que tus castigos me maten.

Reina. Levanta, no te congojes,
no te aflijas, que me partes
el alma, pudiendo más
que ofenderme lastimarme.
¿Dónde está tu hijo?

Margari. El Rey,
señora, sólo lo sabe,
que áun ese consuelo mio
gustó siempre de negarme.

Reina. Margarita, cobra aliento,
y advierte que el confiarte
de mí, alentando congojas
para decirme verdades,
me ha obligado sumamente;
y así, para asegurarme
no pretendo entre paredes
esconderte ni cerrarte;
en mi casa he de tenerte

y á mi lado, pues no hay parte
donde más segura estés
del Rey y sus libertades.
Tú has de ser privanza mia,
con palabra de allanarte
á cualquiera gusto tuyo
severas dificultades.
Mi compañera has de ser:
tan conformes, tan iguales,
tú y yo en todas las acciones,
que unas á otras se llamen.
Pero advierte que si tratas
de proceder como ántes
con el Rey, te juro al cielo
que mis pensamientos sabe,
que yo con mis propias manos
cruelmente he de matarte,
aunque despues, de ofendido,
mezcle él Rey nuestras dos sangres.

Margari. Señora, tanto me obligas,
que á morir puedo obligarme
por no ofenderte, y ansí
no me atrevo á replicarte.

Reina. Comienza á ser alma mia.

Margari. Esclava tuya me haces.

Reina. ¡Qué remedio tan dichoso!

Margari. ¡Qué desventura tan grande!

FIN DE LA JORNADA PRIMERA.



SEGUNDA JORNADA.

Salen el REY, DON DIEGO, VIQUE *y* CORELLA.

Rey. ¡Qué pena, qué sentimiento
tan cruel!
Vique. Aquí sentado
descansa.
Rey. No es mi cuidado
para tomalle de asiento;
dejadme con mis porfías,
pues no importa en mi opinion
que los que tan mios son
entiendan flaquezas mias.
Aunque en Nápoles respetos
me pedian mis pasiones
amorosas, las acciones
de la guerra y los efectos
de mis pasadas memorias
los pensamientos vencian,
y mis penas divertian
al paso de mis victorias;
pero há un año que volví,
y en todo él, como agora,
estoy tal, que cada hora

es un siglo para mí.

Corella. Has visto tanto papel,
que te has melancolizado
más.

Rey. Ese justo cuidado
nunca excuso, aunque es cruel;
porque obligacion primera
es de un rey y no excusalla
debe, aunque en propia batalla
de otros pensamientos muera.
Vique, aquellos memoriales
que consultados dejé,
dad á sus dueños.

Vique. Haré
lo que mandas.

Rey. Son mortales
mis ánsias; y tú, Corella,
á la causa de mi agravio
dile mi mal como sabio,
vence en mi nombre su estrella.
Lo que tratado tenemos,
dí, amigo, ¿no lo harás?

Corella. Mis diligencias verás
competir con mis extremos.

Rey. Para salir á campaña
ten prevenido.

Vique. Iré luégo,
señor.

Rey. Ve. ¿Viste, don Diego,
pena en un Rey tan extraña?

¿En quién puede verse, en quién?
D. Diego. Con lástima y maravilla...
Rey. Llega, llega esotra silla;
pero en ninguna estoy bien,
porque todas tienen fuego
para mí de ánsia amorosa.
Don Diego, ¿no es muy hermosa
Margarita? dí, don Diego.
D. Diego. Si no un cielo, señor, es
una celestial figura,
que muchos cielos apura
desde el cabello á los piés.
Rey. ¿No te tuvo muy rendida
el alma?
D. Diego. Si me atreviera
á tu respeto, dijera...
Rey. No importa; dí, por mi vida,
pues tal vez la simpatía
del gusto engendra amistad,
supuesto que la lealtad
se anteponga á la osadía.
D. Diego. Conjurado de esa suerte,
diré que cuando sin mí
con su desmayo la ví
dando belleza á la muerte,
quedé tan apasionado,
que aunque despues á la nube
de su bello sol estuve
de mi sospeeha avisado,
pienso temblando el temor

que á no hallar contrariedad
de tu gusto en mi lealtad,
atropellara mi honor;
pues agora á mi fé altiva,
aunque en tu decoro veo
muerto mi amante deseo,
doy inclinacion tan viva,
que faltando en su querella
mi honor, todo cuánto en mí
no fuera ofenderte á tí,
fuera cierto hacer por ella.

Rey. ¡A cuánto me has obligado!

D. Diego. Hechura soy de tus piés.

Rey. Eres al fin portugués
en lo tierno y en lo honrado.
Don Diego, ¿qué prevenciones
haré, pues la Reina ¡ay cielos!
de Margarita los celos
convierte en obligaciones,
siendo toda su privanza,
dándola todo su ser?
¡Qué extraño modo de hacer
infelice mi esperanza!
pues ella tanto previene
esta obligacion, que en calma,
aunque me tiene en el alma,
deja la que á mí me tiene.
He sabido que mi esposa
en que sea tuya insiste
Margarita.

D. Diego. ¿Y no supiste
que es por constante dichosa
mi lealtad ?
Rey. Todo lo sé,
y en su confianza quiero
que tú seas mi tercero.
Oye.
D. Diego. Tu esclavo seré.
Rey. A la sombra de tu amor,
pues la reina le consiente,
procura industriosamente
dalle este papel.
D. Diego. Señor...
Rey. Calla ¡ay Dios! ¡Notable extremo
de la reina! ¡Ay! mis despojos
bellos, el sol que en tus ojos
estoy adorando temo.

Salen la REINA, MARGARITA, BLANCA *y* ELVIRA.

Margari. Sabe el cielo qué corrida
voy á esto.
Reina. Ve contenta.
Margari. Pues mi disimulo aumenta
mi dolor, iré perdida.
Reina. Verás lo que fio agora
de tí, pues á velle vengo
contigo.
Margari. El alma prevengo
para esa merced, señora.

Reina. En los ojos la has de ver
si es cómplice en los amores
que alienta el Rey; son traidores
los celos, y soy mujer.
Blanca, ayúdame á mirar
lo que sabes.

Blanca. Yo te asisto
advertida.

Margari. ¡Quién ha visto
con favorecer matar!

Sale GODIN.

Godin. Gran visita, caso nuevo;
de aquí acecho, ¿qué habrá sido?
Ya parece el Rey marido
de dos yemas como huevo.

Reina. ¿Tanto puede la tristeza
en vuestra Alteza, señor?

Rey. Es costumbre, es poco amor
de propia naturaleza;
pero vuestra Alteza es parte
á vencella.

Reina. Mi advertencia
no perdona diligencia
ninguna por alegrarte,
Rey mio, y ansí he venido
con mis damas.

Rey. Un cabello
tuyo bastara.

Reina. Lo bello,
cuando es mucho, es más lucido.
Sola una planta no apura
los deleites de un jardin;
que la variedad en fin
es alma de la hermosura.
Rey. Con esta ocasion despojos
dan á tan inútil calma.
Margari. Con rayos de fuego al alma
me está volviendo los ojos;
más no podrá.
D. Diego. ¡Qué prevista
es Margarita! ¡Qué cuerda!
No dá lugar que se pierda
sólo un rayo de su vista.
Reina. Al fin, Rey, te divertiste
con mirallas: ¡qué pesar!
Rey. No lo hiciera á no tomar
la licencia que me diste.
Reina. Y que descompuestamente
la tomas: ¡qué desventura!
Godin. Por Dios, que la miradura
anda cobarde y valiente;
salir quiero á despartilla.
Margari. Es infelice mi estado.
Blanca. De Margarita el cuidado
es extremo.
Elvira. Es maravilla.
Rey. ¿Qué hay, Godin?
Godin. Mucho por Dios,

pues nueva ley nos previene
de que el marido que tiene
una mujer, tenga dos,
con tal que ninguna dé
lugar de traelle suegra.
Si con esto no se alegra
el Rey, no sé yo con qué.

D. Diego. Malicioso, picaron.

Rey. Si me aseguran los cielos
que ninguna tenga celos,
causas de alegrarme son.

Reina. ¡Qué poco amor te tuvieran
sin celos!

Rey. Más me obligaran.

Margari. ¿Y sin tenellos amaran? *(Aparte).*
Dichosas mujeres fueran.

Godin. Los amorosos desvelos,
siempre para ser valientes,
son hijos intercadentes
de la envidia y de los celos;
por celos y envidia en mí
dos grandes sucesos mira.

Reina. Dilos.

D. Diego. Alguna mentira
será tuya.

Godin. Creo que sí.
En Nápoles, donde estaba
yo tan galan como el sol,
y á caballero español
olia porque engañaba,

un dia esperando el fallo
de una dama, y por buscalle
paseándole la calle
en un botador caballo,
la vide que en la ventana
leyendo estaba un papel;
y como indicios con él
me dió de ser casquivana,
quise saber su cautela;
y al saludalla, no en vano
señalé al napolitano
con la vara y con la espuela.
Él botó, y tanto subí
con el hipogrifo en pié,
que á emparejalla llegué,
y medio papel leí;
mas no viendo la verdad
entera, al volver, un salto
dí en el caballo tan alto,
que leí la otra mitad;
con que quedé satisfecho
de los celos que tenía,
y ella vió la bizarría
de mi boto y de mi pecho.

D. Diego. ¿Hay mentira tan extraña?
Blanca. Buen picaron.
Elvira. Socarron.
Godin. De envidia en otra ocasion
hice otra notable hazaña.
Dos noches más adelante,

viendo en un festin de fama
danzar con la misma dama
un hombre medio gigante,
túvele envidia, y despues
yo al danzar, mal satisfecho
de ver tan menor el trecho
de mi cabeza á mis piés,
esforcéme, y, al compás
de mi ligereza rara,
dancé con ella una vara
alto del suelo, y áun más.

D. Diego. ¿Cómo á tu despecho añades
mentiras tan extremadas?

Godin. Porque despues de inventadas
pienso que fueron verdades.

Reina. ¡Qué divertido, qué ciego
mira el Rey á Margarita!
Celosa estoy, infinita
es mi pena, soy de fuego.
Vete, vete, que aunque abono
lo que en tu lealtad merezco,
tus recatos agradezco
y mis celos no perdono;
mira mucho tu belleza
mi esposo, y yo moriré
de congoja.

Margari. Voy, y haré
lo que manda vuestra Alteza.

Reina. Mucho el mal en el semblante
se te parece encendido,

color tuviste y perdido
le tienes ya.

Rey. No es constante
mi salud.

Reina. Mide el desvelo,
haz cama, cuidado emplea.

Rey. De campo quiero que sea,
que tenga por cielo el cielo,
porque mi melancolía
anchuras pide. ¿Está ya
prevenido?

Moncada. Ya lo está.

Reina. Aunque tan á costa mia,
¿quieres que mande volver
á Margarita?

Rey. ¡Qué enfado!
Soy marido desdichado.

Reina. Soy ofendida mujer.

Moncada. Bravamente se inquïeta
la Reina.

D. Diego. El Rey vá perdido.

Godin. Algun demonio atrevido
entre los dos se entremeta.

(*Vánse todos los hombres.*)

Reina. Blanca, escucha; vete, Elvira.

Blanca. No estés señora tan triste.

Reina. Blanca, pues mis celos viste,
por mis desventuras mira;
disponte, acecha y verás
si al Rey que la solicita

corresponde Margarita
con el aliento no más;
pues el dia que perciba
que es en mi ofensa culpada,
pues ve que soy desdichada,
verá que soy vengativa.
No te descuides.

Blanca. No haré,
pues cuanto estoy envidiosa
de su privanza, curiosa
para su daño seré;
pequeñas culpas verán
hechas gigantes mis ojos
en ella.

Reina. Pues mis enojos,
sin celos, muertes serán.

Vánse y sale GALINDEZ, *vejete.*

Galindez. ¿Si hallaré á don Gimen Perez
Corella? Siempre encantado
cuando vengo y cuando voy
me parece este palacio.

Sale GODIN *por otra parte.*

Godin. Bueno es el vejete; ¿dónde,
honrado viejo?

Galindez. Buscando
voy quien me haga favores,
y hallé quien me dice agravios.

Godin. ¿Qué agravios?
Galindez. Llamarme viejo
¿qué fué? y en tiempo tan malo,
que el honrado majadero
parece, llamarme honrado,
¿qué ha sido?
Godin. Humor tiene el hombre.
Galindez. De cierto negocio trato.
Godin. ¿Con quién?
Galindez. Con don Gimen Perez
Corella, y quisiera hablallo.
Godin. Mal venís, porque esto es
embocadero del cuarto
de la Reina.
Galindez. ¿Y vos?
Godin. Portero.
Galindez. ¿Portero?
Godin. ¿Habeislo dudado?
Galindez. ¡Portero y tan pocas barbas!
Godin. Mas adentro hay otros cuatro,
que como por grados son
uno más que otro barbados;
tanto, que el postrero llega
con la barba al suelo, y cuando
sale la Reina, le va
barriendo de paso en paso,
el que pisan sus chapines
con ella.
Galindez. Tendreis ogaño
gran cosecha de mentiras

á quien yo aborrezco tanto;
dejaldas.

Godin. Esto es verdad.

Galindez. Sea ó no sea, guiando
me id, por Dios, para que pueda
hablar con este privado
del Rey, porque esta gran casa
que en Valencia la llamamos
el Real, tiene más piezas
que dias hay en el año,
y siempre en ella me pierdo,
siendo para mi otro tanto
que un laberinto de Creta.

Godin. Es el vejete extremado.
Pues algunos aposentos
que no habeis visto, milagros
esconden: el uno de ellos
esparcido y triangulado,
donde el Rey por las mañanas
suele lavarse las manos,
tiene una fuente que surte
en una Vénus de mármol
por cuantas partes resuella
y evacua un cuerpo humano;
de diamante es su cabeza,
de carbuncos son los rayos
de sus cabellos, jacintos
son sus ojos, de topacio
su pecho, sus largas uñas
de oro son, y crecen tanto,

que las ví arañar la luna
con solo alargar el brazo.

Galindez. Callad, callad, vive Dios,
¡Jesus que mentir extraño!
Dejadme pues.

Godin. Escuchad
lo que este edificio vario
tiene más: en cada dama
tiene del cielo un milagro.
Hay una cuyos cabellos
le llegan á los zapatos,
y los entiesa y enriza
como una cola de pavo,
con que arrojando cohetes
ciega al sol de cuando en cuando;
otra hay que canta tan bien
que un jumento, que en el prado
pacia, la oyó, y corriendo,
gruñiendo y orejeando
esa escalera subia
por oilla. Hay otro bravo
extremo en otra; tan bellos
los ojos tiene y tan claros,
que en un aposento á escuras,
si los abre, está alumbrando
como una antorcha.

Galindez. Esa dama
mejor era para gato.

Godin. Hay dueña que se santigua
con el pié: ved que retablo

será en cueros.

Galindez. Calla hombre,
que me estoy desbautizando
de oirte tantas mentiras;
no ví tal, habiendo andado
medio mundo.

Godin. Tú no diste
con ser viejo tantos pasos
como yo he dado en el mundo.

Galindez. Eso no, yo ví los campos
de África, Italia, y Flandes,
y Alemania; he navegado
todos los mares.

Godin. Yo estuve
en el Ártico y Antártico,
tan cerca del sol, que pude
con el sombrero tapallo,
y de lástima del mundo
le dejé esparcir sus rayos.

Galindez. ¡Jesus, Jesus! ¿quién tal dijo?
Señores, está borracho
este hombre; por no escuchalle
no entraré más en palacio.

Godin. Oidme otro poco.

Galindez. Oh! pese á
mi linaje...

Godin. Espera un rato.

Sale CORELLA.

Corella. Galindez.

Galindez. Señor, me está
desvaneciendo y matando
con mentiras.
Corella. ¿No sabeis
quién es?
Galindez. En la cuenta caigo,
es el bufon mentiroso.
Corella. Ese mismo.
Galindez. Pues digamos
de conformidad mentiras,
supuesto que no las gasto.
Godin. Norabuena.
Corella. Y esperadme
en el corredor entrambos.
Godin. Yo os enseñaré á mentir,
buen viejo.
Galindez. De viejo abajo
cuanto quisiérdes decid.
Godin. Idme oyendo.
Galindez. Idme escuchando.

Vánse GODIN *y* GALINDEZ, *sale* MARGARITA.

Margari. Temo á la Reina, y si viene
¿qué haré yo?
Corella. Aunque la privanza
soy del Rey, tal confianza
en lo que la sirvo tiene,
que sin sobresalto y miedo,
pues me ha mandado llamar

como suele, puedo hablar
contigo aquí.

Margari. ¿Y yo qué puedo?
Don Gimen Perez Corella,
¿qué me quieres?

Corella. Que piedad
tengas del Rey, pues crueldad
es tuya hallarte sin ella;
mira que pasa de un año
que de Nápoles volvió,
y en tus ojos sólo vió
despierto su desengaño;
mira que de pena muere.

Margari. ¿Y quién la culpa ha tenido
de su desdicha?

Corella. Él ha sido,
claro está.

Margari. ¿Pues qué me quiere?
Pues él fué tan poco sabio
que la trató como ajena,
sufra como yo su pena,
sienta como yo mi agravio.

Corella. Si encaminas tu rigor
á castigo ó á mudanza,
eso en tí es justa venganza,
y si nó, perdido amor.

Margari. ¡Yo á venganza! ¡Yo á castigo
aspiraré en recompensa,
cuando en mi es favor la ofensa
de mi adorado enemigo!

no, Gimen Perez, más llanos
pasos doy, pero ya ves
que grillos pone en mis piés,
esposas pone en mis manos;
del todo me ha cautivado
la Reina, ya mi jüez,
con mi palabra una vez
y mil veces con su agrado.
¿qué haré? ¿No será rigor
de fé injusta y suerte vária,
al ser quien soy, ser contraria
tantas veces de mi honor?

Corella. ¿Y qué mayor desconcierto
puede haber en propia ley,
que estar por tu causa un rey
entre sus pesares muerto,
dejando tú de obligarte
á valelle?

Margari. Dices bien;
cállate, que yo tambien
soy en eso de tu parte,
porque cuando vi que hacia
la mansedumbre feroz,
y en el metal de su voz
noté su melancolía,
y cuando á hurto en su enojo
vi á costa de mi dolor
trasponérsele el color
de lo pálido á lo rojo;
por alentalle la calma,

por divertille el despecho,
diera la sangre del pecho,
diera la vida del alma.
Pero ¡ay Dios!

Corella. Pues no procura
ni piensa de aquí adelante
llevar como ciego amante
despojos de tu hermosura,
sino, tal vez por despojos,
cuando se abrasa en tus hielos,
valerse de tus consuelos,
consolarse con tus ojos;
dale lugar, sea suya
tu piedad, pues en llegando
á tenelle, en don Fernando,
verás una imágen tuya.

Margari. ¡En mi hijo¡ ¡Ay! ¡quién le diera
un beso en cada suspiro!
¡qué tiernamente le miro
con el alma! ¡Oh quién le viera!
¿dónde está?

Corella. Por cuenta mia
corre su oculta crianza.

Margari. Y de velle, mi esperanza
¿podrá lograrse?

Corella. Podria
si al Rey das lugar.

Margari. ¡Ay Dios!
ese venturoso empleo
ya, Gimen, ya le deseo

por mí misma y por los dos.
Pero Blanca, camarera
de la Reina, es guarda mia,
vigilante noche y dia,
y el fiarme de ella fuera
peligroso atrevimiento,
y sin su medio ha de ser
cosa imposible el poder
lograr tan buen pensamiento.

Corella. Quizá con las confianzas
mias, porque tuyas son,
dará á mi gusto ocasion
y paso á tus esperanzas;
déjame á mí que con ella
trate de esto.

Margari. No osaré
vello: con dudosa fé,
grande amor y mala estrella,
mira bien...

Corella. Pierde cuidado.

Margari. Ea, amor, con fé constante
muera en tu paz el amante
como en su guerra el soldado.

Vase MARGARITA *y sale* BLANCA.

Corella. Que bien lograda esperanza.

Blanca. ¿Cuya?

Corella. ¿Cuya ser podia
siendo tuya sino mia?

Blanca. Estimo tu confianza,
por mi parte bien segura:
¿qué cuidado te ha traido?
Corella. Señora, el primero ha sido
el que debo á tu hermosura;
y luégo á que sepas cuanto
con luz ciega y fé constante
ama el Rey, pues más amante
soy que el Rey con serlo tanto
para que así me prometa
que oculto lugar le des
de ver su dama, y estés
muda pues eres discreta;
y de tu cordura arguyo
que harás tu valor piadoso,
porque el Rey es poderoso
y yo soy esclavo tuyo.
Blanca. Voime, que pasos oí,
más pues soy tan tuya, advierte
que no puedo responderte
otra cosa sino sí.
Corella. Habla, pues, con Margarita.
Blanca. Sí haré. Avisando primero
á la Reina. *(Aparte.)*
Corella. En tí considero
mi confianza infinita.
Voy seguro. *(Váse.)*
Blanca. Al ménos vas
engañado en mis desvelos,
pues de la Reina á los celos

y á mi envidia debo más.
Señora...

Sale MARGARITA.

Margari. Amiga, tal vengo
que no es mucho te señalen
las colores que me salen
la gran vergüenza que tengo.
Blanca. Dí, no lo dudes, pues ves
que soy tuya.
Margari. Escucha, ¡ay cielo!
Pero don Diego de Melo
nos lo impide: hasta despues.
Blanca. Pienso que con él te envia
un recado mi señora
la Reina.
Margari. La pena agora
depongo en la cortesía.

Vase BLANCA, *sale* D. DIEGO.

D. Diego. Ya conozco el enfado
con que soy recibido;
pero á ser atrevido
la Reina me ha obligado;
espera.
Margari. A mi tristeza
le dais diverso nombre.
D. Diego. ¡Gran belleza!
¿Cómo estais?

Margari. Con perdida
salud, de causa triste
que en el alma consiste.
D. Diego. Señora, vuestra vida
teneis poco segura,
si es grave enfermedad gran hermosura;
pero la que en vos veo,
aunque es tan rigurosa,
es sólo peligrosa
para el comun deseo;
pues con gloriosas penas
mata sin propio sér vidas ajenas.
Bien mi experiencia mide
sus divinos despojos,
pues vos la huis los ojos
con que flechas despide;
y con todo es tan cierto,
que sin querer matarme me habeis muerto.
Más ¡ay! ¿qué estoy diciendo?
Margari. Si no es más el recado
que la Reina os ha dado,
decilda que lo entiendo;
pero con nuevo brío
vuelvo por vuestro honor y por el mio.
D. Diego. Oidme, estuve loco,
disculpá al haber sido
traidor otro sentido;
oid, esperá un poco,
dad á mi sentimiento,
lo que os digo escuchad, no lo que siento.

Otra cosa venía
á deciros agora,
más como en vos, señora,
ostentó el alma mia
tan divinos despojos,
dí á la boca el impulso de los ojos;
y cuanto ellos miraban
iba diciendo ella,
porque cada centella
de los vuestros llegaban
á poner en olvido
lo que os iba á decir: estoy perdido.
Otra vez me divierte
el mismo extraño efeto;
en vano me prometo
el ser leal y verte;
estoy, pues nada es parte,
por sacarme los ojos para hablarte.
Pero el semblante bajo,
probaré si es posible
pasar con fé invencible
tan peligroso atajo,
dándote este billete
de la Reina.

Margari. Mil dudas me promete
si en él ¡ay cielo santo!
capitula el intento
de este mi casamiento
que ella procura tanto.

D. Diego. Advierte que con ella

no has de comunicalle.
Margari. ¡Injusta estrella!

Sale BLANCA *al darle el papel.*

Blanca. Un papel le dió agora.
Margari. ¿Qué es esto?
Blanca. Ya, don Diego,
te esperan.
D. Diego. Amor ciego,
mi lealtad vencedora,
porque sirva de ejemplo,
escrita en bronce colgaré en tu templo.

Vánse D. DIEGO *y* BLANCA, *sale el* REY.

Rey. Oyes.
Margari. Señor.
Rey. Mi ángel bello.
Margari. Perdóname.
Rey. No es razon
perder agora ocasion
de tan hermoso cabello;
déjame, pues la he buscado,
gozalla.
Margari. ¿Qué haré, pues veo
que me obliga tu deseo
y me mata mi cuidado?
Rey. No temas, espera, advierte.
Margari. Yo no temo, estoy perdida,

el peligro de la vida
porque soy la misma muerte,
pero obligacion tan mia
en la Reina y mi enemigo,
(¡y que grande!), si contigo
me viese ¡ay Dios! ¿qué seria?

Rey. Busca, pues, otro lugar
donde te hable y te vea.

Margari. Si haré.

Rey. Advierte que no sea
esto temer y engañar;
mira que sin alma vengo
á estar, de tu vista ausente.

Margari. Aunque peligrosamente,
ya le busco; y si le tengo,
don Jimen Perez Corella
te avisará.

Rey. Puede ser.

Margari. Pero si puedes hacer
felice en algo mi estrella,
procura que tenga efeto
ver yo á Fernando ese dia,
prenda tuya y alma mia;
¿no lo harás?

Rey. Yo lo prometo.

Margari. Dame la mano.

Rey. Detente.

Margari. ¿Porque la huyes de mi?

Rey. La Reina viene.

Margari. Nací
para morir tristemente.

Sale la REINA *al pedille la mano.*

Reina. Valgame Dios ¿es antojo
ó es cierto?
Rey. Infelice soy.
Reina. Mucho haré, mucho, si doy
mi disimulo á mi enojo.
Margari. Parece que en mi cabeza
cayó un monte.
Rey. Reina mia.
Reina. Señor mio ¿no queria
ir á caza Vuestra Alteza?
Pero ¡qué necia razon
dije viendo lo que pasa!
que los cuartos de esta casa
son sus bosques ¡qué traicion!
Rey. Señora, menos aceros
en las palabras mostrad,
pues yo vine, esto es verdad,
á no partirme sin veros;
que como os dejé enojada
me pareció que seria,
no veros, descortesía,
ántes de irme.
Margari. ¡Ay desdichada!
Reina. Y para eso convino
que Margarita...
Margari. ¡Qué siento!
Reina. Para entrar en mi aposento

os enseñase el camino.
Vamos, hablareos en él.

Rey. Dareos yo satisfaccion.

Reina. Mis celos mortales son.

Rey. Y mi desdicha es cruel.

Reina. Y tú entretanto comienza
á ver, aspira á pensar
una mentira que dar
para velo á tu vergüenza. *(Vánse los Reyes.)*

Margari. ¿Qué he de pedir sino muerte
para mi vida, pues veo
que se pierde en mi deseo
cuanto procuro en mi suerte?
¡Que una vez sola que osé
atreverme, á este suceso
me obligase! Estoy sin seso,
vivo sin alma ¿qué haré?

Sale el Infante DON FERNANDO *de nueve años.*

Fernando. Aunque les pese he de entrar.

Port. 1.º Dejalde.

Port. 2.º Da á su hermosura
donaire.

Margari. ¡Bella criatura!

Fernando. Con la Reina quiero hablar.

Margari. ¿Si es algun ángel que envia
para consolarme el cielo?

Fernando. Esta es, daré al pañuelo
el llanto. Señora mia.

Margari. ¿Qué teneis? ¿Qué os da cuidado,
hermoso niño?
Fernando. Señora...
Margari. ¿De qué llorais?
Fernando. Lloro agora
con rabia de haber llorado;
que un hombre solo de amor
ha de llorar ó de rabia,
pues si es de otra cosa, agravia,
con su llanto, su valor.
Margari. ¡Ay que sal! ¿Qué otra ocasion
os obliga? ¡Hay tal despejo!...
Fernando. Hijo soy de un pobre viejo
de maldita condicion.
Envióme por vino, fuí,
y al volver, con otro niño
con quien de ordinario riño,
por cosas de honor reñí.
¿Qué hago pues? de aquí le agarro
y dándole con presteza
con el jarro en la cabeza,
vierto el vino y quiebro el jarro.
Temí que de esto mohino,
mi padre me azotaria,
y pensé á quien pediria
para el jarro y para el vino.
Apuré que en buena ley
ningun hombre honrado abona
el pedir á otra persona
que no sea Reina ó Rey;

y ansi yo, porque en mí reina
la altivez en su lugar,
no me quise sujetar
menos que al Rey ó á la Reina.
Si es la Reina vuestra Alteza,
deme dos reales, que yo
se los serviré.

Margari. ¿Quién vió
tal donaire y tal belleza?
Consolando mis enojos
tanto alienta el alma mia,
que lágrimas de alegría
doy de mi pecho á mis ojos.
De esta edad debe de ser
mi Fernando, ¡Oh, quien le viera!
y aunque estoy tal, me tuviera
por venturosa mujer.
¿Quién es vuestro padre?

Fernando. Es Galindez, un pobre hombre.

Margari. ¿Y vos?

Fernando. Tomé de su nombre,
y Galindillo me llamo.

Margari. ¿Dónde está?

Fernando. Junto al mercado
cintas clava.

Margari. ¿Ay gracias tales?

Fernando. Deme presto los dos reales,
ó doyme por azotado.

Margari. Tomad, eso no os aflija.

Fernando. Es muy cruel el viejote.

Margari. Decidle que no os azote
por señas desta sortija,
y volvé á verme.
Fernando. Haré yo
lo que debo.
Margari. Estremos tiene.
El Rey con la Reina viene.
Fernando. ¿No es ella la Reina?
Margari. No.
¡Con qué vergüenza la espero!
Rey. ¡Oh quién hablalla pudiese? *(Salen los Reyes.)*
Reina. Con un niño está. ¡Si fuese
su hijo! De envidia muero.
Fernando. No siendo la Reina, clama
mi engaño.
Margari. Oid ¿como ansi?
Fernando. Señor Rey, pague por mi
esta sortija á esta dama.
Creyendo ser Reina, agora
de su mano la tomé;
pero ya despues que sé
que es la Reina esta señora,
que me engañó considero,
y ansi por más que me haga
caricias, si no la paga
un Rey, por mí no la quiero;
porque tengo por bajeza
el recibir de persona
que no tenga la corona
de Aragon en la cabeza.

Rey. ¡Notable niño! á mis ojos
llama sangre de mi pecho.
Reina. Su estrañeza me confirma
en la sospecha que tengo.
Rey. Yo la pagaré por vos,
dádsela á la Reina.
Reina. Un reino,
vale esta prenda.
Fernando. Señora,
con dártela me contento.
Reina. ¿Cuyo tan lindo rapaz
es, Margarita?
Margari. Dél mesmo
supe cuando aquí se entró
que era hijo de un buen viejo
que de su trabajo vive.

Sale CORELLA, GALINDEZ *y* GODIN.

Corella. Alguna desdicha temo.
¿Cómo vino aquí?
Galindez. Es un vivo
azogue el rapaz travieso.
Godin. Tras dél me voy porque gasta
lindo humor el vejezuelo.
Reina. Con ciento y aun más diamantes
este os pago; de más desto
mi Camarera mayor
os hago.
Margari. Los piés te beso.

Fernando. Pues le pagaste por mí
ese diamante, derecho
tendré á él.

Reina. Otra merced,
que más valga haceros quiero.

Corella. Llegad.

Galindez. Llegaré temblando.

Fernando. Paréceme que me quedo
sin tener con que comprar
jarro y vino; azotes llevo.
Mi padre es este.

Corella. Señor,
con tan grande desconsuelo
buscaba este hombre á este niño,
que me persuadió á traello
donde le viera.

Reina. ¿Cuyo es?

Godin. No temais, decid, don Bueso.

Galindez. Es de vuestra Alteza y mio.

Godin. Estremado cumplimiento:
bien, sin licencia del Rey,
honrais la Reina por cierto.

Reina. Hombre de buena fortuna
quiero hacelle.

Rey. ¡Ay, ojos bellos!
á hurto me hablais.

Margari. Pedazos
del alma arrojo del pecho.

Reina. Crialle quiero en palacio;
mañana podreis traello.

Galindez. Es gran merced.
Fernando. Vuestra Alteza
le mande, porque le temo,
que no me azote.
Reina. No hará.
Fernando. Déme la mano, con eso
voy seguro.
Reina. Bien podeis.
Fernando. Pues mañana nos veremos,
señora, y direle entonces
cuán con el alma la quiero.
Su enamorado he de ser.
Margari. Sí, mi vida. ¡Hay tal estremo!
Godin. Vamos, que de aquí adelante,
grandes amigos seremos.
Galindez. ¿Quédaos algo que mentir?
Godin. Del gigante patiluengo,
el de la deforme cara,
una hazaña.
Galindez. Id al infierno
á contalla. Señor, mande
que no me mate mintiendo
este demonio.
Godin. Escuchad.
Galindez. Dejame, hombre.
Godin. Lindo viejo.

Vanse GODIN, FERNANDO *y* GALINDEZ

Corella. Tu Fernando es aquel niño.

Margari. ¡Ay Dios! por volver á vello
iré...
Corella. ¿Qué haces?
Margari. Sin mí
me llevaban mis deseos;
¿volveré á velle?
Corella. ¿Pues no?
Margari. De mi dicha no lo creo.
Reina. ¿En fin, al campo te vas?
Rey. Á divertir pensamientos.
Reina. Mira no yerres los tiros
si es que los haces al vuelo.
Rey. Adios, tu cuidado estimo.
Reina. Ádios, toma mi consejo.
Margarita, no te vayas.
Margari. Qué de confusiones tengo.
Corella. Aquel niño es el infante
D. Fernando.
Rey. ¿Es cierto? ¿es cierto?
Corella. Es sin duda.
Rey. En su peligro
importa poner remedio;
direos lo que habeis de hacer.
Escuchad.
Corella. Ya te obedezco. *(Vánse los dos)*
Reina. Margarita, alza los ojos,
que el ponellos en el suelo,
si es vergüenza, no es disculpa,
ni satisfaccion, si es miedo.
¿De qué hablabas con el Rey?

dí verdad.

Margari. Señora, harelo;
arrodillada. Quería
pedille que sus deseos
no fuesen agravios tuyos
y menguas mias. A esto
saliste tú.

Reina. Y ¿qué te dijo,
no dices?

Margari. Faltóle el tiempo.

Reina. ¿No te dejó algun papel?

Margari. No señora. ¡Ay Dios!

Reina. Verelo,
pues tú, perdido el color,
tan turbada estás.

Margari. Don Diego,
este me dió de tu parte.

Reina. Engaño fué, y he de vello,
Esta letra ¿no es del Rey?

Margari. Sí señora.

Reina. ¿Pues qué es esto?

Margari. Yo no lo sé; ansí tu vivas,
que á mí don Diego de Melo
me le dió.

Reina. Todos me engañan
y al Rey sirven, ya lo veo;
sólo Blanca, Blanca sola
me ha dicho verdad. ¡Reviento
de pena! Bien, por mi vida.
«Dueño mio yo sé cierto, *(Lee.)*

que si de la Reina á tí
no te obligaran respetos,
dieras alivio á mis penas,
dieras á mi mal remedio;
pues nunca, de amor tan grande
salió vencedor el tiempo.
Pero si quieres que viva
un Rey tan tuyo, da esfuerzo
á la ocasion que te doy,
ó si no, dame por muerto.»
Margarita, yo...

Margari. Señora...

Reina. No me repliques. Yo he hecho
en mi prevencion milagros,
y en tu confianza estremos
por obligarte; yo he dado
á mis cuidados desvelos,
por adivinar en tí
tus ocultos pensamientos;
otra yo has sido en mi casa.
Cumplí mi palabra en esto;
advierte tú si la tuya
tiene cabal cumplimiento,
y si no...

Margari. ¿Señora?

Reina. Calla,
pues hasta aquí cuanto has hecho
te perdono, pero mira
que si en tus mismos intentos,
no te enmiendas, Margarita,

por última vez te advierto
que si con mi esposo ofendes
tu lealtad, veras mi acero
en mis agravios templado,
y en tu corazon sangriento.

Margari. Señora...

Reina. No me hables, vete,
que solo á decirte vuelvo
que no hagas tragedias tuyas
los rigores de mis celos. *(Váse.)*

Margari. Buena me dejan mis males:
á la Reina tengo miedo,
al Rey tengo amor, á entrambos
les dí mi palabra... ¡Cielos!
quitadme la vida, cuando
tal me hallo, tal me veo,
que en mis discursos deliro
y en mis desdichas tropiezo.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA.



TERCERA JORNADA.

Sale GALINDEZ.

Galindez. Galindillo.
Fernando. Ya me estoy
vistiendo.
Galindez. Hasta en la pereza
sois, señor, honrada pieza.
¿He de ir? acabad.
Fernando. Ya voy.
Galindez. Ya conozco vuestras tretas:
oigan cual el rapagon
sale en calzas y jubon,
los zapatos en chancletas.
Fernando. Fuera fué mi madre, y no
me los puedo yo calzar;
cálcemelos, padre.
Galindez. Andar.
Fernando. ¿Luego habré de hacello yo?
Galindez. Ya os entiendo: bien podeis
calzaros, mas sois amigo
que os sirvan.
Fernando. Lo mismo digo
gusto dello.

Galindez. Bien haceis,
¿Soñais ser Rey?
Fernando. ¿No podia
serlo, padré?
Galindez. Calabaza
para vos; donosa traza
de Rey.
Fernando. Mi padre, ¿no iria...?
Galindez. ¿Adonde?
Fernando. Á la vecindad,
y hacer dos niños venir,
que de ayudarme á vestir
suelen hacerme amistad?
Galindez. Vestios vos, plegue á Dios,
noramala questo escucho.
Fernando. Para el padre no era mucho
hacer esto.
Galindez. Para vos
será; vestios, rapacillo.
Fernando. Tengo calambre en un dedo.
Galindez. ¿No os vestis?
Fernando. Solo, no puedo.
Galindez. ¡Galindillo! ¡Galindillo!
tengamos la fiesta en paz.
Fernando. Mal me visto sin tener
quien me sirva.
Galindez. ¡Hay más que ver!
¡Qué altivillo es el rapaz!
Tiene sangre de Corella
ques de reyes; ya os ayudo,

porque os quedareis desnudo
segun sois.
Fernando. Es cosa bella
el ser servido; ya estoy
contento.
Galindez. Lindo consuelo;
que habeis pensado recelo
que vuestro criado soy.
Enseñaos, cuerpo de tal,
y vestios de aquí adelante,
que no sois ningun infante
ni persona principal.
Esas locas gravedades
no son para gente pobre;
oro imaginais el cobre:
¡oh qué lindas necedades!
Llegá, os pondré la ropilla;
negras horas os dé Dios,
pues no me falta con vos
cada dia una rencilla.
A las diez os levantais:
¡lindo tronera, á fe mia!
yo os madrugaré otro dia,
vereis que tunda llevais.
Aprended, al diablo os doy.
Ahora bien, aquesto haced,
tomad la alcuza y traed
aceite, ques viernes hoy
y hemos de freir pescado.
Fernando. Si ha de llevarme tambien

hoy al Real, será bien
ir á palacio aceitado.

Galindez. ¡Oigan! ¿Ya se le ha metido
una Reina en la barriga?
Esto haced, y á esotro siga
lo que Dios fuere servido.

Fernando. No quiero.

Galindez. Á fe si os agarro
que andará la garatusa;
tomad; y haced con la alcuza
lo que hicisteis con el jarro.

Fernando. No haré, por ques buen agüero
ver el vino derramado
y no el aceite.

Galindez. Habeis dado
(¿fáltaos más?) en hechizero.

Váse FERNANDO. *Salen* VIQUE *y* CORELLA.

Vique. No sé si el Rey lo acierta,
en querer que su hijo don Fernando,
sea públicamente
por quien es conocido,
pues con esto despierta
más la murmuracion.

Corella. Imaginando
que es cosa tan vulgar y tan patente,
y viendo que lo ha visto
en palacio la Reina, que desea
tenerle en su poder para que vea

Si es su hijo, recela que no estreme
su condicion, á quien con causa teme.
Quiere con este efeto
que le tenga por suyo más respeto,
y no escuse despues el serle fiera
con decir que no supo que lo era.
Dice tambien el Rey, que habiendo de irse
á Nápoles tan presto
á proseguir la guerra comenzada,
quiere llevarse el niño, y prevenirse
de velle bien criado y bien dispuesto,
dándole ejemplos vivos en su espada.

Vique. Plega á Dios que lo acierte... pero callo
pues siempre en el vasallo
ha de ser muda y ciega
la obediencia del Rey.

Corella. Galindez llega.

Sale Galindez *y dos caballeros de palacio.*

Cab. 1.º Aquí están.

Cab. 2.º Pues lleguemos:
las cosas de la Córte son estrañas.

Galindez. ¿En mi casa, señor, tan buena gente?
de hoy más quedará honrada.

Corella. Ya ella lo está.

Galindez. Pesada
pobreza en ella es grande inconveniente.
Tienela desluzida,
que en lo demas, hidalgo soy por vida,
(de sangre noble, montañesa toda)

en la cuna, en el trato y en la boda.
¿Qué se ofrece, señores?

Vique. Bien la pintas.

Galindez. ¿Hay mucho que gastar? ¿Vienen por cintas?

Corella. ¿Qués de vuestro ahijado?

Galindez. Por aceite
fué, y habrá de ir por leña,
harto de mala gana; Rey se sueña.

Corella. Y está de serlo un paso.

Galindez. El rapacejo
tiene bravo despejo:
á todos manda á voces,
una vez blandas y otra vez ferozes
y quiere ser servido hasta en la cama.

Corella. Lo natural con vehemencia llama,
mirad si viene.

Sale Fernando *con la alcuza.*

Fernando. Qué vergüenza tengo.

Galindez. Volviérase por Dios si no le tengo.
¿Por qué arrojais la alcuza?

Fernando. Muy bien hago,
pues parecer no quiero
delante estos señores aceitero.

Vique. ¿Qué, señor, es amago?

Galindez. ¿No decís que es agüero
derramar el aceite?

Fernando. Derramado
aposta, no es agüero.

Galindez. ¿Y mi pescado?

Fernando. Llevarele á freillo.
Galindez. ¿Dónde, decid por Dios, don rapacillo?
que ha de andar el azote
tras vos.
Fernando. Mucho me obliga,
padre.
Galindez. ¡Mal haya amen, quien no os castiga!
Sois lindo picarote,
despreciais mi pobreza.
Corella. Quitad.
Vique. Denos la mano vuestra Alteza.
Fernando. Si os burlais, si haceis risa
de mi estado y bajeza,
sabed, pues os lo advierto,
que yo no sufro burlas.
Corella. Esto es cierto.
Vique. Del magnanimo Alfonso sois hechura.
Corella. Del Rey sois hijo.
Galindez. ¡Vióse tal ventura!
Siempre le tuve yo por hijo vuestro,
mas no del Rey.
Corella. Lo que es verdad os muestro.
Fernando. Entre dudas me veo;
pero ya no lo dudo, ya lo creo,
porque nunca he creido
que en mi fuera posible haber nacido
de tan bajos despojos.
Galindez. Ya vierto la alegría por los ojos.
Fernando. Vamos, veré á mi padre.
Vique. A caza es ido.

Corella. Mientras vuelve, en mi casa entretenido
estará vuestra Alteza.
Fernando. Daros quiero...
llegad, los brazos.
Galindez. Oigan que severo!
parece autoridad tan prevenida
de hombre que ha sido Rey toda su vida.
Fernando. ¿Cómo se llama aquella dama hermosa
que me dió la sortija, que es muy bella?
Corella. Aunque en secreto, aquella
es tu madre, señor.
Fernando. ¡Notable cosa!
yo guardaré secreto.
¿Cuándo la podré ver? Estoy inquieto.
Corella. Quizá será esta noche.
Fernando. Alborozado
la esperaré.
Galindez. ¡Ah, señor! Quién le ha criado
¿no merece siquiera
que le mire?
Fernando. Hasta el alma le quisiera
dar, que no hubiera sido
dichoso, si no fuera agradecido.
Venios conmigo con mi madre y todo.
Galindez. Tiernamente á servirle me acomodo.
Corella. ¡Quién vió en el mundo cosa semejante!
Cab. 1.° Plaza, plaza.
Cab. 2.° Los coches del Infante.

Vánse. Salen el REY, *con escopeta,* D. DIEGO *y* MONCADA.

D. Diego. Que gallardo tiro; has muerto
la garza al vuelo.
Rey. Acertar,
quien viene triste á matar,
parece infelice acierto.
Quita esa escopeta, quita,
pues ya me da, como sabes,
matar al vuelo las aves
piedad, por tierna, infinita.
Cuando en el suelo la ví
brotando sangre del pecho,
de arrepentido sospecho
que lágrimas resistí;
que pudo ser imagino
ir, cuando al suelo cayó
á ver su consorte, y yo
le atajé tan buen camino;
porque aunque humilde y ajena
sea la causa, tal estoy
que con ella ejemplos doy
y lástimas á mi pena.
D. Diego. Diviértete, solicita
el gusto.
Moncada. Vuélvete al ser.
Rey. Y eso, amigos ¿puede ser?
¿puede ser sin Margarita?

Sale GODIN *con una bocina.*

Godin. Tu corneta ó tu bocina
toma, señor, pero guarda
de ponértela en la boca,
huyendo de su fragancia
las narices.

Rey. ¿Cómo ansí?

Godin. Menos limpia está que estaba
por cierta causa que tiene
estrañezas en la causa.
Como mandaste volví
por ella, y á la tornada
que en mi caballo venia,
ví salir por esta falda
del monte un gran javalí,
tan colmilludo que daba,
como algunos á las frentes
á los paladares armas.
Yo entónces, que tan perdido
me ví sin dardo ni lanza,
hícele un gesto, saquele
la lengua, por Dios tan larga.
Espantóse, huyó, seguile
y como no le alcanzaba,
tomo la corneta, tiro
y dóile con fuerza tanta
por debajo de la cola,
que media corneta hincada,

piensa por donde, corria,
y como tanto soplaba
recio, por entrambas puertas
la delantera y la falsa,
sonó la bocina tanto,
que tus monteros que andaban
esparcidos, corren, llegan,
al jabalí despedazan;
y yo esta nueva te traigo
sudando, que tambien cansa
el mentir cuando se inventan
mentiras galanticadas.

D. Diego. Esa es notable.

Moncada. Es cruel.

Godin. Basta ser mia.

Rey. Fué brava.

No ves, don Diego de Melo,
mira, don Juan de Moncada,
un águila que arrogante
tiende á los vientos las alas.
En el pico lleva, lleva
una palomilla blanca;
¡qué piedad tan prodigiosa!
¡qué rigurosa amenaza!
parece que está pidiendo
contra la fuerza tirana
socorro. El águila muera,
tiralda todos, tiralda.
Dame esa escopeta, y yo
para poder derribarla

hechos plomo daré al fuego
pedazos de las entrañas.
¡Válgame Dios! ¿qué secreto
esto incluye? ¿qué señala?
al levantar la cabeza
cayó su sangre en mi cara.

D. Diego. La valona ha salpicado.

Rey. Y en mi pecho, alborotada
el corazon me revienta,
el cabello me levanta.

(Cae la paloma á los piés del REY.)

¡Ay cielo!

D. Diego. Como si fuera
racionalmente bizarra,
echó la presa á tus piés,
y pomposamente ufana
hizo alto en aquel cerro.

Rey. Este efeto grande causa
promete: vé, vé á Valencia
que sólo á tu confianza
puedo yo fiar, don Diego,
un cuidado tan de el alma.
¡Ay mi Margarita! Vete,
rebienta un caballo, vayan
mis pensamientos contigo,
que ellos te darán sus alas;
y si lo que ha tantos dias
que yo pronostico pasa,
avisa.

D. Diego. Por tí y por mí

iré volando, descansa. *(Váse.)*

Rey. Y yo al traslado inocente
de aquel sol que helando abrasa,
de mis ojos á mi boca
daré entre penas palabras.
Amable avecilla, exenta
de malicia, reina es
de las aves y á mis pies
os puso herida y sangrienta
el águila; si violenta
desdicha, pena forzosa,
pues será, siendo mi esposa
Reina que al águila imita,
la paloma Margarita;
¡y qué sin hiel, y qué hermosa!
¿Qué decís? decid, hablando
me responded, pues entiendo
que me hablará respondièndo
quien supo hablarme callando;
y más cuando estoy dudando
si la sangrienta homicida
de vuestra inocente vida,
porque el mal que pronostico
no callárais, con el pico
os dió boca con la herida.
Decid que representais
su papel, que sangre escribe:
¿vive, Margarita, vive,
ó está como vos estais?
¿no me respondeis? ¿callais?

Pero son lances perdidos,
pues turbados mis sentidos
entre mis penas feroces,
vuestra sangre dando voces,
de mis ojos hace oidos;
mas qué! vil naturaleza,
desmayo? Pues considero
que acreditar el agüero
es señalar la flaqueza; *(Arrójala.)*
suspenderé la terneza
que mis miedos solicita.
mas ¿qué importa ¡ay Margarita!
desmentille la razon
con fuerza, si el corazon
con impulsos lo acredita? *(Ruido.)*
Pero ¡ay Dios! ¿ques aquello?
ya sin aliento me hallo,
muy infelice es mi estrella:
Jimen Perez de Corella
plumas pone á los hierros de un caballo,
de la silla se arroja,
tal, que al golpe atrevido
más que arrojado pareció caido.

Sale CORELLA.

Corella. Alégrate Señor, tu gusto es cierto.
Rey. Por quererme alegrar me hubieras muerto,
pues nunca breve nueva

de embajador turbado,
echa á la buena parte el desdichado;
dila, dímelo presto.

Corella. Ya queda bien dispuesto
que te vea tu amante.

Rey. Y que tan mia.

Corella. Dos horas antes que amanezca el dia,
en cerrando la noche,
irás con amorosa diligencia
deste campo de Liria al de Valencia;
pues de mí acompañado solamente,
la demás de tu gente
posible no será que lo atribuya
á sospecha que en todos es tan tuya.

Rey. Preven nuestra partida,
y los brazos me da; me hallé sin vida
muerto á las manos de un agüero triste,
y tú, tú dél pudiste
sacarme tan en palmas,
que ya vuelvo á vivir con muchas almas.

Corella. Yo haré la prevencion; al sol espera
que se esconda en su ocaso. *(Váse.)*

Rey. Ya en las reliquias de su luz me abraso.
¡Oh quién tanta amistad con él tuviera
que con piadoso aliento
incitara su tardo movimiento!
¡Oh quién pudiera tanto,
que á pura fuerza de valor y espanto
le hiciera, le obligara
á que se fuera aunque jamás tornara!

¡Ay Dios! ¡qué tiernamente
voy acechando y viendo,
si atento á ser quien soy se va escondiendo!
Irme quiero acercando á su horizonte,
y pues no vuela en su pesado coche
echalle encima el manto de la noche.

Canta dentro un pastor.

Canta. *¿Dónde vas el caballero,*
dónde vas triste de tí,
que la tu querida prenda
muerta es, que yo la ví?

Rey. Válgame Dios ¿quién canta?
¿Es de humana garganta
esta voz, ó le da acentos fingidos
este horror que le pone en mis oidos?
¿No me dice ques muerta
mi amada prenda? Sí, mi muerte es cierta.
¿Quién cantó donde está? ó para ser mios
entre peñascos huecos
prodigios son las bocas de los ecos?

Canta. *Diéronla de puñaladas*
y de la muerte el buril,
trocó la grana y la nieve
en un cárdeno alhelí.

Sale CORELLA.

Corella. Señor.
Rey. ¡Ay suerte avara!
Corella. Señor.
Rey. ¡Ay desdichado!
Corella. Cómo te has alargado
tanto al monte, por poco no te hallara.
Rey. ¿Y no ves que me hallas
muerto?
Corella. ¿Por qué, señor, suspenso callas?
Rey. ¿No oiste aquella voz? Mejor lo advierte;
¿no miras que mi muerte
como cisne, el que canta,
pronostica con pasos de garganta?
Corella. Señor, valor, ¿de un rey quien hay que crea
que se rinda á las sombras de su idea?
¿No vès que es un villano
quien canta? escucha bien; temiste en vano.
Rey. Con todo.
Corella. Mira, que cantando viene.
Rey. Llanto da, llanto llama, horror previene.

Sale el VILLANO *cantando.*

Canta. *Las andas que le aperciben*
de ébano son y marfil,
cubiertas de tela negra
con una cruz carmesí.
Rey. ¿Quién te puso en la boca

esas palabras, hombre?

Villano. ¿Y qué le toca
esto á él? arre allá ¿tiene algun rastro
de ofensa suya? (huir es buen consejo)
si es un romance viejo
del Rey Don Pedro y doña Inés de Castro.

Corella. Ansi es verdad, señor.

Rey. ¡Ay, prenda bella!

Corella. Huye el alma á tu agüero

Rey. Estoy sin ella,
pues nunca fué temor menos extraño
servir de propio ejemplo ajeno daño.

Corella. Vamos.

Rey. De azogue soy en lo de inquieto
y de plomo en la pena.

Corella. Ya convida
la negra noche á tu amoroso efeto.

Rey. Hasta ver á mi vida
viéndome en su belleza,
dando á la confusion la ligereza,
y al cuidado el sosiego,
tan abrasante fuego
daré á mi desatino,
que brasas pisaré por el camino.

Vánse. Sale MARGARITA *medio desnuda y el cabello suelto y una toca sobre él.*

Margari. Noche para mí tan ciega
de tan cobarde y extraño

horror, que me anuncia el daño,
y hasta el silencio me niega:
¿quién con tan helado fuego
dió á su amorosa esperanza
tan incierta confianza,
tan desalado sosiego?
Mil veces salí del lecho
y puse, al ruïdo incierta,
los ojos en esta puerta,
en esta ventana el pecho.
Desde ayer no hay en mi estrella
agüero que no me aflija:
la piedra de esta sortija
saltó sin tocar en ella;
el espejo ¡ay qué cruel
desventura! ¡triste yo!
no sólo se me quebró,
pero ví una muerte en él;
toda esta noche sentí
ahullar un perro; el graznido
de una lechuza en mí ha sido
quien clamorea por mí;
y el Rey no viene. A Fernando
no he de ver. ¡Ay mi ángel bello
desde la planta al cabello!...
Pasos siento, estoy temblando.

Salen la REINA *y* BLANCA *con una luz.*

Reina. Margarita, (ciega voy)
no te pregunto por qué

estas ansí, que ya sé
lo que esperas.

Margari. Muerta soy.

Reina. Ya yo lo veo: ¡ah traidora!

Margari. Mas pues informada estas,
sabes que el hablar no mas
fuera tu ofensa, señora.

Reina. Eso es engaño.

Margari. Es sin duda.

Reina. Pues dí, en hora tan perdida
¿cómo estas medio vestida
más lasciva que desnuda?

Margari. Por dar disimulacion
con más fe á mi enfermedad
en la cama...

Reina. ¡Hay tal maldad!

Margari. La fingia...

Reina. ¡Hay tal traicion!

Margari. Saliendo de cuando en cuando
á verme en luz tan escura.

Reina. ¡Qué infamia!

Margari. ¡Qué desventura!

Blanca. Ya temiendo estoy temblando.

Reina. ¿Yo no te dije, aunque en vano,
que de romperme esta ley,
Margarita, con el Rey,
moririas por mi mano?
Pues verás villana...

Margari. ¡Ay triste!

Reina. Que cumplo...

Margari. Mal te informó...
Reina. Más bien mi palabra yo
que tú la tuya cumpliste.
Margari. Con él decirme, señora,
que desta suerte veria
á Fernando, prenda mia
y del Rey...
Reina. Calla, traidora,
que no mereció jamás
tal bien con falsas piedades.
¿Por que á mis celos añades
esa envidia que me das?
Disponte, pues me destruyes,
á morir.
Margari. ¿Templar no puedes
el rigor?
Reina. Si en las paredes
has de dar ¿para qué huyes?

Váse retirando y deja los chapines y la toca.

Margari. ¡Señora, tanta crueldad!...
Reina. Hasme ofendido.
Margari. ¡Ay de mí!
¿No cabe piedad en tí?
Reina. Donde hay celos no hay piedad.

Entranse dándola y va saliendo el REY.

Rey. ¿Qué habrá sido? escuridades
camino, navego calmas,

en los hombros de dos almas
hago pesos mil piedades.
¡Tan mal recibido estoy
de mi bien! ¡desdicha mia!
Pues solamente me guía
mi estrella, ¡perdido soy!
La puerta abierta y medroso
el silencio, la ocasion...
Mas ¿qué es esto? basas son

Tropieza en los chapines.

de aquel edificio hermoso.
¡Válgame Dios! si cayó
de su estado, caiga el cielo
sobre mí; si es este velo
toca suya, ¡triste yo!
¿Cómo sabré si mi daño
es cierto? Hácia allí he sentido
un descompuesto rüido
de pasos, ¡recelo extraño!
Una silla arrastran, llego
pues á esta parte. Esta es puerta:
los lados de una antepuerta
me dan luz, si no estoy ciego.
Entrar quiero ¡cielo santo!
¿Qué me puede suceder?
¡Ay que horror! debe de ser
gran mal, pues le temo tanto.

Corren una cortina; aparece MARGARITA *en el hueco de la puerta con una daga hincada en el pecho y ensangrentada la cara y manos, con dos hachas á los lados.*

Rey. Sol de sangrientas nubes eclipsado,
rígido acero en vos su furia emplea;
vos dais con sangre y nieve aliento helado
que clamando á los cielos vaporea.
¿Esto es posible en vos ó en mí soñado?
¿esta es verdad para que yo lo crea?
Dad lugar á que un alma desvalida
que en mí no cabe quepa en vuestra vida.
Dejad que asegurando el pensamiento
bese mil veces vuestra mano helada.
¿Estais muerta, mi bien? ¡qué pena siento!
Pero aunque es vuestra muerte asegurada,
vivid con las reliquias en mi aliento,
con mi vida vivid ¡ay prenda amada!
Pero ¿cómo podré, el alma perdida,
si no puedo palabras, daros vida?

Salen D. DIEGO, MONCADA, VIQUE *y* CORELLA *con hachas encendidas.*

¡Oh regia ostentacion, á qué de calmas
miserables espíritus condenas,
pues son por tí, en lo oculto de las almas,
los disimulos almas de las penas!

¡Oh quién fuera un villano que en las palmas
llevara mis entrañas como ajenas!
pero amigos ¿sabeis (dolor extraño)
quién fué la causa deste injusto daño,
quién dió tanta ocasion á mis enojos,
quién turbó tan del todo mi sosiego?
Todos poneis las lenguas en los ojos.
Todos callando así atizais mi fuego.
¿Son estos de lealtad fieles despojos?
Vos lo sabeis, decid, decid don Diego;
¿quién puso, con furor tan riguroso,
mano tan cruel en ángel tan hermoso?

D. Diego. Antes correré este velo
por si en el pesar conformes
tus ojos y tus oidos
la congoja te disponen,
las ternezas te acompañan,
las desdichas te conocen,
con la pena no te acaben,
con el llanto no te ahoguen.
Cuando te dejé afligido
llegué, anhelando temores,
en las alas que me dieron
tus pensamientos veloces;
súpolo tu esposa, y luego
mandó llamarme, y mandome
que á servilla mi cuidado
la asistiese aquella noche.

No pude escusarme ¡ ay cielo !
Fuí con mi pena, y llevóme,
no digo quien, por no darte
más causas que te acongojen :
llevóme en fin, dando en sombras
lentos miedos pasos torpes,
á la espalda de tu cuarto
por donde la vista corre
de una puerta y de una reja,
á esos cuatro corredores.
Allí me entretuvo, estando
en guarda bien puesta en órden,
y yo con el corazon
más negro que muchas noches,
cuando por la reja ví
la una fiera, la otra torpe,
persiguiendo á Margarita,
la Reina con furia indócil,
sus celos en el acero,
en sus entrañas el bronce,
y ella ¡ ay Dios qué hermosamente !
pidiendo al cielo favores.
Hacer pedazos la puerta
quise ; llegué, reportóme
su respeto real, en fin,
con que decoros tan nobles
hizo en mi corazon plomo
lo que era en mi alma azogue ;
y oyéndola que me dijo :
don Diego ved mis rigores,

porque al ver como es mi agravio
tambien mi venganza os toque;
vuelvo sin vida y la veo
hacer sus ejecuciones
en tu cordera, que dando,
como balidos, clamores,
mansamente se congoja
por defenderse; mas donde
no aprovecharon ternezas
mal pudieran defensiones.
En manos, en rostro y pecho
la hiere: ¿quién pudo entónces
ver sobre copos de nieve
que arroyos de sangre corren?
Ansí con mudos suspiros,
entre desmayadas voces
dice: «mi hijo encomiendo
al Rey.» Con estrellas lloren
esta terneza los cielos
haciéndose corazones.
Despues poniendo en la boca
tres veces el santo nombre,
que en los pechos la piedad
y la dulzura propone,
tan hermosos le dejaron
sus crepúsculos dos soles,
que con acabarse el dia
aun no pudo hacerse noche.
Ansí en la funesta silla
donde la viste, la ponen,

porque tú al entrar la veas
con tal mancilla, y la llores
como la ves en tu idea
y en mi relacion la oyes.
Descompúsose el silencio,
el palacio alborotóse;
los privados de tu casa
y los grandes de tu corte,
para que tu enojo amansen
y tu cólera reporten,
mandó prevenir la Reina.
Sus respetos me perdonen,
porque el callar no es posible
con la lástima en tu nombre,
el alma en aquella pena,
y la vista en aquel norte,
que descompuso crueldades,
que ejecutó sinrazones.
Y aunque diga que sus celos,
rígidamente feroces,
provocaron sus venganzas
y ejercieron sus rigores...

Rey. Y ¡qué grandes, qué crueles
cuando el ser me descomponen!
los de mi venganza sean,
pues son más justos, mayores.
Vive Dios que este palacio
será otro templo; perdone
mi compuesta autoridad,
que no son los reyes robles.

Vique. ¿Qué haces? señor, los reyes
no han de ser como otros hombres;
porque son, como en el cielo
de la tierra el primer móvil;
no digo que no castigues,
pero cuerdo justo y dócil
prevente de tus consejos
y haz tus ejecuciones.

Salen CORELLA, FERNANDO, GODIN *y* GALINDEZ.

Calindez. Con estas cosas no es mucho
que Valencia se alborote.
Godin. Parecen mentiras mias
las desventuras que corren.
Corella. Cuando, señor, á tus ojos
este serafin se pone,
consuélate.
Rey. ¡Ay hijo mio!
¡con qué varias prevenciones
pensé recibiros yo!
Fernando. Deme la mano: ¿los hombres
lloran?
Rey. Vuestra madre es muerta.
Fernando. ¿Quién la mató?
Rey. Los atroces
hados mios.
Fernando. Ese llanto
ya es á la causa conforme;

dejadme verla.

Rey. Esperad,
no lloreis, no me congojen
á un tiempo vuestras ternezas
y mis pesares mayores.

Salen la REINA *y* ELVIRA.

Moncada. ¡Qué severidad tan grande
de mujer!

Rey. Nudos me ponen
mis palabras en la boca
y en el pecho mis acciones.

Reina. Señor, no vengo á tus piés
á que mi ofensa perdones,
sino á que en mis celos veas
que son mis culpas menores.

Rey. ¿Qué he de hacer si es esta fiera
mi enemiga, y ser propone
otro yo? En el alma tengo
terribles oposiciones.
Levantad, Reina, pensando
que aunque la pena os perdone,
no la culpa, pues por grande
todo el corazon me rompe.
Muerta Margarita, y vos
viva, en mi ausencia conformes
sereis, piadoso castigo
á delito tan enorme.
No he de veros en mi vida

aunque mis hazañas borre,
pues me obligan mis agravios
y me vencen mis pasiones;
no he de veros en mi vida
yendo á Nápoles, á donde
si de conquistalle acabo,
su corona haré que goce
mi Fernando, comun prenda
de dos muertos corazones.
Vos, gobernad á Aragon,
pues todo el mundo conoce
que sabreis, como matarme,
gobernar mil Aragones.
¡Así no tuviérais celos
tan crueles, tan feroces!

Vique. ¿Quién vió en un Rey más cordura?
Moncada. ¿Quién vió venganza más noble?
Fernando. No se aflija, padre mio.
Rey. ¡Qué ternezas!
Corella. ¡Qué pasiones!
Reina. ¡Señor!
Rey. Dejadme, dejadme
que me vaya donde llore
un sol que nació en mis ojos
y en mis desdichas se pone.
Reina. Y yo mi arrepentimiento
lloraré. ¡Ah celos traidores!
matadme.
Rey. ¡Ay cielos piadosos!
templad tan pesados golpes.

D. Diego. *La tragedia por los celos*
aquí se acaba, señores,
cuya historia verdadera
pide á sus faltas perdones.

Laus Deo; acabóla don Guillen de Castro, en Madrid a 24 de Diciembre de 1622 años, para Antonio de Prado. Sacóse del verdadero original fielmente y está á la letra con él.—ANTONIO LOPEZ DE LAMADRID.

He visto esta comedia intitulada la TRAGEDIA POR LOS CELOS de mandado del Sr. Vicario general, y no hay en ella cosa contra nuestra santa fé católica, y así se le da licencia para que se represente. En Pamplona, á 11 de Noviembre de 1628 años. —D. JUAN DE VELASCO.

QUIEN NO SE AVENTURA

PERSONAS.

LA PRINCESA.
LA INFANTA.
ISABELA.
EL INFANTE DE ARAGON.
DUQUE DE MÁNTUA.
RAMIRO, *gracioso.*
EL REY DE SICILIA.
ENRIQUE, *criado.*
EL PRÍNCIPE DE ALBANIA.
EL DUQUE DE FERRARA.
DOS CRIADOS.



QUIEN NO SE AVENTURA

JORNADA PRIMERA

Salen el INFANTE DE ARAGON *y* RAMIRO, *criado.*

Ramiro. ¡Qué loco amor!
Infante. No es locura,
si no...
Ramiro. ¿Qué?
Infante. Un conocimiento
con que obliga un pensamiento
la fuerza de una hermosura;
una razon conocida,
con el gusto consultada,
en el valor apurada
y en el ánimo atrevida;
una inclinacion que entiende
lo que abona, y se asegura
del peligro que aventura
por la gloria que pretende;
y en fin, es para que obligue
quien ama á quien le desvela,

una esperanza que vuela,
y un deseo que la sigue.

Ramiro. ¿Y qué será el ver estar
á esa esperanza importuna
contrapuesta la fortuna
con su mazo de apretar?
¿Qué será el haber corrido
tantas tierras, tantos mares,
descompuesto en los pesares
y en los trabajos perdido?
¿Qué será el ver que te obliga
al exceso de esta empresa
de Sicilia la Princesa,
que es tu mortal enemiga?
El pretender su belleza
habiendo muerto á su hermano,
cuando promete la mano
á quien le dé tu cabeza,
¿qué será? Y haber pasado
en Mántua ya tan perdido,
que con sólo ese vestido
vas siguiendo tu cuidado,
¿qué será? Y ¿con qué razon
podrá, aunque apasione alguna,
verse en tan baja fortuna
un Infante de Aragon?

Infante. Con mirar la causa sola, *(Saca un retrato.)*
en mi opinion infinita,
que mi esperanza acredita
y mi deseo acrisola.

¡Ay Princesa! pues mirando
os doy el alma que os dí,
responded, hablad por mí,
pues tanto decís callando;
á mi disculpa le dad
vuestro agrado y vuestro impulso.

Ramiro. Bien por Dios, tocalde el pulso,
vereisle la enfermedad.
¿Hay amor tan mentecato?
¿hay tal gusto, hay tal exceso,
que pueda quien tiene seso
perdelle por un retrato?
De más de que en él conviene
con la lisonja el pintor,
¿puede haber alma en amor
de cosa que no la tiene?
Si la que en él se figura
es necia, si huele mal,
ó no tiene buen metal
de voz que es otra hermosura;
si está, que podria ser
por algunos accidentes,
la tal cabeza sin dientes,
ó es coja la tal mujer;
si fuese tan desairada
que el vestido le cayese
de un lado y otro; si fuese,
ojituerta, ó corcobada,
y si fuese la mitad
de corcho, al andar cobarde;

y si fuese (Dios nos guarde)
sucia, insufrible fealdad,
¿qué tal viniera á quedar
quien por un palmo pintado
de cara hubiera pasado
peligros de tierra y mar?

Infante. ¡Ay mi bien! ¡Ay prenda amada!

Ramiro. Ya del extásis volvió.

Infante. Yo he de morir ó ser yo
tu esposo.

Ramiro. No es casi nada.
¿Búrlaste? ¿en eso porfías
cuando los tiempos te ofrecen
aventuras que parecen
de andantes caballerías?
Cuando en Mántua no tenemos
para vivir que comer,
¿cómo podrás emprender
tan difíciles extremos?
¿Á qué al palacio veniste
del Duque? ¿A qué aspiras?

Infante. Muero
de amor, que decirte quiero
lo que hasta aquí no supiste.
Ya ves que en Mántua supimos
que desde que yo de España
me partí, y hallé en los tiempos
dilaciones y desgracias,
la Princesa de Sicilia,
que es mi anemiga adorada,

de su hermano á quien maté
deseando la venganza,
publicó que á quien le diese
mi cabeza, señalaba
por premio el dalle la mano
de esposa; dichosa hazaña,
que tales glorias promete
si tales dichas alcanza.
Señaló de plazo un año
á quien mi cabeza traiga
á su poder en Sicilia
donde luzgan sus venganzas;
pero si fuese imposible,
con el mismo premio paga,
al que probare haber hecho
más atrevidas, y varias
diligencias para velle
logradas sus esperanzas.
Con esto, agora que el año
que dió de plazo se acaba,
como por ausencia mia
ninguno empleó la espada
en cortarme la cabeza,
van los que tuvieron causa
de pretender la Princesa
á Sicilia, donde allana
el Rey su padre el camino
para que las pruebas hagan
de quien con más diligencia
en el fin de esta demanda

la sirvió, porque ese sea
su esposo.

Ramiro. Amadis de Gaula
debió de dar con su ejemplo
la inventiva de esa traza.

Infante. Vengamos al caso agora.
Entre príncipes de Italia,
y de otros reinos tambien,
ha sido el Duque de Mántua
uno de los pretensores,
y prevenciones extrañas
hace para ir á Sicilia;
y yo tengo quien las haga
de que por criado suyo
me lleve á mí, con que paga
mi amor á la industria mia
el fin de mi confianza.

Ramiro. ¡Válgame Dios, que eso puedan
las pasiones! ¿Qué te engañan
no conoces? Si te acuerdas
que el ser heredero aguardas
de Aragon, ¿qué te aventuras?
Pues el seso que rematas
te lleva entre tus contrarios
donde te suceda...

Infante. Calla
que sale el Duque, y á quien
tiene amor en toda el alma
ni razones le convencen,
ni peligros le amenazan.

Sale el DUQUE DE MÁNTUA *con dos criados.*

Duque. Hágase demostracion
que diga con mi grandeza,
ya que no con la belleza
que alienta mi pretension.
Sepan todos, pues yo quiero
con el fin de mi partida,
dalle al alma nueva vida,
el gusto con que la espero.
Las acémilas cargadas
cuente el sol con las estrellas,
y baje á ser una de ellas
el norte de mis jornadas;
el oro de mis blasones
brillando en los reposteros
dé á los reinos extranjeros
reflejos de admiraciones;
mis españoles caballos
tanto en su dueño confien,
que á los del sol desafien
cuando se pare á mirallos;
quede Italia alborotada
para quedar vencedora,
por mi emulacion agora,
como hasta aquí por mi espada;
mis galeras en el puerto
me esperen, en cada una
de otro César la fortuna,
de otro Ulises el esfuerzo,

porque en viéndome fiar
del agua los pensamientos,
con aplauso de los vientos
se haga de leche la mar;
flámulas y banderolas,
y hasta el mismo gallardete,
por si celos me promete
lo azul claro de las olas,
vistan mi verde librea,
pero sólo de los remos
vistan verdes los extremos.
Pero todo verde sea,
para que así en confianzas
de las marinas espumas
parezcan las velas plumas
que llevan mis esperanzas;
y acompáñenme criados
para esto prevenidos,
galanes en los vestidos,
y en los talles extremados,
que es lo que da más honor,
más ostenta y más agrada
al lustre de una jornada
y á la casa de un señor.

Criado. De nuestros cuidados fia
tus gustos.

Duque. Así lo espero.

Cria. 2.º Un español caballero
hablarte, señor, querría.

Duque. ¿Es por quien me hablaste?

Criado. Él es.
Duque. Llegue que honrralle me toca.
Infante. Como á mí el poner mi boca
en lo que pisan tus piés.
Duque. Levanta.
Infante. Deme tu Alteza
la mano.
Duque. En mi cortesía
tu española gallardía
da indicios de tu nobleza.
¿Quién eres?
Infante. Un español,
si noble, tan desdichado,
que desdichas he contado
con los átomos del sol.
Por cierta desgracia honrosa
salí siguiendo mi estrella
de España, dejando en ella
llorando la causa hermosa;
y apurando mis pesares
con su memoria y sin mí,
entre infortunios corrí
mucha tierra y muchos mares.
Dió en tus costas al través
la nave en que yo venía,
porque en la pobreza mia
llegó á extremarse despues;
y guióme la opinion
de tu generosa alteza
sabiendo con la grandeza

que parte á su pretension,
á suplicarte, obligada
tu generosa piedad
de mi cierta adversidad,
que contigo á esta jornada
me lleves por tu criado,
seguro de que he tenido
tanto y más de bien nacido
que tengo de desdichado.

Duque. ¿Cómo te llamas?

Infante. Don Diego
de Aragon.

Duque. Bien tu linaje
se ve en tu cuerdo lenguaje
y en tu brioso sosiego;
y cuando justo no fuera
estimar tu calidad
por grandeza y por piedad,
por inclinacion lo hiciera.
En mi casa te recibo
y mi favor te prometo.

Infante. Beso tus piés, que ese efeto
como la causa es altivo.

Duque. Dénle para esta partida
á Don Diego de Aragon
cuanto pide la ocasion,
que no digo cuanto él pida,
porque no quiero obligalle
á pedir poco, y tambien
por que quiero que le den

lo que sé que debo dalle.
Infante. ¿Medido con tu grandeza,
qué será?
Duque. Medir querría
tu discreta cortesía
con mi franca gentileza.
¿Quién es el que te acompaña?
Infante. En mi casa se crió
y á mi lado.
Ramiro. Tambien yo
soy bien nacido en España,
y hombre soy que por lo ménos,
si no dichas, tengo brios
para ejercitar los mios
sin abatir los ajenos.
Soy quien junta la hidalguía
del decir, con el hacer;
soy quien deja de tener
porque dió lo que tenía;
soy quien puede, aunque á pesar
de la usanza, no admitir
el atreverme á pedir
que no fuere para dar;
soy quien trae por los cabellos
con propio gusto de oillos
donaires para decillos,
pero no para vendellos;
soy quien tiene por primor
el salir con ser gracioso;
mas no empleo en ser chismoso

el preciarme de hablador;
soy quien jamás dando efeto
al rigor ó á la piedad,
vestir supe una verdad
ni desnudar un secreto;
y en fin, soy quien poco á poco,
pasando el frágil raudal
del engaño natural,
he sabido que sé poco.

Duque. Con esa sola certeza
pienso yo que sabes mucho.

Ramiro. Desvanecido te escucho.

Infante. Prométole á vuestra alteza
juez para todo capaz,
pues sobre ser bien nacido
es industrioso, entendido,
determinado y sagaz,
y hombre de tal confianza,
que en ella seguros veo
para lograr un deseo
los pasos de una esperanza;
y cualquiera merced tuya
merece.

Duque. Quiero emplear
la primera, que es fiar
de la diligencia suya
una cosa harto importante.

Infante. Bien puedes.

Ramiro. Servirte espero.

Duque. Que vaya á Sicilia quiero

y de todos se adelante,
pues no siendo conocido
de nadie por mi criado,
podrá saber en qué estado
está este bien pretendido
en mi adorada Princesa.

Infante. Y en mi enemiga adorada. *(Aparte).*

Duque. Y daráme en la jornada
avisos para la empresa,
llevando mis instrucciones
que den á sus diligencias
conformes inteligencias
y acertadas ocasiones.

Ramiro. Mi deseo me hará ser
otro Ulises.

Duque. Yo lo creo.

Infante. Y yo abono su deseo.

Duque. Ya le puedo agradecer.
Ven, Don Diego, mi privanza
ya tu estrella te previene,
porque imagino que tiene
con la mia semejanza.

Infante. Ya la tengo por dichosa,
pues dejo el ser desdichado.

Ramiro. Muy ciego va tu cuidado.

Infante. Es la causa muy hermosa.

Ramiro. Plega á Dios que no te lleve
á la muerte esa hermosura.

Infante. No ama quien no se aventura
ni alcanza quien no se atreve.

Vánse, y sale el REY DE SICILIA *y la* PRINCESA *y la* INFANTA LEONORA, *su hermana.*

Rey. Princesa, ya hemos llegado
á la víspera del dia
en que tu dicha y la mia
merezca mejor estado;
ya hija ocasion es esta
que previene el regocijo,
ya, pues tu hermano y mi hijo
tantas lágrimas nos cuesta,
alivia mi pesadumbre
con más alegre semblante.

Princesa. Tiene el alma vigilante
la tristeza en la costumbre;
y así yo cuando querria
alegrarme, pues tu alteza
gusta de ello en mi tristeza,
vuelvo á dar con mi alegría;
porque, señor, si he tratado
de casarme, aunque es tan justo,
no fué por seguir mi gusto,
si no tu razon de estado;
y ansi porque en mi esperanza
vean todos que mi intento
fué el hacer mi casamiento
para lograr tu venganza
de no ser, como es razon,
mi esposo, quien mi tristeza

alivie con la cabeza
del infante de Aragon,
al probar los pretensores
que esfuerzan esta querella
cuál hizo para traella
las diligencias mayores,
porque se vea cuál es
más digno de mi persona,
pues á mí no me apasiona
otro ningun interés,
quiero que mi hermana sea
la que juzgue y la que elija.

Rey. En tus pensamientos, hija,
el mundo mis glorias vea.

Princesa. De tu mucha discrecion,
hermana, mi honor confio.

Leonora. Tuya soy (consejo es mio
aquella resolucion). *(Aparte.)*
Despues de besar tu mano
una merced tan cumplida
aceto.

Princesa. Diera la vida
por vengar la de mi hermano.

Sale EURICO.

Eurico. El de Ferrara ha llegado
á vista de la ciudad,
y el de Albania.

Rey. Caminad

al puerto, que me ha obligado
el ir yo al recibimiento
suyo, y en este lugar
podeis los dos esperar
á las lisonjas del viento
que estos jardines recrea,
para que aquí, como acaso,
puedan veros tan de paso
que quien os mire no os vea.

Vánse, quedándose las dos.

Princesa. Ya Leonora, hermana mia,
pendiente de tus consejos
está mi esperanza.

Leonora. Y ya
voluntad y entendimiento
voy empleando en servirte.

Princesa. Pues tan en su puesto veo
esas dos cosas en tí
y tan de mi parte, es cierto
que aliviarás mis cuidados,
si no logro mis deseos.

Leonora. Pues en esa confianza
has de alegrarte.

Princesa. No puedo;
porque esta venganza mia
me da voces en el pecho.

Leonora. Tuya la llamas no más.
¿No fué nuestro hermano el muerto
y yo tambien la ofendida?

Princesa. Annque lo sabes, direlo:

Cómo el de Aragon trataba
conmigo su casamiento,
cuando mató á nuestro hermano
y á mí me perdió el respeto
más que á todos, ansí yo
con más razon le aborrezco
más que todos, y me toca
á mí en el lugar primero
esta venganza, que llamo
sólo mia y á quien debo
las diligencias que hago
y los pesares que tengo.
Daria, hermana, por ver
del aragonés soberbio
en mis manos la cabeza,
el corazon donde llevo
la memoria del agravio
y la rabia del deseo.

Leonora. Sosiégate que algun dia
le lograrás.

Sale ISABEL, *dama.*

Isabel. El espejo
te está esperando, señora.

Princesa. Déjame, verme no quiero,
pues no me veo, vengada.

Leonora. Vé, que tienes descompuestos
al viento de los jardines
los rizos de los cabellos;

vé, por mi vida.

Princesa. Si haré,
que es muy grande el juramento.

Leonora. Avisaráte Isabela
si tardas.

Princesa. Volveré luégo.

Leonora. Oye Isabela.

Isabel. Señora,
disimulos y desvelos
veo en tí; ¿qué tienes?

Leonora. Voy
apurando el sufrimiento.
Yo, Isabel, há muchos dias
que tengo los pensamientos
por el gran duque de Mántua
abrasados y ligeros;
en sus pintadas figuras
mis turbados ojos vieron
su talle, su gentileza,
sus galas y sus trofeos;
y en la boca de la fama
ví su grandeza, su ingenio,
lo apacible de su trato,
y lo bravo de su esfuerzo.
Tras esto, amiga, mirando,
tras esto, Isabela, viendo
que es pretensor de mi hermana
y que viene para serlo
con prevenciones tan grandes
á Sicilia, y en Palermo

con los demás pretensores
se junta á esperar el premio
de mi padre prometido
y de mi hermana; recelo
que el escogido no sea,
pues será entre todos ellos
quien lo merezca mejor
para que yo quede ardiendo
en los hielos de mis penas
y en las trazas de mis celos;
y así aconsejé á mi hermana
que por mostrar con ejemplos
que en venganzas y no en gustos
se fundaban sus deseos,
me hiciese jüez á mí
de estas causas, advirtiendo
que por más aseguralla
cuando venga el duque espero
poner en la industria atajos
y en los atajos rodeos,
para probar mi fortuna
si es dichosa; y para esto
tu favor he menester,
tu amistad y tu secreto,
y si logro mi esperanza,
como piadoso trofeo
de los milagros de amor,
he de colgalla en su templo.

Isabel. Tuya soy.

Leonora. Calla, que Enrico

viene aprisa.

Isabel. Ya le veo.

Leonora. Vé, pues, y avisa á mi hermana.

Isabel. Voy volando.

Leonora. Alegre quedo,
pues dá el sol en el camino
donde puso el pensamiento,
y es amor tan de mi parte
que por mi norte le llevo.

Sale ENRICO.

¿Qué hay, Enrico?

Enrico. Mi señora,
que parece que en Palermo
con la luz de muchos soles
la tierra se vuelve cielo.
Como si se concertaran,
llegaron casi en un tiempo
dos pretensores famosos
de nuestra Princesa; fueron
el gran Príncipe de Albania
y el de Ferrara, que habiendo
sabido el uno del otro
que estaba cerca, quisieron
competir en cortesías.
Sobre cual de ellos primero
entraria hubo embajadas
por las cuales convinieron
que entraran juntos los dos.

Juntáronse á poco trecho
de Palermo, á cuyas puertas
esperaba el Rey, poniendo
á la autoridad aplauso
y al alborozo silencio;
y al comenzarse la entrada
me mandó venir, y vengo
á que vuestras dos Altezas
esperen en este puesto
disimulando el cuidado,
porque así el favorecellos
á estos dos príncipes sea
cortesía sin exceso.
Mi señora la Princesa
viene ya, y llega con ellos
el Rey por estotra parte,
y el sol pienso que en los cielos
se esparce para alumbraros
y se pára para veros.

Salen por una puerta la PRINCESA, ISABELA, *y por otra el* REY, *el* PRÍNCIPE DE ALBANIA *y el* DUQUE DE FERRARA, *y gente.*

Albania. Son babilonios pensiles
estos jardines.
Ferrara. Son bellos.
Rey. Pues no llevan malas flores.
Albania. Son soberanos extremos.
Ferrara. Son del cielo maravillas.

Rey. Princesa infanta, ya espero
que me ayudeis á estimar
destos Príncipes excelsos
la más dichosa llegada.
Ferrara. Pondréme á sus piés primero.
Rey. El de Ferrara, Princesa.
Princesa. ¡Jesus! ¡qué notable exceso!
levántese vuestra Alteza.
Albania. Poco haré yo si no beso
lo que pisan vuestras plantas.
Princesa. Excesivos cumplimientos
ofenden las cortesías,
señor.
Leonora. Pues mi hermana ha hecho
por las dos lo que debia,
sin obligaciones quedo.
Rey. Hasta salir del jardin
mis hijas acompañemos.
Albania. ¡Qué breve será el camino!
Ferrara. ¡Y qué limitado el tiempo!

Vánse y salen el DUQUE DE MÁNTUA, *el* INFANTE DE ARAGON *y los dos criados del Duque.*

Duque. ¡Que felice navegar!
Infante. Los vientos se han prevenido
y tus galeras traido
como en sus brazos el mar.
Cila y Caridis, capaces
de razon y de remedio

viéndote á tí de por medio
parece que hicieron paces.

Duque. No quiero entrar en poblado;
armen tiendas por las faldas
de este monte, con guirnaldas
de laureles coronado.
¿Qué está Palermo de aquí?

Criado. Treinta millas.

Duque. Bien hicimos,
que aquí á Ramiro dijimos
que volviese.

Infante. Señor, sí.

Duque. Mucho tarda.

Infante. Aún no ha tardado
si te sirve en lo que importa;
mas no hay esperanza corta
en un pecho enamorado.

Duque. Bien dices: ¿hay pena igual
como el esperar en quien
quiere bien?

Infante. Quien quiere bien,
cuando espera tiene el mal;
y así aumentando el pesar
que con piés de plomo pasa,
con fuego de nieve abrasa
el temer al esperar.

Duque. De su loco devaneo
mucho sabes.

Infante. En mí ha sido
un letargo del sentido

y un azogue del deseo.
Duque. ¿Segun eso enamorado
has estado?
Infante. A Dios pluguiera
que solamente sintiera
la pena de haberlo estado.
Duque. ¿Luégo estáslo?
Infante. Y con tal brio,
que ha llegado á ser exceso,
y en el buen ó mal suceso
de tu amor consiste el mio.
Duque. ¿Pues cómo ó por qué?
Infante. Señor,
porque segun el estado
en que quede tu cuidado
emplearé tu favor;
pues tal podria quedar,
que no me deje atrever
á pedirte tu poder
por remedio á mi pesar.
Duque. Dímele luégo, que es justo,
y mis favores espera,
que en la amistad verdadera
siempre está dispuesto el gusto.
Yo te la tengo, confia
de mí.
Infante. Con tal confianza
logra agora tu esperanza
y despues sabrás la mia;
y dame los piés agora.

Duque. Mucho estimo lo que vales.
Infante. ¡Oh amor! en pechos reales
haces la intencion traidora.
Señor, pienso que se apura
el amor de la Princesa
mucho en tí para esta empresa.
Duque. Aunque es gusto no es locura.
Quiérola por eleccion
pero no por influencia;
mas como á la competencia
alienta la emulacion,
me desvelo cuidadoso
por verme con sus favores
entre tales pretensores
escogido y vitorioso.
Infante. Tu buen pensamieuto alabo
y al mio le doy aliento.
Criado. Señor, á pesar del viento,
galeras doblan el cabo.
Duque. Serán las de Barcelona
que yo aquí espero dos dias,
pues como si fueran mias
aseguran mi persona,
que es el conde muy mi amigo.
Criado. Un hombre desembarcó
de una falúa.
Duque. Y creo yo
que es Ramiro.
Infante. Y yo lo digo,
y me doy mil parabienes,

porque tuve imaginado
que era poco su cuidado
para el mucho que tú tienes.

Sale RAMIRO.

Ramiro. Dame los piés.
Duque. Alza... mucha
fué tu diligencia.
Ramiro. Fué
de servirte. Si acerté
como deseaba... escucha.
Llegué á Palermo, señor,
y por poner diligencia
en servirte, ejecuté
una grande estratagema
que en la cabeza traia
perfeccionada y dispuesta.
Sobre un saco de sayal
ceñido con una cuerda,
me puse un rosario al cuello
con su cruz y calavera.
Fingí macilento el rostro,
porque siempre se alimentan
de fingidas santidades
las engañosas cautelas.
Fuí los tres dias primeros
pidiendo de puerta en puerta,
publicando que venía
de adorar la santa tierra

del gran sepulcro de Cristo,
refiriendo lo que en ella
ví, peregriné y sufrí
de trabajos y de penas,
con las mayores mentiras
que en un garito digera
un cortesano hablador
contando alguna pendencia.
Dí en predicar los temores
de las regiones funestas
con gritos de cuando en cuando
que hacian temblar la tierra.
De los públicos pecados
dí apasionadas querellas,
y al de la venganza más
le apuré la inteligencia;
especialmente en un Rey
que daba por premio della
de su hija el matrimonio,
sacramento de la iglesia;
y más cuando yo sabía
de mis ojos con certeza
que el infante de Aragon
en los confines de Grecia
hacía entre ásperos montes
vigilantes penitencias.
Aquí tan furiosamente
les dí á los gritos la fuerza,
que en mi cuello una maroma
parecia cada vena.

Con esto, entre exclamaciones,
libertades y promesas
de mis oraciones, llantos,
disciplinas y abstinencias,
tanta gente me seguia
y abonaba, que pudiera
ser un segundo Mahoma
por inventor de otra secta.
Pasó hasta el Rey la palabra
y quiso verme. Aquí vieras
que ya en mí la hipocresía
pareció naturaleza,
porque llegué con el cuello
torcido, la voz enferma,
y en los penitentes pasos
cobardes intercadencias.
Tendíme del pié al cabello
como haciéndole la venia
de fraile penitenciado
en sus refectorias mesas.
Él mismo me levantó
con tan grande reverencia,
como si yo fuera un santo,
y áun yo creí que lo era.
Tanto puede un embeleso
de una fingida apariencia,
que con mentiras engaña
al mismo que las inventa.
Examinó mis viajes,
mis obras, mis experiencias,

y á todo le respondia
como si oráculo fuera
con equívocos notables,
levantando la cabeza
á mirar lo que decia
como escrito con estrellas.
Preguntóme del Infante
de Aragon, y con más veras
si era cierto haberle visto.
Respondíle que lo era,
porque le ví mentalmente
correr por las asperezas
de los montes, y habitar
lo profundo de las cuevas.
Suspendióse y envióme
á su hija la princesa
que de verme gustaria..
Fuí por instantes, y halléla
con Leonora, hermana suya
menor, pero no en belleza,
porque más bella ninguna
es posible que lo sea.
Usé los términos mismos
que con su padre, con ellas;
y de los lances primeros
atrevime, prediquélas,
sí con grande desenfado,
con mayor impertinencia:
estilo muy propio en todos
los que ignoran lo que enseñan.

Tras esto ví fácilmente
que tenía la princesa
á la invencible venganza
la devocion contrapuesta;
porque la ví las mejillas
de nácar, correr por ellas
de los ojos á la boca,
como á su centro, las perlas.
Yo entónces, como el intento
principal que á estratagemas
semejantes me obligaba,
era saber de ella mesma
leyéndole las entrañas
si ponia en vuestra Alteza
el gusto del pensamiento,
con voz más baja y más tierna
mudé estilo, y preguntele,
para que con paz se hiciera
su gusto y las bodás, cual
de sus pretendientes era
á quién se inclinaba más.
Con una cólera inmensa,
me atajó, diciendo: á mí
sólo venganzas me llevan,
y no gustos, á querer
esposo; y para que vea
el mundo verdad tan clara,
quien me traiga la cabeza
del infante de Aragon,
ó quien mayor diligencia

haya hecho por poder
debajo mis piés ponella,
será mi esposo; y mi hermana
quiero que juzgue cual sea
el que mereciere más,
para que á mi no me tengan
por mujer que me apasiono
más de las memorias tiernas
de un hermano que perdí.
Con esto, como una fiera
se fué y me dejó perdido
aguijando hácia las puertas,
porque no fuesen ventanas
las que salida me dieran.
Entraron á esotro dia
por Palermo en competencia
el de Albania y de Ferrara
con ostentacion soberbia;
y publicóse despues
que de aquellas causas era
jüez la infanta Leonora,
porque de su mano pueda
á su hermana darle esposo
dentro en dos meses, que llega
el plazo que señaló
para que á Palermo vengan
sus pretensores, á donde
sea el que más la merezca
con eminencia escogido
y estimado con terneza.

Esto supe y esto hice
por servirte: si el que hierra
por acertar tiene culpa,
si erré yo, castigo tenga.

Duque. Hasme obligado, Ramiro,
aunque es infelice nueva
la que me das, pues lo es mucho
el obligarme á que venga
donde una mujer me premie
lo que otra me agradezca;
demás de que es fuerte cosa
el ponerme en contingencia
de que me admita sin gusto,
si por eleccion me lleva.

Infante. Eso es sin duda, señor;
pero la industria es maestra
que allana dificultades
enseñando providencias.

Duque. ¿Cómo ansí?

Infante. En un pensamiento
dí notable, y, porque fuera
provechoso, le ayudara
con la sangre de mis venas.
Pues tienes tantos criados
que cualquier de ellos pudiera
representar un señor
en el trato y la presencia,
escoge entre todos ellos
quien con más partes y prendas
finja un princípe, tu amigo,

que solamente desea
su parte en esta jornada,
sin que competir pretenda
contigo y con los demás;
que si éste tal galantea
y sirve á Leonor, la infanta,
no pongo duda en que pueda
lisonjealla el cuidado
para obligalla á que sea
tan de tu parte, que dé
en tu favor la sentencia.

Duque. Bien dices; ¿y quién, don Diego,
hay que más señor parezca,
que tú en todo cuanto dices,
cuanto tratas, cuanto piensas?

Infante. Si eso te parece á tí
soy tu esclavo.

Duque. Sólo resta
pensar de que casa y nombre
será más propio que sea
este príncipe fingido.

Infante. Pues te envia sus galeras
el Conde de Barcelona
y tan tu amigo se muestra,
fingiré yo que soy él;
y luégo á mi cargo deja
las demás dificultades
que para el caso se ofrezcan.

Duque. Dices extremadamente,
dame mil abrazos, llega. *(Disparan.)*

Criado. Las galeras hacen salva
de Barcelona.
Criados. Y las nuestras
las responden.
Duque. ¡Alto! pues.
Avisen con otra pieza
que me embarco, y por instantes
mandad que toquen á leva.
Infante. Guia amor mis pensamientos.
Ramiro. Modere amor tus quimeras,
señor: ¿á qué te aventuras?
mira que á perderte llevan.
Infante. Ramiro, quien no aventura
no la tiene, y quien en ella
desconfia y no se atreve,
no es mucho que no la tenga. *(Disparan.*

FIN DE LA JORNADA PRIMERA.



JORNADA SEGUNDA.

Salen la Princesa, *la* Infanta *y* Enrico.

Princesa. Famosa entrada sería.
Infanta. Que la encarece recelo
Enrico.
Enrico. Decir podria
que nunca á la luz del cielo
se vió más ufano el dia.
Infanta. ¿Es el de Mántua galan?
Enrico. Mucho; pero al español
muchas ventajas le dan,
que entró amenazando el sol
en un caballo alazan.
Infanta. El conde de Barcelona
es ese.
Enrico. Y es el que tiene
mil partes con que aficiona,
y con el de Mántua viene
á solo honrar su persona.
Infanta. ¿No pretende á la princesa?

Enrico. No lo hará, que ofenderia
á la amistad que profesa
con el duque, á quien podria
dificultalle la empresa.
Princesa. ¿Es galan?
Enrico. Sobre robusto,
que no hay más que desear.
Infanta. Este Conde viene al justo
para podelle avivar
á mi hermana el muerto gusto,
pues por la misma razon
que no pretende, podria
cautivalle el corazon,
que en la humana fantasía
los gustos tan locos son.
Enrico. Ya con varios instrumentos
entran todos á ocupar
por órden estos asientos.
Infanta. Déjeme el cielo lograr
industrias y pensamientos.
Princesa. En mi altivo proceder
verán mi animoso brío.
Enrico. Maravillas se han de ver.
Infanta. El de Mántua será mio
ó yo dejaré de ser.

Salen el REY, *el* PRÍNCIPE DE ALBANIA, *el* DUQUE DE FERRARA, *el* DUQUE DE MÁNTUA *y el* INFANTE DE ARAGON. *Sobre una tarima ha de haber una silla y dos almohadas donde se sienten el* REY *y sus dos hijas, y en dos sillas al lado derecho el* INFANTE *y el* DUQUE DE MÁNTUA, *y en otras dos al otro lado el* DUQUE DE FERRARA *y el* PRÍNCIPE DE ALBANIA.

Duque. Ya de vuestra alteza espero
la mano.
Leonora. Duque, llegad
(Arrodíllase el Duque ante Leonora.)
á la Princesa primero.
Duque. Disculpada ceguedad. *(Aparte.)*
Infanta. Para mí dichoso agüero. *(Aparte.)*
Rey. En ocasion semejante
no es culpa el estar turbado.
Princesa. Levantad.
Duque. Dicha importante
es el haberme mandado
que hasta el cielo me levante.
Infante. Hónreme á mí vuestra alteza.
Princesa. Alzad, Conde. En todo altiva
es la española braveza.
Infante. Mas bien me parece viva *(Aparte.)*
que pintada su belleza.—
Ya de vuestra alteza estoy
á los piés.
Infanta. Sea bien llegado,

vuestra alteza.—Viendo estoy
que le mira con cuidado *(Aparte.)*
mi hermana; dichosa soy.

Infante. O me engañan los antojos
ó me inclina la piedad,
ó son más bellos despojos
los de Leonora.

Duque. Es verdad.

Infante. No lo es para mis ojos,—
pero inclinarle deseo *(Aparte.)*
á su amor con mi advertencia.—
¿No es más bella?

Duque. Ya lo veo;
pero el gusto en competencia
abrasa más el deseo;
y así aunque estoy inclinado
á Leonor, su hermana, quiero
con más fuerza en el cuidado.

Infanta. ¿No es gallardo caballero
el español?

Princesa. Extremado.

Infanta. ¿Al de Mántua no le ves?
desluce la gravedad
y gallardía despues
de velle á él.

Princesa. Es verdad.

Infanta. —En mis ojos no lo es *(Aparte.)*
pero guio mi esperanza,
á que mi hermana le quiera.—

Princesa. Bien merece tu alabanza.

Infanta. ¿Gustáras que pretendiera
tu persona y tu venganza?
Princesa. No me pesára.
Ferrara. ¿Has notado
que á ninguno de los dos
apénas nos ha mirado?
Albania. Corrido estoy, vive Dios.
Ferrara. Y yo estoy desesperado.
Rey. Esto haced. *(El Rey con un criado.)*
Enrico. Con mucha prisa
quiere entrar.
Rey. ¿Quién dice que es?
Enrico. Caballero de alta guisa;
con traje tan al revés
del uso, que causa risa;
pero tan lucidamente,
despues de su buen lenguaje,
tanta y tan lucida gente
le van siguiendo, que al traje
con la ostentacion desmiente.
Rey. Entre.
Enrico. No debe ser
hombre que licencia pide,
pues se la sabe tener.

Sale RAMIRO *vestido de figura.*

Ramiro. Hoy que mi industria se mide
con mi donaire han de ver.
Duque. ¿No es Ramiro? ¡Hay pensamiento

tan loco! ¿Á qué travesura
aplica el entendimiento?

Infante. Aunque parece locura
no será sin fundamento.

Ramiro. Yo, gran rey, de allende el faro
para que me envidien muchos
en las indias del oriente
soy mayorazgo del Cuzco.
El mayorazgo me llamo
porque tengo y porque empuño
la mayor parte y más rica
de las provincias del mundo.
Dueño soy de tanta tierra
poblada, que apénas pudo
medir con años el tiempo
de mis ciudades los muros.
En mis fértiles campañas
hay árboles, que por fruto
rinden cocido y asado,
enjigotado y maduro.
Hay rios tan caudalosos
que llevan por varios flujos
leche, miel, aceite y vino
á las mesas de Neptuno.
Hay en mil montes la caza
al modo que yo la busco,
liebres mansas, gamos cojos,
garzas sordas, ciegos buhos,
gatos monteses sin cola,
lobos rapaces con pujo,

jabalís descolmillados
y leones boquirubios.
Hay mujeres que no piden,
y hombres hay (aquesto es mucho)
que dicen todos verdad,
aunque yo lo disimulo.
En fin, soy señor tan grande,
que con mucha causa usurpo
el nombre de gran señor
á no ménos que el gran turco.
Soy famoso descendiente
de un hombre que en el diluvio
sin el arca se escapó
nadando como un besugo:
irónicamente pongo
en el timbre de mi escudo
las abarcas y las greñas
del villano del Danubio.
Llámome por gusto mio
don Brocadan el Confuso,
y no sin gran propiedad
este nombre me acumulo,
porque en los tiempos de agora
depravados y caducos,
¿qué hombre habrá que mucho entienda
que no se confunda mucho?
Estaba, pues, en Guancoya,
ciudad á quien yo atribuyo
ser cabeza de mi estado,
porque es centro de mi gusto,

gozando mis libertades
y sin meterme en dibujos,
guiando mis pensamientos
por bien diferentes rumbos,
cuando con gritos la fama
relevantes y profundos,
que unas veces son bramidos
y otras veces son rebuznos,
publicó que la Princesa
tu hija, cuyo dibujo
mostró dando á su hermosura
propiedades y atributos,
en tu corte de Palermo
convidaba muchos mundos
de príncipes y señores
á que mereciese uno
ser, logrando su venganza,
no ménos que esposo suyo.
Yo entónces, aunque la ví
como en un espejo turbio
comparado á lo que agora
en sus ojos me deslumbro,
desasoseguéme y luégo,
dando más fuego al discurso,
abraséme y consulté
á un tio que tengo brujo;
éste fué tan diligente
que para buscar por puntos
al infante de Aragon,
sobre los vientos me puso,

y por vida de mi sora
la Princesa, que ninguno
le ha seguido como yo,
pues por ella misma juro
que le conté cuidadoso
todos sus pasos ocultos,
y que á no ser tan galante
el capricho en que me fundo,
que pudiera haberle hundido
con desleal disimulo
las tripas con los talones
y los cascos con los puños;
pero cuando llegue el plazo
de la eleccion, mis conjuros
le pondrán vivo á tus piés
para que sea el verdugo
de su cabeza tu mano,
y luégo de esposo tuyo
la merezca yo, que soy
el mayorazgo del Cuzco.
Cansado estoy: hasta agora
no he caido en que es disgusto
el haber tenido en pié
un hombre de tanto punto,
siendo yo tal que, si asiento
no me ofrecen, le procuro,
y si en la tierra le hallo,
en el aire no le busco. *(Siéntase en el suelo.)*

Princesa. Notable humor.

Infanta. Extremado.

Albania. Buen gusto.
Ferrara. Todos podemos
rendirnos.
Rey. ¿Y quién le ha dado
para emplear los extremos
el camino y el cuidado?
Sabeldo por vida mia.
Duque. Mal hizo.
Infante. No se atrevió
sin causa.
Princesa. Ó la fantasía
me engaña, ó le he visto yo
otras veces.
Infanta. Ser podria.
Rey. Vamos; que descansen quiero
vuestras altezas.
Ramiro. Piedad
es muy generosa; pero
deje vuestra majestad
que yo descanse primero,
que há poco que me senté
y al hacer mi relacion
estuve gran rato en pié.
Ferrara. Tiene sobrada razon
vuseñoría.
Ramiro. Bien á fé.
Albania. Vuseñoría ha procedido
bravamente.
Ramiro. Bien por Dios.
alteza y realteza pido

ó les trataré á los dos
descontento y ofendido
del modo que me han tratado,
y con la soberbia al uso
como hasta aquí me han llamado
don Brocadan el Confuso,
me llamaré el Enojado.
Rey. Justicia pide.
Ferrara. Extremadas
son sus cosas.
Albania. Fácilmente
verá enmiendas acertadas.
Ramiro. Tratémonos igualmente
ó saquemos las espadas.
Duque. Dí, ¿qué has hecho?
Infante. ¿Quién te mete
en ser libre?
Ramiro. La ocasion
de servirte, pues promete
la libertad del bufon
lugar á ser alcahuete.
Duque. Bien puedes aventurar
el hablalla.
Infante. Aunque estoy ciego,
veré si puedo quedar
á donde comience luégo
mi industria á tener lugar.
Princesa. Vamos y sabrás que estoy
sujeta á ciertos temores.
Infanta. Luégo iré, que desde hoy

el oir tus pretensores
me toca.

Princesa. Pues yo me voy.

Vánse por una puerta el REY *y los demás, y por otra la* PRINCESA, *y quedánse la* INFANTA *y el* INFANTE DE ARAGON.

Infante. Señora, un altivo intento
de la ocasion ayudado
no es atrevido.

Infanta. ¿He llamado
por ventura atrevimiento,
Conde, á tu buen pensamiento?

Infante. A no obligarme á llegar
con respeto á este lugar,
bien pudiera presumir
que debe primero oir
quien despues ha de juzgar.

Infanta. Bien dices: porque despues
pueda yo juzgar mejor,
á cualquiera pretensor
que de mi hermana lo es
debo oir; ¿pero no ves
que á los más que no lo son
como tú, á oir su razon
sólo obligarme podria
piedad en la cortesía,
mas no fuerza en la razon?

Infante. ¿Y no süeles ser juez

en tus causas?

Infanta. No he tratado
de saber si apasionado
suelo serlo alguna vez,
porque implica á mi altivez.
—En el alma me pesara *(Aparte.*
que de mí se aficionara.

Infante. Por la vida, no quisiera
que ántes que mi amor supiera
con el suyo me obligara.

Infanta. Ocasion, dame camino
para lograr lo que intento.

Infante. Logra amor mi pensamiento,
pues por tu norte camino.

Infanta. Que dudas en tí imagino:
muchas sospechas me dás,
pues siendo español estás
tan cobarde.

Infante. Eres divina;
más quien duda y determina
espera atreverse más.
Toparon en tu respeto
mis dudas, pero si al vellas
prometes favorecellas
con piedad y con secreto,
escucha.

Infanta. Yo lo prometo,
y quedaré muy ufana
de oirte.

Infante. Pues soberana

infanta, sabe que lloro
mil recelos, porque adoro
á la princesa tu hermana.

Infanta. ¿Pues por qué causa no has hecho,
siendo tu persona tal,
de tu esperanza caudal
y ostentacion de tu pecho,
atrevido y satisfecho
con los demás pretensores,
publicando tus amores
y aspirando á sus venganzas?

Infante. Porque no las esperanzas,
por públicas, son mejores;
demás de que yo tenía
con el de Mántua amistad,
que á mi libre voluntad
justa repugnancia hacía,
y vine en su compañía
trayendo en mi corazon
escondida esta pasion
tan valiente y tan constante,
que por ser en un amante
siendo engaño no es traicion.
Concertó el duque conmigo
en Mántua, para obligarte
á que fueras de su parte,
que yo fingiera contigo
que te amaba; mas yo sigo,
más amante y ménos fiel,
tan diferente nivel

tan diferente nivel,
que hacello al revés quisiera,
procurando que él te quiera
y tú le quieras á él;
porque esta empresa que intento
en el Duque me asegura
que, si viese tu hermosura
lograda en su pensamiento,
quedaria tan contento,
que despues con gusto extraño
aunque viese el desengaño
y para culpar mi fé
supiese que le engañé,
me alabaria el engaño.

Infanta. Tanto á mi intencion responde
lo que agora me dijiste,
que parece que estuviste
en mis pensamientos, Conde.
Mi pecho, aunque es mio, esconde
cierta centella tambien,
pero á mi vergüenza ten
lástima en mis osadías,
y sabe que há muchos dias
que yo al Duque quiero bien.
Viéndole, pues, pretensor
de mi hermana, á mi despecho,
y teniéndole en el pecho
brotando llamas de amor;
para templar el temor
de esta eleccion que se ordena,

dispuse, viendo en mi pena
el peligro que corria,
una causa que es tan mia,
el ser jüez en la ajena,
para que, el plazo cumplido
de mi hermana, aunque quisiese
al Duque, ser no pudiese,
aunque llamado, escogido.
Mejoróse mi partido
desde el punto que te ví,
pues de tus partes creí
que con ella hacer pudiera,
porque al Duque no quisiera
que se aficionara á tí;
y pues al cielo atribuyo
el haberse concertado
con el mio tu cuidado,
á mi cargo deja el tuyo,
pues de lo que en él arguyo
la correspondencia fio
á tu ingenio y á tu brio;
y así será cosa llana
el ser tu esposa mi hermana
y el de Mántua esposo mio.

Infante. Lo que pisas besar quiero,
y si es que pudo algun dia
dar la muerte una alegría,
mucho hago pues no muero.

Infanta. Esta noche vé al terrero,
y haré que esté en el balcon

mi hermana, porque es razon,
si tus razones la informan,
que vea que en tí conforman
tu gala y tu discrecion.

Infante. Más responde con callar
quien no acierta á responder.

Infanta. Con mi hermana he de volver
presto por este lugar,
y tú la podrás hablar
con los ojos: en paz queda.

Infante. Donde levantarme pueda
hasta el cielo soberano,
pues tengo en tu hermosa mano
de mi fortuna la rueda.
¿Dónde llevas, amor, mis esperanzas
atropellando miedos con rigores?
Pero en tí el proponer viles temores
es animar con nobles confianzas.
Amor, en pecho ajeno tus mudanzas
tengo no más por propios valedores,
pues me aventuro á pretender favores
de la que contra mí premia venganzas.
Pero cuanto más fuerte es el contrario
debe ser el valor más animoso,
fiándole la vida al tiempo vario;
que es acto más altivo y generoso
arrojarse á perder por temerario
que encojerse á morir de temeroso.

Sale el DUQUE DE MÁNTUA.

Duque. Don Diego, solos estamos.
¿Hablaste á Leonora?
Infante. Sí,
señor, que hablando de tí
notables cosas hablamos.
Duque. ¿Qué dijo?
Infante. Tanto, señor,
tus alabanzas admira,
que he sospechado que mira
tus partes con propio amor.
Duque. Mil veces hubiera sido
dichoso, si á tal llegara
y si tanto no obligara
el salir con lo emprendido
donde hay competencia tal.
Segun me parece bella,
por Dios, que empleara en ella
del alma todo el caudal;
pero agora temeroso
estoy de que si pusiese
propio amor en mí, le fuese
á mi pretension dañoso.
Infante. Por ver el impedimento
que sería á divertilla,
acudilo con decilla
por sombras mi casamiento.

Respondióme con tenerme
suspenso en su cortesía,
mostrando que me entendia
y que habia de entenderme;
y esta noche en el terrero
me declararé del todo,
si hallo con la industria el modo
que para los dos espero,
si á lo mismo te dispones
donde he visto suceder
que oidos suelen tener
las rejas y los balcones.

Duque. Todo viene prevenido
como de tu ingenio; iremos
al terrero.

(Cáesele un guante al DUQUE DE MÁNTUA *y levántale el* INFANTE *y dásele arrodillado; á este tiempo van á salir la* PRINCESA *y la* INFANTA *y detiénense á la puerta.)*

Primcesa. No pasemos,
espera.

Infante. Descuido ha sido:
tras de aquellas vidrieras
ví que pasaban.

Duque. ¿Y así

(Quítase el sombrero el de Mántua.)

te vieron?

Infante. Pienso que sí.

Duque. Más advertido anduvieras
si ménos cortés el guante

me dieras.

Infante. Culparme quiero
de nécio.

Duque. Ponte el sombrero,
disimula y vé delante, *(Acércase.)*
porque el que nos vió, aunque arguya
lo que recelo, podria
en mi mucha cortesía
deslumbrarse de la tuya. *(Vánse.)*

Princesa. Hermana ¿qué pudo ser
lo que viste?

Infanta. Estoy sin mí,
no parece que lo ví
aunque lo acabo de ver.

Princesa. Dar un guante arrodillado
un conde de Barcelona
¿qué será siendo persona
de tan eminente estado?
Esto algun misterio tiene
ó alguna quimera esconde;
¿si há el Duque fingido un Conde
con que un engaño previene?

Infanta. Bien puede ser que haya sido,
pero en las muestras que ofrece
de sus partes, no parece
el conde señor fingido,
pues su rostro, cortesía,
compostura, autoridad,
con la misma claridad
que el sol nos descubre el dia,

descubre que es gran señor
con alma merecedora
de que la mayor señora
del mundo le tenga amor.
Yo á lo ménos si lo fuera
de mil mundos, mil regiones,
otros tantos corazones
le sujetara y rindiera.
Esto la digo por ver, *(Aparte.)*
que casi siempre parece
que una mujer apetece
lo que estima otra mujer.
¿No me respondes?

Princesa. Me espanto
de tí, y digo...

Infanta. Dí, responde.

Princesa. Digo que á estimar al conde
no te determines tanto,
porque hablando lo que siento
contigo, pues el hablar
á tu oido es consultar
con mi propio pensamiento,
te confieso que causó
el Conde, aunque á mi despecho,
inquietudes en mi pecho...

Infanta. Eso deseaba yo.

Princesa. Que inclinaran mi piedad;
pero el haber sospechado
que tiene fingido estado,
suspende mi voluntad.

Infanta. Eso, aunque es risa el temello,
fácilmente se sabría,
pero á ser verdad, sería
contra ti misma el sabello.
Princesa ¿Ignorallo no es peor?
Infanta. No, hermana, si le has de amar.
Princesa. ¿Qué haré?
Infanta. Dejarte engañar:
si te engañan es mejor.
Princesa. Dices bien.
Infanta. Ven á un balcon
donde veas, si me habla,
en las razones que entabla
qué bien dice su razon;
pues tanto mi alma desea
tu gusto, hermana, que el brio
con que le estimaba el mio
desea que tuyo sea
y se logre en tu persona.
Princesa. Dios te guarde. ¡Oh! cuanto diera,
ay hermana, porque fuera
el conde de Barcelona,
quien logrando mi intencion
y mereciendo mi alteza,
me trajera la cabeza
del Infante de Aragon.

Vánse y salen FERRARA *y* ALBANIA.

Ferrara. En tan lícitos amores
no enemistan competencias.

Albania. Son grandes las diferencias
que hay de los grandes señores
á los demás.
Ferrara. Es verdad;
y el competir es razon,
aunque obligue á emulacion
que no engendre enemistad.
Albania. ¿No es muy hermosa la infanta
Leonora?
Ferrara. Aquí entre los dos,
más que su hermana, por Dios,
los pensamientos levanta.

Sale RAMIRO.

Ramiro. Estas damas palaciegas
han de oir mis desatinos
de noche y por dos caminos:
hablaré á tontas y á ciegas.
Gente veo, aunque me ofusco
con las sombras, ¿quién serán?
Albania. ¿Quién vive?
Ramiro. Don Brocadan,
el mayorazgo del Cuzco.
Ferrara. Buena figura.
Albania. Y ¿tan tarde
su Alteza? ¿quién tal pensara?
Ramiro. ¿Quién sois?
Albania. Albania.
Ferrara. Ferrara.

Ramiro. Dios os guarde.
Todos, todos pretendemos
y vivimos desvelados,
dando fuego á los cuidados
y templanza á los extremos.
Ferrara. ¿Está muy favorecido
vuestra Alteza?
Ramiro. Siempre lucho
con mi fé, y de estarlo mucho
intenciones he tenido.
Albania. Lindo loco.
Ramiro. Demás desto
vuestras Altezas aparte
me escuchen.

Salen el DUQUE *y el* INFANTE *y quédanse á la puerta.*

Infante. Iba á guiarte,
pero está ocupado el puesto.
Ramiro. Ví que la Princesa ya
me lograba los antojos,
porque en mí puso los ojos
más que en todos.
Ferrara. Claro está.
Ramiro. Y despues que me miró,
ví que de mí se reia.
Albania. Gran favor por vida mia.
Ramiro. Mayores los tengo yo.
Infante. El de Albania y de Ferrara
son.
Duque. Fué harto el conocellos.

Infante. Y Ramiro emplea en ellos
sus locuras.

Ferrara. Cosa rara.

Infante. Llega á la conversacion,
y entretenido en hablallos,
procura, para llevallos
de aquí, excusa y ocasion;
y luégo vuélvete aquí,
donde yo quiero quedar
para ver si puedo hablar
á Leonora.

Duque. Harélo así.

Ramiro. Y al conde barcelonés
y al duquecillo mantuano,
si no respetan mi mano
les haré emplear los piés.

Salen á la ventana la PRINCESA *y la* INFANTA.

Infanta. ¿Servirán de inconvenientes
los que escuchas? ¿Quién serán?

Duque. ¡Ah, señor don Brocadan,
de los amigos ausentes
murmura un príncipe sabio';
amigo mormurador
no es buen amigo.

Ramiro. Señor,
lo que se usa no es agravio:
deja que me vaya, ten

el mismo trato conmigo,
y parecerás amigo
cortesano.

Albania. Dice bien.

Duque. Yo quedo bien satisfecho.

Ferrara. Así es cierto.

Albania. Así es verdad.
Duque, pues la ociosidad
aflige un amante pecho,
yo, si vuestra Alteza gusta,
miéntras se detiene el dia
de nuestra eleccion querria
manteneros una justa.

Ferrara. Imaginarse no pudo
mejor cosa.

Duque. Extremo ha sido,
porque sin Marte Cupido
dos veces está desnudo.

Ferrara. Yo os serviré de ayudante.

Duque. Yo saldré de aventurero.

Ramiro. A mí me toca el primero
ministerio semejante.

Albania. Con eso el sello se ha echado
á la fiesta.

Ramiro. Ya la empresa
y el mote que á la Princesa
le dedico, está pensado.

Ferrara. Dila por tu vida.

Ramiro. Aguarda;
mejor lo quiero pensar.

¡Gran cosa! yo he de sacar
en la cimera una albarda.

Duque. ¿Y el mote?

Ramiro. Bien es se note.
Ésta mata los riñones,
vos, señora, corazones.

Infanta. Jesús que gracioso mote.

Ramiro. ¿Quién habla arriba?

Princesa. Ay, hermana,
que te oyeron.

Ramiro. Reventó
el buche, y se le cayó
la risa por la ventana.

Albania. Hablemos más advertidos,
pues nos oyen.

Ferrara. Dices bien.

Duque. ¿Cuándo se ha visto que estén
las paredes sin oidos?

Infante. Tan larga conversacion
me tiene la vida en calma.

Ramiro. Iréme buscando el alma
de un balcon á otro balcon.
En el *ay* reconocí
á mi amo: llegar quiero.

Infante. ¿Podrás echar del terrero
esos hombres?

Ramiro. Creo que sí.
Mete mano, da y repara,
y vuélvete á este lugar.

(Meten mano y éntranse acuchillando.)

Aquí, que quieren matar
á un gran príncipe; Ferrara,
Albania, Mántua, socorro
al mayorazgo.

Duque. Llegad.

Ramiro. ¡Ay de mí!

Albania. Corred, volad.

Ramiro. Cuando huyo, volando corro.

Princesa. ¿Qué será?

Infante. Alguna locura
del mayorazgo del Cuzco.

Sale el INFANTE *envainando la espada.*

Infante. Tan perdido voy, que busco
entre sombras mi ventura.
Así fuese tan dichoso
que el alma, si no la vista,
en los brazos de la noche
llegase á la luz del dia.

Infanta. Él es. Ce, ce, ¿qué mirais?
¿por ventura ó por desdicha
buscais en estos balcones
alguna ocasion perdida?

Infante. Miro entre sombras y penas,
porque en ellas ver querria,
si dan llanto á las pasiones,
como á los donaires risa.

Infanta. ¿Sois el Conde?

Infante. El Conde soy.

¿Sois la estrella que me guia?
Infanta. Yo soy, y de la Princesa
el alma propia me anima;
porque es toda su privanza
quien me acompaña.
Infante. ¿Y sería
atrevimiento el decir
agora pasiones mias
al alma de la que adoro?
Infanta. Como si con ella misma
hablarais, podeis hablalla,
que yo me obligo á que finja
hasta en la voz que es mi hermana,
y como en su boca os diga
lo que siente de su pecho.
Infante. ¡Qué graciosa niñería
en disimular favores!

Sale el DUQUE DE MÁNTUA *y quédase en la puerta.*

Pues ya si gustos y dichas
no me enmudecen, oid,
gran Princesa de Sicilia,
á un Conde de Barcelona
que con el alma cautiva
á ser vuestro pretensor
ocultamente se anima.
Duque. ¡Cielos! ¿qué es esto que escucho?
Princesa. Pues ¿cómo cuando podriais
oponer vuestra persona

á las demás que se aplican
á pretender mis venganzas,
para merecer mis dichas
con esfuerzo valeroso
vos no intentais conseguirlas?
Pues aunque el duque de Mántua
es vuestro amigo, podiais
prevenille y no ofendelle,
si como en él se anticipa
el declararse con vos
vuestra amistad prevenida,
Conde, en vos se anticipara
esa diligencia misma.
Pero más en vos que en él
para en esta empresa altiva
por ser menor el cuidado
fué perezosa la envidia.

Infante. Y cuando en mí no estimara
esas culpas tan baldías
para enmendar mis descuidos,
señora, ¿no bastaria
ver que un hombre como yo,
porque á ser tan vuestro aspira,
falsas amistades haga
y varios enredos siga?

Duque. ¡Oh, traidor!

Infante. ¿Es por ventura
impedimento á que os sirva
el tener las esperanzas
valientes, aunque escondidas?

Princesa. Y para el dia del plazo,
¿qué diligencias podrian
á mi venganza aplicadas
apurar vuestra justicia?
Infanta. Pues el jüez, que soy yo,
apasionado las mira,
pocas, para dar el fallo
en su favor, bastarian.
Infante. Estimo merced tan grande,
pero esperad para el dia
de la eleccion que yo haga
milagrosas maravillas,
pues asida de mis brazos
vereis que os traigo cautiva,
la persona del Infante
de Aragon, y que se humilla
donde corteis su cabeza;
y si esta verdad precisa
no fuere en mí, me pondré
á donde corte la mia
un verdugo.
Princesa. ¿Qué decís?
Escuchad: ¡notable dicha!
Infante. Hablad más quedo, llegad.
Duque. ¿Hay tal maldad, inaudita
traicion, disforme embeleco?
¡Que con persona fingida
á esto se atreva un villano
y que no se le castiga!
¡Vive Dios!... pero el enojo

mal discurre cuando incita.
Princesa. Habla á mi hermana, que á mí
no me deja el alegría
escuchar ni responder,
y me voy donde la impida
el matarme: adios, adios. *(Váse.)*
Infanta. Bien nuestros gustos caminan
á lograrse, Conde.
Infante. Infanta,
el tiempo los facilita.
Infanta. Si yo te debo el tener
por mi esposo hoy por mi vida
al duque de Mántua, á quien
quiere amor que el alma rinda;
pondré, Conde, estátuas tuyas
en su templo, que fabrican
con amantes pensamientos
mis esperanzas altivas.
Infante. Al templo de tu hermosura
cuando al Duque, amante rindas,
deberás estátuas suyas
de tus cabellos asidas;
y yo á pesar de los tiempos
que borran cuanto caminan,
dejaré en mármol y en bronce
vuestras memorias escritas.
Infante. Tuya será la Princesa
y el Duque mio.
Duque. Estaria
agradecido á la Infanta

cuya belleza es divina;
pero el ver que un español
con desvergüenza tan viva
se atreva á tan vil engaño,
me descompone y me inclina
á castigos y á venganzas;
pero primero querria
saber si tiene en el pecho
más traiciones escondidas,
y ya advierto que ocasiones
á un tiempo me facilitan
en mi duda el desengaño
y la venganza en su vida.

Infanta. Adios, Conde.

Infante. Adios, Infanta.
¡Ay cielo! tan divertida
tuve en esto la memoria,
que no advertí que podia
escucharme el Duque: ¡cielos!
cierta será mi desdicha.

Duque. Disimularé con él
si puedo. Ya llega el dia,
don Diego.

Infante. Mucho tardaste,
señor.

Duque. ¿Qué has hecho? ¿Qué Indias
has descubierto entre tanto?

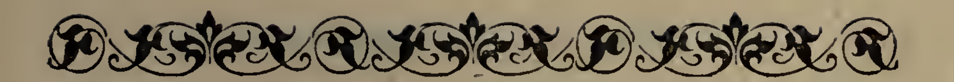
Infante. Con riquezas infinitas
las ví. Para mí á lo ménos. *(Aparte.)*

Duque. Ya te entiendo, aunque me finjas. *(Aparte.)*

Infante. Agora hablé con Leonora:
¿no me oiste? Que me oias
entendí cuando la hablaba.
Duque. ¿Qué dice?
Infante. Que solicita
en ella mis esperanzas
y en la Princesa tus dichas;
y díjome más, escucha.
Duque. Espera. (Si más mentiras *(Aparte.)*
le escucho, será imposible
determinarme á sufrillas.)
No sé qué escuchaba agora,
déjalo, porque me digas
con más espacio despues
lo que para mis conquistas
hicistes, y ven advertido
de que es bien que te apercibas,
porque sale al campo el rey,
y le acompañan sus hijas,
y todos le acompañamos.
Infante. Será grandeza excesiva.
Duque. Perderás tu vida en ella
de las propias manos mias.
Infante. Enojado está conmigo
el Duque, pues averiguan
disimulados agravios
razones mal entendidas.
Él me oyó, soy desdichado;
muchas veces es maldita
mi fortuna, pues tan presto

descompuso mi alegría.
¿Qué he de hacer? mas si me aprieta
declarando estos enigmas,
le diré quién soy, y entónces
alborotóse Sicilia;
pues cuando aventure el alma
ó cuando pierda la vida
por una ocasion tan justa
y una causa tan divina,
la veré, si no la veo
bien lograda, bien perdida.

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA.



JORNADA TERCERA.

Salen arriba, suponiendo que están en la cumbre de un montecillo enramado de modo que se puedan esconder, la PRINCESA *y la* INFANTA LEONORA.

Infanta. Hermoso lugar ofrece
en su cumbre, deleitoso,
este montecillo umbroso,
que ameno jardin parece.
Princesa. Dices bien, pues en sus faldas
tenemos bastante gente,
que con miralle la frente
le asegura las espaldas,
y es menester, pues le veo
muy bajo por esta parte.
Infanta. No le diera con el arte
más propiedad el deseo.
Desde aquí podemos ver
por todo aqueste horizonte
este campo y este monte
y descansar sin temer.
Princesa. Y desde aquí descansando
podremos tambien gustar,
sin la flema del cazar,
de ver cómo van cazando.

Infanta. Dí la primera persona
que gustarias de ver.
Princesa. ¿No está claro que ha de ser
el Conde de Barcelona?
Infanta. Muy adelante en su amor
estás en estos dos meses.
Princesa. Si tú el corazon me vieses,
aún lo dijeras mejor.
Infanta. No es menester, yo lo creo.
Princesa. Cuantos lances he tenido
con él ¡ay hermana! han sido
medidos con mi deseo;
pero de aquella sospecha
que dió indicio semejante,
hermana, estoy ignorante
por no estar mal satisfecha.
Infanta. Pues hoy, hermana, ha de ser
la eleccion, y la esperanza
que dió de darte venganza
hoy por su mano ha de ser,
no es posible haber engaño
en suponer la persona
del Conde de Barcelona.
Princesa. Es verdad: ya el desengaño
temo con mayor razon,
de que ha sido ligereza
prometerme la cabeza
del Infante de Aragon;
que fué promesa terrible,
y no siendo maravilla

su diligencia, el cumplilla
tan presto será imposible.
¿Qué haré, pues, Leonora mia,
cuando de habello temido,
con mi padre no he podido
que alargara el plazo un dia,
ántes tan secretamente
ha escogido este lugar
donde poder evitar
el concurso de la gente,
que en este campo esta casa
buscó para la eleccion?

Dent. 1.º To, to, to.

Infanta. ¡Qué confusion
de gritos! Volando pasa
un jabalí, tras él van
lebreles, por alcanzallos
pican todos sus caballos.
Dos se apartan ¿quién serán?
El Duque y el Conde son,
y ya á pié se llegan más.
¿No los ves?

Princesa. Toca y verás
cual me han puesto el corazon.

Infanta. No hará al mio diferencia,
pues cuando hablarte queria
en el Duque, hermana mia,
me lo impide su presencia.
Parece que van mirando
si los ven.

Salen el DUQUE *y el* INFANTE.

Princesa. La causa es mucha,
¡ay de mí!
Infanta. Calla y escucha,
aunque como yo temblando.
Duque. ¡Español!
Infante. Señor.
Duque. Escucha,
ó á la primera palabra
que te salga de la boca,
te saldrá del pecho el alma.
Esta ocasion dilaté
para ver si averiguaba
sin tí del engaño tuyo
otro dueño ú otra causa;
mas ya que el postrero trance
de mi pretension me llama,
y es hoy la eleccion, no es justo
perdella ni dilatalla.
Tú, alevoso, tú, don Diego,
si hasta en eso no me engañas,
¿no eres un pobre español
que llegó perdido á Mántua?
¿No te dí por medios tuyos
para hacer esta jornada
en mi casa alojamiento
y crédito en mi privanza?
Ese que finge locuras

y Don Brocadan se llama
¿no es Ramiro tu criado
y compañero, que guarda
el secreto á tus traiciones
y á tu engaño las espaldas,
fingiendo locuras cuerdas
que en tí son finezas falsas?
Pues, villano, (que no eres
como dijiste en España
hidalgo, pues con ofensas
las obligaciones pagas)
si yo por consejo tuyo
te consentí que tomaras
de Conde de Barcelona
el nombre, fué en confianza
de que con él solamente
y tus partes granjearas
para que hicieras las mias,
siendo jüez de mi causa
la bella Infanta Leonora;
mas no para que engañadas
por tí la Infanta y Princesa,
atrevido levantaras
tus segundas intenciones
al sol de su esfera cuarta,
sin que te ciegue los ojos
cuando te abrasa las alas.
Y así, traidor, aunque pude
ordenar que te mataran
en un monte con engaño

ó con secreto en mi casa,
quise, por saber primero
en qué ocultas confianzas
fundas tu traicion, y qué
para que se logre aguardas,
matarte yo de mi mano.
Y porque veas que tratas
quien por vengarse á su gusto
con tu persona se iguala,
dime con verdad quién eres,
en qué fias, ó la espada,
porque satisfecho mueras,
para defenderte saca.

Infante. Señor, tu criado soy,
y quizá que me levantan
esas culpas.

Duque. Fementido,
de tus locas confianzas
por fieles testigos tengo
mis oidos: presto acaba.

Infante. Lo que te dije en tu tierra
tengo que decir sin falta;
te dije verdad, señor;
si esto en tu pecho no basta
no cabe más en el mio.

Duque. Pues tras de ofender enfadas,
mete mano ó matarete.

Infante. Mucho me aprietas, aguarda,
repórtate; y porque veas
que injurias de tus palabras

he sufrido por lograr
los deseos que me abrasan,
y que tenemos no sólo
igualdad en las espadas
sino en todo; tente y sabe
que yo soy, Duque de Mántua,
el Infante de Aragon.

Infanta. ¡Válgame el cielo!

Princesa. ¡Ay, hermana!
¿qué me sucede?

Duque. ¿Qué dices?

Infante. Verdad pura.

Infanta. Sufre y calla.

Duque. A grandes ofensas mias
tus atrevimientos pasan,
pues cuando tu muerte excusas,
tus embelecos me engañan.

Infante. El no creerme quién soy
solamente me excusara
de sufrirte las razones
con que atrevido me agravias,
y remitillas agora
á la lengua y nó á la espada;
mas para ver si te atreves,
en dejando acreditada
mi verdad á esos rigores,
escucha y verás las causas
que á mí que soy el Infante
de Aragon, tras mis desgracias
en tal estado me ponen

y á tal peligro me llaman.
Con la divina Princesa
de Sicilia, siendo Infanta,
se trató mi casamiento
por ocultas embajadas.
Sucedió el pintar entónces
con tantas lenguas la fama
de Estela, una hermana mia,
la belleza y la alabanza,
que á lo que supe despues
pudo dejalle abrasadas
al Príncipe de Sicilia
por los ojos las entrañas,
tanto, que fió al disfraz
la cautela y la jornada
de Palermo á Zaragoza,
corte de Aragon. Trataban
entónces de hacer en ella,
como es costumbre en España,
una justa prevenida
para ejercitar las armas.
Súpolo el Príncipe, cuando
ya de Zaragoza estaba,
si no sus cesáreos muros,
mirando sus torres altas;
y ántes que á mi hermana viese
con juvenil arrogancia
ostentar quiso á sus ojos
sus valores y sus galas.
Esperó secretamente

el dia que señalaban
para el plazo de la justa
sin saber que le esperaba
su muerte en el mismo dia;
que siempre en la suerte humana
son del tiempo venidero
dañosas las ignorancias.
Llegó, pues, fatal y breve
este plazo, y en la plaza
se vió un cielo, habiendo en ella
estrellas por las ventanas.
Entró un caballero, á quien
el mantener le tocaba
hasta que llegara otro,
que por llevar buenas lanzas
y dar mejores encuentros
de aquel puesto le sacara.
El primer aventurero,
que suspendiendo las almas
comenzó la competencia,
llamado de la desgracia,
fué el Príncipe malogrado,
que desconocido entraba
con extranjeros adornos
y con sobrevistas blancas
en un overo caballo
con paramentos de nácar,
sembrado, entre azul y oro,
de diamantes y esmeraldas.
Dió la vuelta por la tela,

y al saludar de las damas
le dió el general aplauso
con el silencio alabanza,
y á mí que de unos balcones
admirado le miraba
impulsos de emulacion
me dió su vista bizarra.
Contrapúsose brioso,
justó, y en las cuatro lanzas
le llevó al mantenedor
tan conocida ventaja,
que los jüeces le dieron
el puesto y las confianzas
con que á otros tres les ganó
los premios con dicha tanta
y tal celebrar del pueblo,
que entendí que el sol bajara
á miralle de más cerca.
Á las voces que le daban
«viva el extranjero, viva;»
yo que allí las escuchaba
ya con enojo villano,
aunque con envidia hidalga,
acelerado y tambien
corrido de que en España,
en mi corte y á mis ojos
un extranjero llevara
de tierra mia vitorias,
que fueran en las extrañas
mayores encarecidas

y vergonzosas contadas,
me quité de los balcones,
y desconocido en armas
y caballo, sin divisa
ni padrino, entré en la plaza
llevando envidia y no amor,
con más cólera que gala;
y con igual dicha y fuerza
el Príncipe y yo, tres lanzas
rompimos de la arandela
arriba; mas con la cuarta
entre la cresta y la vista,
le encontré con tal pujanza,
que el encuentro le llevó
dos piezas de la celada,
y él turbado dió en la tela.
Aquí á voces levantadas
del pueblo, en los aires vagos,
los oí hacer consonancias.
Entónces sin esperar
yo ni premios ni alabanzas,
dejé la plebe confusa
y la nobleza admirada,
y de la ciudad salime;
pero apénas la campaña
me dió vista, cuando oí
llamarme por las espaldas.
Volví á ver y conocí
al mismo que apadrinaba
al Príncipe, el cual me dijo:

«Para ver si con la espada
sola peleas tan bien
como encuentras con la lanza,
el extraño caballero
con quien justastes te aguarda
de esotra parte del rio
á la que amanezca el alba.
Por su ribera camina
llevando una pluma blanca,
pues él con la misma seña
irá á saber si te bastan
para acometerle brios
ó para hablalle palabras.»
Y sin esperar respuesta
se fué, y me dejó inclinada
la cólera á castigar
con aceros arrogancias;
pero haciendo al disimulo
camino de la venganza,
con prevencion y cuidado
conté las horas pesadas
hasta que el alba risueña
del Ebro en las ondas claras,
nos vió al Príncipe y á mí
que con unas mismas ansias
pisábamos sus riberas.
¡Ah, cielo! ¡y cómo excusara,
si le conociera entónces,
la desdicha más extraña,
la más piadosa tragedia

que con lágrimas humanas
lloró el sol y miró el cielo
desde sus esferas altas!
Vímonos los dos, llegámos,
y al mirarnos en las caras,
segun lo advertí despues,
parece que adivinaban
los pechos la obligacion
que se debian las almas;
pero como ya empeñados
nos tenía la ignorancia,
pocas palabras dijimos,
porque luégo á las espadas
les remitimos las lenguas.
Mal haya el valor, mal haya,
dichoso entónces en mí,
pues la primera estocada
sacó sangriento mi acero
por su pecho á sus espaldas,
y al caer tras haber dicho
tres veces Jesús, mezcladas
la piedad con los suspiros
y con la sangre las bascas,
me dijo: «¿quién eres? llega,
llega, que tú no me matas,
si no yo que á poca suerte
añadí mucha arrogancia.
Dí, ¿quién eres?» Respondile,
ya sintiendo su desgracia:
«de Aragon soy el Infante»;

y él animando las ansias
«el Príncipe de Sicilia
soy, me dijo; ántes que salga
el alma, dame los brazos.»
Y como si se rasgara
con los broches del vestido
pedazos de las entrañas,
prosiguió, dando á la lengua
balbuciente, la voz flaca:
«si no le perdió el respeto
á un retrato de mi hermana
roja sangre de esta herida,
verás en su hermosa cara,
que le traia conmigo
porque contigo mediara
en nuestros dos casamientos,
haciendo en nuestras hermanas
que á ser iguales las dichas
fueran las glorias trocadas;
más yá á la del cielo aspiro.»
Y al punto que le sacaba
este retrato del pecho *(Saca el retrato.)*
le salió del cuerpo el alma.
Cuando ví, mirando en él
belleza tan soberana,
de su original divino
en la yerta sangre helada;
quedé yo, quedé ¡ay de mí!
á un mismo punto entre llamas
de dolor que me afligian

y de amor que me abrasaban.
Parecióme que sus ojos
tiernamente se quejaban,
y en un punto convertian
las quejas en amenazas,
dando una vez por disculpa
del delito la desgracia,
y otra vez atribuyendo
á malicia la ignorancia.
Matárame si la gente
que llegó no lo estorbara,
á quien yo mandé llevar
en hombros la inútil carga
del infelice mancebo,
donde el suceso contaran
á mi viejo padre; y yo,
del todo desesperada
la vida, determinéme,
como con penas, con alas,
de echarme á los piés del Rey
de Sicilia y de la Infanta
su hija, agora Princesa,
para que si en mí culpaban
por traiciones las desdichas,
en mi cabeza emplearan
para desfogar sus pechos
ó castigos ó venganzas;
y con un criado sólo
me embarqué en una tartana,
que no quise en Barcelona

sufrir dilaciones largas
esperando las galeras.
Pero mi suerte contraria,
llamando contrarios vientos,
permitió que cautivaran
nuestro perdido bajel
en las levantiscas playas.
Lo que despues he pasado
de trabajos, de desgracias
y detenciones, no siendo
para agora de importancia,
lo dejaré por decir;
que llegué cual viste á Mántua
y me sucedió despues
lo que tú mismo declaras.
Si te engañé, Duque, mira
que tantas disculpas bastan
para merecer perdones;
ó si no, pues nos igualan
aceros y calidades,
al trance de una batalla
puedes remitir tu enojo
procurando tu venganza.

Duque. Infante, admirando agora
tus desdichas dilatadas,
me han enternecido el pecho,
y por Dios, que me obligaras
á dejar mi pretension;
pero viéndola fundada
en que diligencias hice

por lograr las esperanzas
de cortarte la cabeza,
cuando me veo en campaña
contigo á la luz del sol,
cuerpo á cuerpo y cara á cara,
sin probar manos y aceros,
pareciera en mí el dejalla
más que valor, cobardía,
y más que piedad, infamia.
Así el reñir es forzoso,
pero doite la palabra,
escapando aquí las vidas
del peligro de las armas,
de valerte en el que corres,
si los disfraces que trazas
en Sicilia conocidos
con la muerte te amenazan,
con lo cual tú y yo veremos
agora y despues logradas
la obligacion que me corre
y la piedad que me llama. *(Mete mano.)*

Infante. Dices tan heróicamente,
que en el acero que sacas
como en un espejo miran
los orbes tus alabanzas.

Princesa. Conde.

Infanta. Duque.

Princesa. Duque.

Infanta. Conde.

Princesa. Al que de los dos la espada

no dé á su lugar, mi enojo
le promete mi desgracia. *(Váse.)*

Duque. Para suspender los brios
tenemos bastante causa.

Infante. No obedecer la Princesa
sería desobligalla;
mas, pues, me llamaron Conde
y no mi nombre, sin falta
que le ignoran, y tú harás
cómo quien eres, si callas.

Duque. En los hombres como yo
ningunas pasiones bastan
á que descubrir secretos
les sirvan de hacer venganzas;
demás de que yo ya quedo
con la palabra empeñada
de defenderte la vida,
pues entre los dos se acaba
esta obligacion forzosa.

Infante. Hasta las estrellas claras
tu heróico valor encumbras.

Duque. Gente viene, mis pisadas
no sigas, por desmentir
destos efectos la causa.

Infante. Colgaré, amor, en tu templo
los deseos que me abrasan,
si tú, que en hombros me llevas,
de sus peligros me sacas.

Vánse y sale RAMIRO.

Ramiro. Espadas ví relucir
á esta parte, ¿quién sería?

Vuelve el INFANTE *á la puerta.*

Infante. Ramiro solo venía.
Con todo me quiero ir,
veré si seguro puedo
volvelle luégo á buscar.

Ramiro. Este mi amo me hace andar
con cuidado, aunque sin miedo.

Infanta. Que este es un fingido loco,
dijo el Duque, y del Infante
es criado.

Ramiro. A cada instante
mil inconvenientes toco.

Infanta. Notable en esta ocasion *(Aparte.)*
se me ofrece un pensamiento.
Ramiro.

Ramiro. Ya sabe el viento
mi nombre: ó los ecos son
enteramente parleros
ó brujos naturalmente.

Infanta. Ramiro.

Ramiro. Ya se arrepiente;
por Dios que lo arroja en cueros.
Ah, señora doña Eco,
salga á luz, parlera loca,
no me hable por la boca

de un peñasco mudo y seco,
y advierta que yo me llamo
don Brocadan, no Ramiro.

Infanta. Ya se sabe...

Ramiro. Ya me admiro. *(Aparte.)*

Infanta. Quién eres, y qué es tu amo,
el infante de Aragon,
que supone la persona
del conde de Barcelona
con engaño y con traicion.

Ramiro. Cuerpo de Dios, ya te busco;
tú mientes con más cuidado,
porque nunca fué criado
el mayorazgo del Cuzco,
ninfilla; más poco á poco
te avén con hombre tan grave.

Infanta. Escucha, que ya se sabe
que eres bellaco y no loco.

Ramiro. Ya escampa.

Infanta. Dile al Infante
que ya el Rey y la Princesa
saben su atrevida empresa,
y que huya vigilante,
si no quiere verse muerto
de alguna muerte feroz.

Ramiro. ¡Vive el cielo, que es la voz
de la Infanta! ¿Y eso es cierto,
señora?

Infanta. Verdades son.

Ramiro. Quedo habla, pero es suya

aquella voz.

Infanta. Huya, huya
el infante de Aragon. *(Váse.)*

Sale el INFANTE.

Infante. Mi nombre llevan los vientos:
¿qué pronostica mi suerte?

Ramiro. Señor, y llaman tu muerte
tambien tus atrevimientos.
Señor, una voz he oido
en aquella cumbre espesa:
díjome que la Princesa
ya quién eres ha sabido.

Infante. Será porque al Duque oyó
y á mí hablar en este puesto.

Ramiro. Díjome más, que tan presto
como te avisase yo,
huyas de su furia airada,
que amenaza con tu muerte.

Infante. Más cruel será mi suerte,
si me la doy con la espada,
cuando la deje de ver.

Ramiro. Pues qué emprende tu cuidado
mira, señor.

Infante. Por osado
atreverme y merecer.
Proseguir quiero adelante
el intentado camino.

Ramiro. Que aventuras imagino

vida y honor.

Infante. Soy amante,
Ramiro, y quien no aventura
no há ventura.

Ramiro. No hay dudar,
pero el mucho aventurar,
cuando es amor, es locura.

Infante. Déjame, y tu poco brio
no descubras.

Ramiro. Tras tu extremo
iré, porque yo si temo
es tu peligro, no el mio;
pues yo tendré por blason
dejar en bronçes pintado
que Ramiro murió al lado
de un infante de Aragon.

Sale la INFANTA.

Infanta. ¡Ay duque de Mántua, cuánto
me cuestas!

Princesa. Oye, Leonora, *(Sale la Princesa.)*
hermana.

Infanta. ¿Qué haces, señora?

Princesa. Mezclar con la duda el llanto.
Muerta vengo: ¿qué he de hacer,
pues con desigual efeto
se encaminan á un sujeto
mi amar y mi aborrecer?
Adoré sin conocer
al Infante, y cuando vengo

á conocelle, prevengo
tan desigual opinion,
que suspenso el corazon
entre dos contrarios tengo.
Ni se aplaca ni se enciende
en mi voluntad confusa,
porque el uno me le acusa
si el otro me le defiende;
y esta variedad suspende
con tal modo mi esperanza,
que entre firmeza y mudanza,
que le condena y le abona,
apetezco su persona
y procuro mi venganza.
¿Qué haré, pues, cuando deseo
lo que persigo?

Infanta. Al instante
que conociste al Infante
temí las dudas que veo
de tu agravio á tu deseo;
y así con industria rara
le avisé que se guardara,
y de Sicilia se fuera
á donde excusar pudiera
que tu enojo le alcanzara;
pues si con esto el Infante
pone á tus piés su cabeza,
será la mayor fineza
que pueda hacer un amante;
y con disculpa bastante

tu perdon mereceria.
Princesa. Y si se va, ¿qué sería?
Infanta. Le olvidarias mejor
cuando vieses que su amor
se rindió á su cobardía.
Princesa. ¡Ay, hermana! ¿ansi se olvida
un amor constituido
en el alma?
Infanta. Si su olvido
te ofende, dale la vida,
pues la relacion oida
de su boca disculpó
su delito, y te obligó
á estar más tierna que grave.
Princesa. Y el mundo, que no lo sabe,
¿qué diria? ¡triste yo!
Infanta. Pues ¿qué has de hacer?
Princesa. No lo sé.
El quererme aventurar
á morir para matar
rigores grandes ¿qué haré?
¿qué camino tomaré?
Pero cualquiera errará
quien cual yo temiendo está,
cuerda ó loca, que suceda
el matalle si se queda,
ó el morirme si se vá.
Infanta. Con todo, que se quedase
querrias más.
Princesa. Y que hiciese

algun extremo que fuese
quien por fuerza me obligase,
me rindiese y disculpase.

Infanta. Sosiégate que estos son
los que para la eleccion
nuestro padre ha prevenido.

Princesa. Y los que yo he recibido
con saltos del corazon.

Salen el REY, *el de* ALBANIA, FERRARA *y* MÁNTUA.

Rey. Ya plazo tan deseado
previene gusto cumplido.

Albania. No seré yo el escogido.

Ferrara. Ni yo, pues soy desdichado.

Duque. Pues el Infante que ha sido
de ella conocido y ya
en su desgracia estará
ha de ser el escogido.

Princesa. Ay, hermana, ya el Infante,
pues no viene, es ido: ¡ay! triste
yerro en avisalle hiciste
á mi dolor semejante:
su ausencia me ha de acabar,
pues se ha ido, pues no viene.

Infanta. Hermana, disculpa tiene
quien yerra por acertar;
pero consuelo, y no tarde,
te vendrá de haber pensado
que no estaba enamorado
quien dió indicios de cobarde.

Sale el INFANTE *y* RAMIRO *en su figura.*

Ramiro. ¿A trance tan peligroso,
en fin, te has aventurado?
Infante. Sí, Ramiro, por osado
espero ser venturoso.
Infanta. Ya viene.
Princesa. Pierdo el sentido,
pues si ántes, hermana mia,
sentí el ver que no venía,
ya siento el ver que ha venido;
porque recelo en su vida
gran peligro y en mi honor
otra desdicha mayor.
¿Qué he de hacer? Yo soy perdida.
Duque. En su heróico atrevimiento
del Infante aliento el brio
de valelle.
Infanta. ¡Ay, Duque mio,
logra mi buen pensamiento!
Rey. Pues llegó el dichoso dia
que en edades venideras
dudas darán sus memorias
y espantos sus extrañezas;
comience el Príncipe albano
á decir qué diligencias
hizo en lograr la esperanza
de mi hija la Princesa.
Albania. Yo, desde el dia que supe

que consistia en hacellas
el lograr mi pensamiento
y merecer su belleza,
salí de Albania y llegué,
como con alas ligeras,
á la corte de Aragon,
donde sabiendo el ausencia
del Infante, habiendo sido
quizá por temer la fuerza
de mi razon y mi espada,
á su castigo dispuestas,
de alevoso le reté
obligándole á que fuera
donde nos partiera el sol
el príncipe de Bohemia.
Esperéle en ella un mes,
y no pareciendo en ella,
travesando incultos mares
le busqué en remotas tierras,
y previniéndome en todas,
para acreditar mi lengua
de autenticados papeles
vine aquí con dicha incierta.

Rey. Diga el duque de Ferrara.

Ferrara. Esas diligencias mesmas
ya por tierras, ya por mares,
hice yo, añadiendo á ellas
llegar donde cautivaron
al Infante, y donde apénas
llegué, cuando saber pude

que entre esclavos que presentan
al gran señor, le llevaron,
y dierónme para señas
de esta verdad esta espada,
que fué suya y que me alienta
á lograr mis esperanzas
ó á calificar mis quejas.

Rey. El duque de Mántua diga.

Infante. Diga, pero no merezca.

Duque. Digo, que despues de hacer
otras tantas diligencias
como refieren los dos,
fué mi fortuna tan buena,
que en la campaña al Infante
tuve yo, donde pudiera
ó procurara, á lo ménos,
apartalle la cabeza
de los hombros; pero entónces
me mandó que suspendiera
la espada, señor, no ménos,
no ménos que la Princesa;
y ella sabe esta verdad.

Rey. Mucho dudo que lo sepa,
pero sépalo Leonora,
y juzgue como discreta
esta causa.

Princesa. ¡Ay, desdichada!

Infante. ¿Y á mí no me das licencia
para que diga?

Rey. Tú, Conde,

no he sabido que pretendas.
Infante. Las heróicas pretensiones
nunca por estar secretas
perdieron.
Rey. Dices verdad,
ya escucho, á decir comienza.
Infante. Digo, señor, que despues
que ví en mi desgracia mesma
infamado mi valor
y culpada mi inocencia,
cobarde en mis esperanzas
y perdido entre mis penas,
me busqué yo mismo á mí
en las bocas de la tierra,
y entre los vientos del mar
con lágrimas y con quejas,
y despues de haber pasado
largo cautiverio, ausencias
infelices y desdichas
tantas y tales, que fuera
querer contallas agora
contar en el cielo estrellas;
llegué casi á ser traidor
por conseguir de esta empresa
este fin, que fué, en el dia
que tan deseado llega,
poner á tus piés mi espada
y en tus manos la cabeza
del Infante de Aragon,
para que con esto sepas

que soy el Infante yo
que en tus manos se presenta.

Rey. El Infante muera, amigos.

(Meten mano todos.)

Albania. Yo haré que á mis manos muera.

Ferrara. Quien le mate yo he de ser.

Duque. Yo he de ser quien le defienda.

Rey. ¡Ah, criados, ah, vasallos!

Salen todos metiendo mano; la PRINCESA *se pone delante del* REY.

Princesa. Padre y señor.

Rey. ¿Tú, Princesa,
le defiendes?

Princesa. Yo, señor...
No es mucho me compadezca,
en su amoroso cuidado
viendo la mayor fineza
que vieron las tres edades;
demás de que tu promesa
y la mia, que fué el ser
yo esposa de quien me diera
la cabeza del Infante,
siendo él mismo, con más fuerza
y más piedad nos obligan.

Rey. Hija, á la misma terneza
me inclinaron estas causas,
mas tu obstinacion proterva
hasta agora tener pudo

esta esperanza secreta.
Infante, dale la mano
á la Princesa.

Infante. Y con ella
mil corazones, mil almas.

Princesa. A dejarme la vergüenza,
yo lo encareciera más.

Infante. Señor, por merced primera
te suplico que del Duque
de Mántua perdon merezcan
los engaños que le hice;
que á la Infanta des licencia
para que le dé la mano
de esposo.

Rey. ¡Qué dicha fuera
para mí de tanta estima!

Duque. Quien la gloria que desea
sin mérito suyo alcanza
no hay más ventura que tenga.

Infanta. De mi voluntad dichosa
la paga debida es esta.

Ramiro. ¿Y el mayorazgo del Cuzco
qué reflijerios espera,
señor?

Rey. Estos; en Sicilia
el dalle bastante renta
con que conserve en su vida
su alegre naturaleza;
y el de Albania y de Ferrara
nos honrarán con que sean

padrinos en estas bodas,
dejando la competencia
y volviendo á la amistad.

Infante. Y con este ejemplo vean
y sepan todos que quien
en amorosas tragedias
no aventura no há ventura;
dando fin á la comedia.

FIN DE LA JORNADA TERCERA.

ÍNDICE.

ERRATAS PRINCIPALES.

PÁGS.	DICE.		DEBE DECIR.	
38	*Rey.*	Pues decidle que de ella salga al punto	*Rey.*	Pues decidle que de ella salga al punto
		que pienso que es travieso y la pasea,		que pienso que es travieso y la pasea.
		porque el remedio de esto venga junto.		Porque el remedio de esto venga junto,
	Tenorio.	A Lebrija se irá.		á Lebrija se irá. Mi enojo vea
	Rey.	Mi enojo vea		en el destierro.
		en el destierro.		
102	*D. Juan.*	¿Eres alma condenada	*D. Juan.*	¿Eres alma condenada
		ó de la eterna region?		ó de la etérea region?
104		El temor, y temer muertes		El temor, y temer muertos



